

**COMENTARIOS AL
BHAGAVAD GÎTÂ**



GUILLERMO G. JUDGE

COMENTARIOS AL BHAGAVAD GĪTĀ

COMENTARIOS
AL
BHAGAVAD GÎTÂ

LOS CINCO PRIMEROS CAPÍTULOS

POR

GUILLERMO G. JUDGE

LOS RESTANTES CAPÍTULOS

POR

UN SU DISCÍPULO

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

M. S. T.



BIBLIOTECA ORIENTALISTA

EDITORIAL TEOSÓFICA

Apartado de Correos 787 - BARCELONA

1926

ESTANCIA PRIMERA

DESALIENTO DE ARJUNA

Parafraseando el título de este sagrado poema indo, equivaldría a decir :

El santo cántico del mismo Dios, que al comienzo del yuga kali o edad tenebrosa descendió a la Tierra para ayudar e instruir al hombre.

Gîtâ significa cántico y *Bhagavad* es uno de los nombres de Krishna, que fué un avatar. En concepto de los brahmines, estamos actualmente en el yuga kali que comenzó por la época de la aparición de Krishna en este mundo. Dícese que vino a iniciar entre los hombres las ideas morales y filosóficas cuyo conocimiento había de ser necesario durante el transcurso de la edad tenebrosa, al fin de la cual y tras un breve período de mayor obscuridad comenzará una edad mejor.

La composición del *Bhagavad Gîtâ* se atribuye a Vyasa, de quien se dice también que dió

los *Vedas* a los hombres; pero de nada serviría a nuestro propósito discurrir acerca de las fechas de ambas obras, por lo que lo dejaremos para otra ocasión.

El *Bhagavad Gîtâ* es un episodio del *Mahabharata*, la gran epopeya de la India, que se titula así porque contiene la historia general de la casa de *Bharat*. El prefijo *maha* significa *grande*.

Sin embargo, tiene esta epopeya por más definido argumento la guerra entre los kurús y los pandavas, las dos ramas principales de la casa o familia de *Bharat*. El episodio del *Bhagavad Gîtâ* contiene el sublime coloquio o diálogo filosófico y metafísico de Krishna con Arjuna en la víspera de una batalla entre las dos huestes aspirantes al predominio.

El campo de batalla es la llanura llamada *Kurukshetra*, faja de tierra cercana a Delhi, entre los ríos Indo y Ganges y la cordillera de los Himalayas.

Algunos comentaristas y traductores europeos, ignorantes del sistema filosófico de los indos (que palpita bajo cada palabra de este poema) han considerado la llanura y la batalla en su acepción escuetamente literal. Otros llegaron al extremo de enumerar los productos comerciales del país en aquella época, como si con tan lindo dato fuesen capaces los lectores de comprender los motivos que tuvieron los

dos príncipes para empeñarse en tan cruento e intestino conflicto.

No cabe duda de que este conflicto surgió porque el hombre está remedando continuamente los superiores planos espirituales, y un sabio profundo pudo fácilmente valerse de un humano acontecimiento para levantar sobre alegórica base un noble sistema filosófico.

La historia nos muestra por una parte los sucesos más o menos importantes del progreso humano; pero por otra parte, toda gran época histórica nos representa en la evolución colectiva de la masa humana, el desenvolvimiento de determinada facultad del ego o alma individual.

Vemos aquí y allá eruditos occidentales extrañados de que un coloquio de tan elevada tónica esté "desfigurado por una lucha entre salvajes". Tal es la materializadora influencia de la cultura occidental que no acierta a descubrir el significado espiritual en un episodio de la epopeya que confiesa no haber podido todavía comprender.

Antes de traducir fielmente los *Upanishadas* debe conocerse el sistema psicológico de la India, y cuando el erudito europeo quiera estudiarlo tropezará con la dificultad proveniente de gran número de palabras sin traducción posible en su lengua que corresponden a ideas muy frecuentes en la sánscrita. Así es que

hemos de esperar a que nazca el grupo de palabras necesarias para expresar las nuevas ideas no existentes todavía en la civilización occidental.

La ubicación del campo de esta batalla es dato muy importante, así como también tienen importancia los ríos y montañas que lo circuyen. Igualmente es necesario comprender o al menos conjeturar el significado de los nombres de los respectivos príncipes. El punto del *Mahabharata* en que se interpola el episodio del *Bhagavad Gîtâ* tiene profundo significado, y no debemos ignorar nada de cuanto con el argumento de la epopeya se relacione, porque toda la energía y viveza del coloquio se desvanecerían si creyéramos que Vyasa o Krishna consideraron la sagrada llanura de Kurukshetra y la gran batalla como meros accesorios de su discurso.

Aunque el *Bhagavad Gîtâ* es una obra de poca extensión, se han escrito sobre ella en la India más comentarios que sobre el Apocalipsis de San Juan entre los cristianos.

No trataré de estos comentarios, porque por una parte no soy sanscritista y por otra no resultaría de ello mucho provecho. Algunos de dichos comentarios son caprichosos y otros aventurados; y quienes deseen investigar en este asunto tienen a su disposición los comentarios fidedignos.

Mi propósito no es otro que estudiar en compañía del lector el *Bhagavad Gîtâ* a la luz de la grande o pequeña lámpara espiritual que el Alma Suprema alimentará y acrecentará en nuestro interior si atendiendo a sus requerimientos, investigamos diligentemente su texto. Al menos así lo promete Krishna en el *Bhagavad Gîtâ*, el Celeste Cántico.

* * *

En las breves líneas que anteceden dije que por no ser sanscritista prescindo de los comentarios escritos en dicha lengua sobre el *Bhagavad Gîtâ*. La mayor parte de los aludidos comentarios consideran el coloquio desde diversos puntos de vista. Muchos eruditos indios no han ido más allá de las explicaciones dadas por Sankaracharya, y casi todos se contraen a transliterar los nombres de los personajes que figuran en el primer capítulo.

Mas para leer este poema entre líneas podemos apoyarnos en muy alta autoridad. Dicen los Vedas que lo que nosotros vemos en ellos no es más que el "Veda externo" y que uno debe esforzarse en desentrañar el sentido de la palabra *externa*. Esto da claramente a entender que los Vedas internos deben estar ocultos o subyacentes en lo que aparece a los sentidos externos. Si no tuviéramos este privilegio que-

daríamos constreñidos a obtener el verdadero conocimiento tan sólo por la experiencia que es capaz de soportar el cuerpo mortal, cayendo así en el grosero error de los materialistas para quienes la mente no es más que el efecto producido por el movimiento físico de las moléculas del cerebro. También habríamos de seguir la regla canónica según la cual la conciencia únicamente es guía segura cuando está regulada por una ley externa, tal como la ley de la iglesia o de la casta brahmánica.

Pero bien sabemos que dentro del hombre material, aparente y externo existe el *real* hombre interno. Todo sincero estudiante de cualquiera de las Escrituras sagradas del mundo, cristianas o paganas, puede disfrutar del privilegio de indagar el oculto sentido con tal de no inquirir imposibles significados en el texto.

En el poema declara Krishna que alimentará la lámpara de sabiduría espiritual para que sea posible conocer el verdadero significado de sus palabras; y también los Upanishadas afirman la existencia de una facultad por cuyo recto uso cabe discernir claramente el oculto significado de los libros sagrados.

En efecto, hay una escuela de ocultistas que sostienen, a nuestro entender con razón, que dicha facultad pueden vigorizarla las personas devotas hasta el punto de que con sólo

oir la lectura de un pasaje de cualquier libro sagrado, aunque esté escrito en lengua extraña, comprenden instantáneamente y de un modo intuitivo, el verdadero alcance y significado de las frases (1).

Los comentaristas cristianos afirman sin discrepancia que al estudiar la Biblia se debe atender al espíritu y no a la letra. Este *espíritu* equivale al *Veda interno* u *oculto* que se ha de buscar entre líneas.

El estudiante occidental del poema no ha de tener reparo en inquirir el verdadero significado por más que los brahmines digan que sólo ellos pueden interpretarlo, porque si Krishna no habló claro no es posible que ni los sudras ni los de casta inferior a los brahmines sean capaces de comprender lo que dijo.

Si prevaleciese tan exclusivista opinión, todos los teósofos occidentales se verían imposibilitados de aprovecharse del *Bhagavad Gītā* porque para los brahmines todo el que no es indio pertenece a la casta de los sudras. Sin embargo, Krishna no hizo semejante exclusión, que es tan sólo una artimaña sacerdotal. Krishna era pastor y no brahmín, y dice que quienquiera que escuche sus palabras allegará

(1) Recordamos el caso de una persona algún tanto desarrollada en dicho concepto, que oyó leer varios versículos de los Vedas en sánscrito, idioma que desconocía por completo, y al momento explicó su significado.

gran beneficio. La única limitación por él puesta fué que no debían enseñarse estas cosas a quienes no quisieran escucharlas, lo cual equivale al consejo dado por Jesús de Nazareth cuando dijo: “no echéis perlas a los cerdos”.

Pero como nuestras mentes actúan muchas veces por sugestión o guiadas por ariadnicos hilos que sin la adecuada insinuación no se sabe en dónde están colocados, con riesgo de perderlos, es necesario admitir la existencia de un sistema psicológico de los arios que substantiviza y explica racionalmente las expresiones tildadas por algunos orientalistas de insensatas e indignas de la atención de un hombre del siglo XIX.

No por estar poco versados en psicología aria hemos de desistir de nuestra tarea, porque desde el momento en que reconocamos su existencia en el poema, nuestro interno ser estará dispuesto a ayudar al hombre externo a comprenderla, y en la noble indagación de estas grandes verdades filosóficas y morales con el perpetuo esfuerzo de incorporarlas a nuestro ser, podremos aguardar pacientemente el conocimiento de la anatomía y funciones del hombre interno.

Los sanscritistas occidentales han traducido muchas palabras importantes, dándoles la más baja acepción de su significado, porque

el incompleto conocimiento psicológico y espiritual de Occidente los apartó del verdadero; y cuando no, las confundieron y entremezclaron lastimosamente.

Así, por ejemplo, no han comprendido los sanscritistas occidentales el recto significado de las palabras *karma* y *dharma*.

Dharma significa *ley* y se ha traducido generalmente por *deber*, o se dice que se refiere tan sólo a alguna regla establecida por humano convenio, mientras que realmente significa una propiedad peculiar de las facultades del hombre o del hombre entero o de alguna cosa del universo. Así se dice que el *dharma* del fuego es quemar y siempre quema porque tal es el deber de su condición. Sólo el hombre puede retardar “su camino hacia el corazón del Sol”, negándose a cumplir su peculiar y evidente *dharma*.

Los occidentales europeos tildan de extravagante insensatez lo que dice el *Bhagavad Gîtâ* acerca de que “quienes salen de este mundo durante el creciente de la Luna y los seis meses del ascenso del Sol hacia el Norte” van a la eterna salvación, y que “quienes salen de este mundo durante el menguante de la Luna y la carrera del Sol hacia el Sur” permanecen algún tiempo en la esfera lunar para después renacer en la Tierra.

Quien ignore la filosofía aria no sabrá qué

responder a los orientalistas que tal opinen; pero considerando que los arios tienen un profundo conocimiento de la vasta y siempre armónica correspondencia reinante en el macrocosmos, advertimos que con tan simbólico lenguaje significan que el ser humano puede o no hallarse en un estado de evolución en estricta conformidad alegórica con el creciente o menguante de la Luna.

El crítico materialista, al analizar el versículo del capítulo IV, que dice: "quien come de la ambrosía residual de un sacrificio va al supremo Espíritu", preguntará que cómo es posible que pueda conferir la salvación el comer de los residuos de un ígneo sacrificio. Pero considerando que el hombre es al propio tiempo el altar y el sacrificio, y que la *ambrosía* es la *perfección del cultivo espiritual* que el hombre *come* o *asimila* a su verdadero ser, queda explicado el simbolismo.

Entre el *Bhagavad Gîtâ* y las Escrituras hebreas hay un curioso punto de analogía. Los israelitas estaban dispuestos a entrar en la tierra prometida, pero no lo consiguieron sin antes habérselas en cruentos conflictos con los hivitas, jebuseos, amonitas y amalecitas. Los primeros versículos del *Bhagavad* señalan también una guerra. El anciano y ciego rey Dhritarashtra inquiere de su primer ministro por qué se han congregado los rivales ejérci-

tos de los kurús y pandavas como si estuviesen resueltos a luchar.

De la propia suerte, los israelitas, acampados en las fronteras de la tierra prometida, se resuelven a pelear y se mantienen en esta resolución cuando su Dios les declara que para luchar los había sacado de Egipto.

En místico lenguaje simboliza Egipto el lugar donde habían obtenido cuerpo físico y donde permanecieron como en vida uterina durante los caóticos períodos del comienzo de su evolución.

También en el *Bhagavad* estamos en vísperas de una batalla, de una "lucha salvaje", según la motejan algunos orientalistas; pero si descubrimos el oculto significado de los primeros versículos hallaremos la clave de un magnífico sistema y no incurriremos en el error de creer que rompen la unidad del poema.

Dhritarashtra es ciego, porque ciego es también el cuerpo de por sí en todos sentidos. Alguien ha dicho (me parece que fué Goethe) que las antiguas religiones paganas enseñaban al hombre a mirar hacia lo alto, a aspirar continuamente a la grandeza que debía alcanzar, a considerarse en esencia como poco menos que un dios potencial, mientras que la actitud del hombre en la religión cristiana es de humillación, con la cabeza baja y la vista al suelo en presencia de Dios.

En la religión mosaica no estaba permitido acercarse en erguida actitud al “celoso Dios de Israel”. Esta actitud servil es necesaria para quienes conciben a Dios fuera y mucho más allá del hombre.

Pero esto no es culpa de las Escrituras cristianas sino de la torcida interpretación que les han dado los teólogos, fácilmente aceptada por una débil humanidad que necesita ajeno sostén en que apoyarse.

Por el contrario, los arios afirman que el hombre, o mejor dicho el espíritu humano es de esencia divina, y en consecuencia se dirigen a Dios y todo lo refieren a El, negando al cuerpo la facultad de percepción. Por esto Dhritarashtra está ciego, pues simboliza la *existencia material* a la que es inherente el ansia de renovación.

El ojo no puede ver ni el oído oír por su propia virtualidad. En los Upanishadas, el discípulo pregunta: “¿Qué es la vista del ojo y la audición del oído?” A lo que se le responde que estas potencias residen únicamente en los internos sentidos del alma que se sirve del cuerpo material para percibir y experimentar los fenómenos de la vida física. Sin la presencia de estas internas potencias que oyen, ven y perciben, el cuerpo está ciego y como muerto a pesar de que la ignorancia lo divinice.

Algunos filósofos modernos, entre ellos Boscovitch, Faraday y Fichte coinciden con estas enseñanzas al decir que no podemos conocer la substancia constitutiva de los cuerpos materiales, pues no es su límite el átomo, sino ciertos “centros dinámicos”, y así no nos es posible conocer, por ejemplo, la esencia del hierro, sino tan sólo los fenómenos de esta especie de materia.

Esta opinión es la misma que de muy antiguo sustentan los arios, aunque éstos añaden que el *Yo* es quien verdaderamente percibe los fenómenos.

Sólo esta filosofía nos capacitará para comprender las manifestaciones de la naturaleza que la ciencia experimental está anotando y clasificando tan laboriosamente. Pero la ciencia desconoce gran número de fenómenos familiares a los metapsíquicos de Europa y a los ascetas de Asia, porque niega que el *Yo* sea el capital fundamento de todas las fases de la conciencia.

El asceta indo puede hacerse invisible por la desaparición de su cuerpo físico; pero la ciencia occidental niega esta posibilidad, y aun cabe la duda de si los metapsíquicos admitirán que un hombre viviente en carne y hueso sea capaz de hacerse físicamente invisible. Sin embargo, no negarán la posibilidad de que desaparezca la forma de un “espíritu material-

zado" o que algunos médiums se hayan hecho invisibles mientras estaban en su asiento, ya por la desintegración de las moléculas o por haberse encubierto bajo un velo (1).

En estos casos el fenómeno ocurre independientemente de la voluntad del médium cuya función es pasiva. Pero el asceta oriental con facultad de hacerse invisible ha meditado sobre la verdadera naturaleza de lo que conocemos con el nombre de "forma", convencido, de acuerdo con Boscovitch y Faraday, de que los fenómenos no tienen realidad intrínseca; y además, de que todo se ha de referir al Yo.

En los aforismos del yoga de Patanjali vemos expuesta esta doctrina. En el libro III, aforismo 21, dice que el asceta puede causar la desaparición de la forma porque sabe que es ilusoria como tal forma (2).

Fuera muy cómodo atribuir este fenómeno a una especie de hipnotismo o sugestión por parte del asceta; pero esta explicación no es más que el moderno método de esquivar una dificultad para tropezar en la misma bajo diverso aspecto, y hasta que no se reconozca la

(1) Ejemplo de esto da el coronel Olcott en su obra: *Gentes del otro mundo*, refiriéndose a una médium.

(2) Dice así el aforismo: "La práctica de la meditación (sanyama) sobre la forma e invalidada la potencia visual de percibirla, queda rota la relación entre el órgano de la vista y la forma, de suerte que el asceta puede hacerse invisible."

permanencia inmutable y eterna del Yo no será posible conocer realmente esta verdad.

Patanjali es sobre ello muy explícito en el aforismo 17 del libro IV, en que dice: "Siempre se conocen las modificaciones del estado mental, porque no se modifica el espíritu que las preside."

Así el anciano y ciego rey Dhritarashtra simboliza aquella parte del hombre que ansiosa de existencia retiene la vida material. El Ganges que por un lado limita la llanura o campo de los kurús es símbolo de la sacra corriente de vida espiritual encarnada en la tierra. Al principio fluye por las espirituales esferas sin que la percibamos, hasta llegar a lo que llamamos materia, donde se manifiesta, aunque permanece todavía invisible, y por fin desemboca en el mar (la muerte) de donde la vuelve a elevar el sol o karma de reencarnación. La llanura es sagrada porque simboliza "el cuerpo adquirido por karma" que es el "templo del Espíritu Santo". Así es que el rey Dhritarashtra no pregunta qué hace el cuerpo, sino qué hacen en la sagrada llanura los anhelosos de existencia material o hueste de elementos inferiores que apegan al hombre a la vida física y los partidarios de Pandu o conjunto de facultades espirituales.

De esto se infiere que la enumeración de los generales y caudillos que hace el primer mi-

nistro en respuesta a la pregunta del rey debe ser el catálogo de las facultades superiores e inferiores del hombre, y que los nombres adoptados deben significar potencias de nuestro ser apenas conjeturadas en Occidente o incluídas en las vagas denominaciones de *cerebro y mente*.

Vemos que cada general y caudillo tiene un señalado lugar en uno u otro bando y se les asigna determinada arma que algunos esgrimen en los primeros movimientos de los combatientes para que fijemos en ellas la atención.

* * *

¡Salutación a Krishna!, el Señor de Devoción, el Dios de Religión, que nunca niega su auxilio a quienes confían en Él.

Ya hemos visto que en nada desfigura el poema el relato de la preparación a la batalla con que empieza el primer capítulo, antes de que los dos protagonistas entablen el coloquio desde sus carros. La descripción de los ejércitos y el efecto que su vista produjo de pronto en el ánimo de Arjuna nos demuestran que hemos de aprender de Krishna cuál es el deber del hombre en su lucha contra las fuerzas e inclinaciones de su naturaleza inferior. Por lo tanto, en vez de ser la descripción de los ejércitos

dispuestos para la batalla un defecto del poema, es un pasaje necesario y valioso.

En el original sánscrito, el primer capítulo lleva por título: *Arjun-Vishad*, que significa: "Desesperación y abatimiento de Arjuna." Algunos lo han traducido con el título de "Inspección del Ejército"; pero si bien se pasa revista de inspección a los ejércitos, no es tal su verdadero significado, sino que hemos de considerar el resultado de dicha inspección en el ánimo de Arjuna, el personaje más interesado en ello, el que en todo el transcurso del poema es quien pregunta y quien obtiene beneficio de las respuestas. Y el resultado es el abatimiento de Arjuna en la escena del primer capítulo.

Investiguemos la causa de este desaliento.

Arjuna, en el ímpetu de su determinación y antes de reflexionar sobre las consecuencias que sobre él o sobre los demás pudiesen recaer, interviene en el conflicto después de haber escogido a Krishna por conductor de su carro. Los ejércitos están formados en orden de batalla, y él se adelanta para inspeccionarlos. Desde luego ve alineados contra él a parientes de toda clase que a su vez se disponen a destruir a otros parientes, amigos y conocidos que militan en el bando de Arjuna, quien dirigiéndose a Krishna le dice que no le es posible empeñarse en semejante guerra, pues

advierte en ella funestos presagios, y que si sus adversarios por ignorancia no reparan en pelear sin tener en cuenta las consecuencias, él no procederá de tal suerte sino que desistirá de la batalla antes de que se rompan las hostilidades.

Por lo tanto,

Dejóse caer Arjuna en el asiento de su carro, arrojando arco y flechas con el corazón transido de dolor.

Todo estudiante de ocultismo, teosofía o verdadera religión (pues las tres palabras expresan el mismo concepto) ha de pasar por iguales pruebas que Arjuna. Atraído por la belleza o cualquiera otra cualidad que descubre en este estudio, lo proseguirá, echando muy luego de ver en actuación hostil dos sistemas de fuerzas. Uno de ellos constituido por los parientes y amigos que no tienen de la vida el mismo concepto que él tiene, que están supeditados a la rutina del "régimen establecido" y le motejan de loco porque presta atención a cosas muy distintas, mientras que la masa general de sus conocidos y cuantos se tratan con él en sociedad se dispondrán en orden de batalla contra quien intente emprender una cruzada cuyos primeros ataques tienen por objetivo sus propias faltas, vicios y extravíos, que por la eficacia del ejemplo serán la condenación de los de aquéllos.

El otro sistema de fuerzas es más difícil de repeler porque tienen su campo de acción y base de operaciones en el astral y otros planos invisibles. Son las malas cualidades y bajas inclinaciones que hasta entonces estuvieron al exclusivo servicio de la vida material. Por la fuerza de atracción moral se colocan en el bando contrario para auxiliar a los parientes y amigos en su lucha contra el hombre. Superan a cualquier otro factor en eficacia para engendrar el desaliento.

A esto se refieren las palabras dirigidas por Arjuna a Krishna:

No puedo sostenerme, se atorbellina mi mente y colijo por doquiera funestos presagios.

Todos nos hemos hecho esta consideración al preguntar a nuestro Yo superior, personificado en Krishna.

Arjuna le ruega a Krishna que guíe su carro y lo coloque entre los dos ejércitos. No importa si está consciente de haber formulado en aquel punto el ruego ni si lo hizo como un acto específico en esta vida o en alguna otra de las precedentes. Lo esencial es *que formuló el ruego y ha de recibir la respuesta a su debido tiempo.*

Quiénes habrán hecho este ruego en vidas anteriores, en otros cuerpos y otros países; cuáles la estarán haciendo ahora; pero es muy

probable que lo hicieran en remotos tiempos los que hoy día anhelan vivamente conocer la verdad y se esfuerzan en unirse con Dios. Así es que ahora Krishna, el conductor del cuerpo con sus caballos (la mente) nos guía para colocarnos en un lado con el Yo superior y todas sus tendencias, dejando en el lado opuesto los principios inferiores que no por ello han de ser necesariamente malignos.

Acaso sea capaz el estudiante de arrostrar fácilmente la muchedumbre de amigos y parientes por haber sufrido en otras vidas la misma experiencia y estar abroquelado contra ella, pero no lo estará contra la primera sombra de abatimiento y funestos resultados que recaiga en él. Todo elemental que hubiese vivificado con sus malos pensamientos reaccionará contra su mente.

Es muy posible que se nos ocurra decir en estos casos: "Después de todo, es inútil. No podré vencer; y aunque venciera, poca sería la ganancia, porque todo es transitorio y no hay resultado duradero o importante." Contra esta temible insinuación hemos de precavernos. No siempre podemos vivir entusiasmados con los goces celestiales. El rosado tinte de la aurora disipa las tinieblas, pero no alcanza a toda la redondez de la tierra. Preparémonos a ella, no solamente en su primera etapa, sino durante todo nuestro camino hacia el Santo

asiento, porque viene lentamente, y aparece cuando estamos a punto de dar un nuevo aliento, de emprender una nueva etapa, de mudar de condición.

Aquí conviene transcribir por adelantado las palabras del inmortal Maestro de vida que se leen en el capítulo XVIII y último del poema:

Si porfiado en tu egoísmo piensas diciendo: "no lucharé", vana será tu determinación, porque *a luchar te impelerá tu naturaleza*. Ligado por tu Karma, de tu peculiar naturaleza nacido, lo que en tu ignorancia no quieras hacer, *aquello harás por necesidad*.

Krishna emplea en favor de la lucha el mismo argumento aducido en contra de ella por Arjuna. En el capítulo que vamos considerando, Arjuna repite la antigua imprecación brahmánica contra quienes quebrantan la "eterna institución de castas y tribus", diciendo que la penalidad consiguiente al quebrantamiento es la morada en el infierno, porque cuando se destruyen la casta y la tribu, los antepasados no reciben las tortas funerarias ni las libaciones de agua (1) y caen del cielo, perdiéndose así toda la tribu.

(1) Alude Arjuna a la costumbre inmemorial de que los hijos o parientes ofrezcan de cuando en cuando, en determinados períodos, tortas y agua; ofrendas llamadas *shradda* y *pinda*, y que los occidentales dicen que es una de tantas supersticiones de los indos. Muchas veces me detuve a reflexionar si la tan encomiada "libertad de toda superstición"

Pero Krishna declara, según queda expuesto, que todo hombre está movido, por sus inclinaciones corporales, a realizar actos de determinada índole, y que el cuerpo con sus propensiones es meramente la manifestación del hombre interno como resultado de cuantos pensamientos alimentó hasta la presente encarnación. Así está obligado por ley de la naturaleza, que es su propia ley, a renacer sucesivamente hasta que adquiriera la necesaria experiencia; y como Arjuna es guerrero se ve obligado a pelear aunque no quiera.

En otro capítulo se trata más particularmente de la institución de castas y entonces tendremos oportunidad de estudiar el asunto con todo pormenor.

es un bien positivo y una prueba de verdadero progreso. Todas las antiguas costumbres llamadas supersticiosas se han desarraigado y con ellas casi todo vestigio de sentimiento religioso, dejando tan sólo una insaciable sed de riquezas y poderío. En la actual ignorancia de la razón subyacente en las costumbres y fórmulas tildadas de supersticiosas, se afirma que no tienen valor alguno; pero la iglesia romana sigue practicándolas y hasta cierto punto cree en ellas, como lo demuestra en las misas que celebra en sufragio de los difuntos. Seguramente no se celebrarían estas misas si se supiera que no tienen efecto alguno en el estado de conciencia de los difuntos por quienes se ofrecen.

Aunque muy corrompidas y degradadas, sólo se conservan estas prácticas religiosas en la iglesia romana. Actualmente se menosprecian el *shradda* y el *pinda* porque no se comprenden la interna constitución del hombre y la constitución del macrocosmos en grado suficiente para echar de ver la utilidad de ambas prácticas funerarias.

Según ya dijimos, el sostén y esencia del Cosmos es el presidente Espíritu, y todos los cambios de vida tanto de índole física como de estado mental se reconocen porque el interno espíritu es inalterable. Todos los objetos, y todos los estados de lo que la filosofía occidental llama *mente* son modificaciones, porque para percibirlos y conocerlos es necesario que haya habido una modificación parcial o total de un estado precedente. El perceptor de estos cambios o modificaciones es el hombre interno: Arjuna-Krishna.

Así llegamos al convencimiento de que ha de haber un presidente Espíritu, a la par creador y espectador de todos los seres animados e inanimados. La filosofía enseñada por Krishna afirma que dicho Espíritu (al que llamaré así tan sólo para la discusión del asunto) permaneció primeramente en reposo sin objetividad, porque aún no había modificación. Pero al resolverse a crear o mejor dicho a emanar el universo, forjó la idea, proyecto o plan de lo que había de ser; y esto ya significaba una modificación voluntariamente producida en el hasta entonces inalterado Espíritu. Desde aquel punto, la Ideación divina fué desenvolviéndose gradualmente hasta concretarse en objetividad mientras la esencia del presidente Espíritu permanece inalterable y es el perceptor de su propia idea ya desenvuelta,

Sus modificaciones son de naturaleza visible unas e invisible otras, cuya esencia se diferencia continuamente en varios aspectos, llegando a ser la parte inmortal de cada hombre: el Krishna que dialoga con Arjuna. Como chispa surgida de la hoguera, participa de la propia naturaleza de su origen, es decir, de la cualidad de ser inalterable; y revistiéndose del cuerpo humano (1) como de una capa, por decirlo así, es capaz de percibir cuantos cambios se efectúan alrededor del cuerpo.

Para lograr el verdadero conocimiento es preciso reconocer el *Yo* existente en el interior, meditar en él y comprenderlo en cuanto sea posible.

De esta suerte, aunque de inadecuada manera, podemos considerar a Arjuna constituido por los generales y caudillos enumerados en el primer capítulo del *Bhagavad Gîtâ*, que simbolizan las potencias, pasiones y cualidades expresadas por las palabras *cerebro* y *mente* de la terminología occidental.

Las modernas ciencias psicofísicas y psicológicas no han hecho hasta ahora más que rozar muy por encima los temas que se propusieron estudiar.

La física es notoriamente empírica, y sólo conoce los puntos más salientes de las leyes de

(1) Desde luego que es también inherente en todos los seres de la naturaleza.

la naturaleza. Todavía es mayor el atraso de la psicología y con muchas menos probabilidades de alcanzar la verdad que la física, porque los científicos están demostrando gradualmente las leyes naturales por medio de la cuidadosa observación de los fenómenos más a su alcance, mientras que la psicología requiere métodos muy distintos de los actualmente empleados por la ciencia.

De nada serviría a nuestro presente propósito exponer la nomenclatura aria de las diferentes capas o conchas, como ellos las llaman, que envuelven el espíritu, pues no tenemos todavía el conveniente concepto de ellas; y al decir que determinadas impresiones residen en la envoltura *anandamaya*, entiéndase la tal envoltura prescindiendo del nombre con que se la designe.

Sin embargo, podemos suponer que para llegar al plano objetivo en donde ha de adquirir experiencias, se reviste el espíritu de varias capas o envolturas, cada una de las cuales con su peculiar propiedad y función. Así resulta el cerebro físico el órgano material de que principalmente se sirve el *Yo* para percibir y recibir ideas y sensaciones. Los demás órganos de sensación son los puntos en que se centraliza la potencia del verdadero hombre para percibir las modificaciones del mundo exterior.

¿Quién experimenta el desaliento?

Es nuestra ilusoria personalidad, como se denomina en bibliografía teosófica, para distinguirla de Krishna o Yo superior oprimido por la inmediata resistencia de nuestra naturaleza inferior y por la oposición de las personas con quienes más frecuentemente nos relacionamos, tan pronto como intentamos apartarnos de rutinarios hábitos y presentar a su consideración una nueva modalidad de pensamiento.

Al dejarse caer Arjuna abatido en el asiento de su carro, símbolo de su cuerpo, introspecciona su naturaleza y halla en ella los elementos de acometividad y valor al par que los de desaliento que surgieron en un principio como más propios de la naturaleza inferior. La voz de Krishna, la guía interna, aconsejará la confianza y concentración en la naturaleza interna en los momentos tenebrosos.

Las primeras consecuencias del desaliento.

Son hacernos sentir que no hemos de entrar en la batalla a que se nos invita y movernos al deseo de desistir de la pelea. Algunos desisten, y han de librarla en una vida venidera. Otros, a ejemplo de Arjuna, escuchan la voz de Krishna y luchan hasta el fin.

Así, en el glorioso Upanishad, en el santo *Bhagavad Gītā*, en la ciencia del Eterno, en el Libro de Devoción, en el coloquio entre el Shrī

Krishna y Arjuna, es el primer capítulo titulado:

DESALIENTO DE ARJUNA

Salutación al Dios de los ejércitos, al conductor del carro, al que ordena las fuerzas y nos conduce a la victoria, con el que sólo es posible el éxito. ¡Que nos guíe a las regiones de la perpetua luz! ¡Aum!

EL PRIMER ABISMO

¡Salutación al esfuerzo de Krishna! Que esté con nosotros en la batalla, para fortalecer nuestros corazones de modo que no desmayen en la lóbrega noche que sigue al día.

Ha terminado el primer capítulo. En uno de sus aspectos es el *Bhagavad Gītā* una obra adecuada individualmente a todo ser humano, y en este concepto la hemos considerado hasta ahora. Algunos lo han tildado de oscuro y otros dicen que sólo trata de los capitales principios de la Naturaleza y de temas cosmogónicos, con difíciles y embrolladas cuestiones referentes a la Causa primera. También hay quienes lo motejan de vago y contradictorio.

Sin embargo, la escena preliminar del diálogo no puede ser más clara. Describe el ru-

mor de las armas, el movimiento de los batallones y la disposición de las huestes con sus generales. Nadie ha de vacilar, porque nos hallamos frente a frente con nosotros mismos. El hombre débil o el que desdeñe la Verdad sin cuidar de saber a dónde pueda conducirlo, hará mejor en no continuar la lectura del poema, pues ningún beneficio le allegará a quien no lo lea con la firme intención de aplicárselo a sí mismo.

Acaso diga que lo lee por intelectual curiosidad, por si encuentra algo de provecho; pero si no fija la atención en el primer capítulo, ningún conocimiento digno de este nombre obtendrá, aunque lea el poema hasta el fin.

Verdaderamente es un libro hermético, el poema del profundo misterio que nadie puede escrutar *para* otro, sino que cada cual lo ha de indagar y descubrir por sí y *para sí mismo*.

Sin duda por esta razón, Vyasa, presunto autor del poema, coloca la batalla al principio del canto, con sus protagonistas Krishna y Arjuna. Le hubiera sido más fácil representarlos sentados frente a frente para una discusión filosófica con razones en *pro* y en *contra* de la guerra, pudiéndonos mostrar después a Arjuna animoso y dispuesto a entrar en batalla con seguridad de victoria, pues habría tenido tiempo sobrado para desvanecer sus dudas. Pero en vez de esto, nos pinta a

Arjuna precipitándose impetuoso en la batalla, sin considerar con qué enemigos ha de combatir.

No aparece en el *Bhagavad Gîtâ* que Krishna induzca a Arjuna a la guerra, como hubiera sido el caso, para recobrar su reino. Aunque lo incita a pelear, guarda prudente silencio acerca de lo que Arjuna advierte desde el primer día, o sea que ha de pelear contra parientes, amigos y preceptores.

La reserva de Krishna es muy sabia, porque si conociéramos toda la violencia de nuestras pasiones y tendencias concupiscentes, desistiríamos desde luego de la lucha, pues nadie sería capaz de convencernos de que poseemos en nuestro interior fuerzas sobradas para contender con tan formidables enemigos.

Así es que con relación a nosotros, el deseo de lucha no proviene del diálogo que podamos entablar con Krishna, sino de los impulsos transmitidos repetidas veces de encarnación en encarnación.

Reanudaremos la lucha una y otra vez, vida tras vida, experiencia tras experiencia, sin quedar nunca vencidos por completo si ponemos siempre los ojos en Krishna, nuestro Yo superior.

Así lo vemos en el caso de Arjuna, pues en otro libro posterior, titulado *Anugita*, se nos refiere que Arjuna recorre en compañía de

Krishna el Palacio de Maya. Terminada por entonces la batalla, Arjuna manifiesta a su compañero que ha olvidado mucho de lo que le enseñó con anterioridad (en el *Bhagavad Gîtâ*) y le ruega que lo repita sucintamente. El esforzado guerrero lo repite.

El Palacio de Maya es símbolo de nuestro cuerpo físico, construído por el deseo en nuestro derredor. En nuestras vidas anteriores recibimos todos el consejo dado en el poema, y ahora vagamos por el Palacio de Maya que suele parecernos tan agradable, aunque de cuando en cuando tenemos reminiscencias del pasado y queremos luchar denodadamente; pero con toda seguridad que si escuchamos a nuestro infatigable Guía, nos resolveremos a luchar hasta el fin.

La conclusión de este primer capítulo nos conduce al *primer abismo*. No es el más profundo, aunque en nuestra actual experiencia nos lo parezca. Estamos frente a frente de nuestro desaliento y de las dudas sus compañeras. Muchos estudiantes de Teosofía y todos los que de veras lo son, han llegado ya a este punto. Como niño que por vez primera se separa del lado de sus padres, nos asusta lo que nos parece nuevo, y arrojando las armas intentamos huir; pero en el estudio y profesión de la Teosofía no es posible retroceder, *porque el abismo está a nuestra espalda*.

Hay una ley de la naturaleza que rige en ambos aspectos físico y moral, y podemos denominarla, según los casos, de ondulación e inhibición, de vibración, atracción y repulsión, aunque todos estos cambios son aparentes porque en el fondo subsiste la misma ley. En los vegetales determina la circulación de la savia en un sentido sin permitir que retroceda por el mismo vaso. En los animales vertebrados y en el hombre determina la circulación de la sangre que tampoco puede retroceder al corazón por los mismos vasos que de este órgano la efluyen, pues se lo impiden las válvulas colocadas por la naturaleza. Vuelve la sangre al corazón por los vasos dispuestos al efecto.

La medicina y anatomía no saben aún con seguridad qué fuerza impele a la sangre para pasar por dichas válvulas en sentido efluyente. No están seguros los médicos y anatómicos de si proviene del impulso del corazón, o de la presión atmosférica que roza ligeramente el sistema arterial.

Pero el ocultista no se atiene a estas empíricas deducciones. Va derecho al fondo del asunto y afirma que el impulso nace del corazón que a su vez lo recibe del gran corazón astral o *akasa* que según declaran todos los místicos tiene un doble movimiento o alternada vibración, esto es, el sístole y diástole de la naturaleza.

En este sentido, las válvulas del sistema vascular sanguíneo simbolizan el abismo por el cual ya no podemos pasar. Estamos en la general corriente circulatoria y queremos o no hemos de obedecer su progresivo impulso.

El desaliento de Arjuna tiene mucha semejanza con el silencio tras la tormenta a que alude *Luz en el Sendero*. En los países tropicales se nota muy bien este silencio, pues en cuanto amaina la tormenta quedan la tierra, plantas y árboles como inmóviles, sin hacer sus ordinarios rumores y movimientos. Obedecen a la ley general y al principio del proceso de asimilación.

Lo mismo sucede en el mundo astral. Quien allí entra por primera vez, nota un profundo silencio durante el cual el ego normal se asimila el ambiente y se va acostumbrando a cuanto le rodea. Permanece mudo hasta sintonizarse o ponerse en armonía vibratoria con el plano en que se halla, y entonces ya puede hablar de modo que le entiendan y entender a quien le hable. Pero el ego anormal o que no tiene disciplinado su cuerpo astral, vaga desconcertadamente por el subplano en que se encuentra y se apresura a hablar antes de que se le pueda entender, por lo cual no se le entiende, de donde nace su confusión y la mayor dificultad de que se le llegue a entender.

En la Sociedad Teosófica y fuera de ella

observamos igual circunstancia. Hay muchos que atraídos por lo que oyen decir del plano astral, ansían conocer sus maravillas, y como chiquillos en presencia de un nuevo juguete se precipitan en pos del fenómeno psíquico, repugnando aprender la filosofía que el fenómeno entraña, porque les parece árida y difícil. Así es que se meten de hoz y de coz en el psiquismo, y como dice Murdhna Joti: “una vez sumergidos allí, hacen cabriolas cual chiquillos en un estanque”.

Sin embargo, para el fervoroso estudiante y el verdadero discípulo, es muy serio asunto. Se ha propuesto conocer la verdad a toda costa, con la resolución de ir doquiera lo conduzca, aunque sea a la muerte.

Así Krishna, luego de llevar a Arjuna al punto donde ya ha comenzado la batalla y la retirada es imposible, le enseña a su amado discípulo y amigo la filosofía subyacente en todo aquello, sin la cual no cabe feliz éxito.

Conviene advertir que cuando Arjuna arroja el arco y las flechas, ya han empezado a cruzar los aires las saetas de los combatientes, y no hay razón para conjeturar que concertaran una tregua mientras proseguía el filosófico coloquio de los dos héroes, pues no hay versículo que autorice semejante conjetura. Además leemos en el resto de la epopeya que todos los arreos y equipos de guerra estaban

dispuestos en el campo de batalla y que el enemigo no desistiría de presentarla aunque Arjuna rehusara pelear.

Esto entraña un significado que guarda relación con el profundo abismo que vió tras sí el hijo de Pandu y que también vemos todos nosotros.

Entramos en el Sendero de acción en ocultismo, mentalmente dispuestos a la definitiva victoria. Esta actitud mental conmueve todo nuestro ser, de modo que los afectos, tendencias y propensiones antitéticas se separan en opuestos bandos, de lo que proviene intensa angustia, acompañada a veces de extravío de la mente que acrecienta el terror de nuestro profundo abatimiento. Entonces nos sentimos sin fuerzas para luchar y nos invade el deseo de huir a remotos parajes de absoluta soledad o refugiarnos en un monasterio (como sucede a veces en Europa) apartándonos así de un terreno que tan desfavorable nos parece para la lucha.

Sin embargo, ya hemos actualizado una fuerza natural y establecido una corriente de vibraciones que aun a pesar nuestro ha de *proseguir su curso*. Tal es el significado de que las "flechas de los combatientes crucen los aires" aun cuando Arjuna se halle abatido en el asiento de su carro.

Al llegar a este punto de nuestra evolución

debemos examinar cuál sea *nuestro motivo y deseo*.

Algún autor teosófico contemporáneo ha dicho que se debe *espiritualizar la voluntad* o cultivar una "voluntad espiritualizada". Como quiera que en filosofía tienen las palabras suma importancia, hemos de ir con mucho cuidado en emplearlas, porque en la vida interna representan o bien fuerzas normales y reguladas o cosas inútiles y estériles que sólo producen confusión. La frase "voluntad espiritualizada" conduce a error, porque no hay tal cosa; y el error ha nacido de haber considerado la "voluntad" y la "fuerza" como algo que el discípulo se ha de esforzar en obtener para la producción de fenómenos, mientras que se prescinde o no se advierte cuál es la verdadera fuerza motora.

Es indispensable que comprendamos bien este punto, pues de lo contrario caeremos en el error de atribuir a la voluntad o a cualquiera otra facultad en acción propiedades que no poseen o suponerlas en un plano que no les pertenece, y al caer en tal error nos alejaremos del verdadero conocimiento, puesto que de la mente deriva en el plano físico toda acción.

Muy cierto es el aforismo hermético que dice: *Tras la voluntad está el deseo*.

La *voluntad* es una pura e incolora potencia

actualizada por el *deseo*. Si el deseo no la impele, queda la voluntad inmóvil, y según la dirección que le dé el deseo, así actuará la voluntad.

Pero como hay innumerables voluntades de seres sencientes movidas sin cesar de un lado a otro en continuos vaivenes, y como de una u otra suerte estamos actuando recíprocamente unos en otros surge el problema de qué conocimiento enseña a usar de la voluntad de modo que no se note el efecto de las voluntades contrarias.

Este conocimiento se ha perdido para la generalidad de las gentes, aunque es instintivo en los hombres cuya recia voluntad los conduce al éxito, según de ello nos dan ejemplo Gould, Schwab, Edison, Ford y otros.

Además, las gentes mundanas no cuidan de los resultados acordes con la general voluntad de la Naturaleza porque desean esto y lo otro por su egoísta provecho, y así aunque su deseo sea muy vivo, queda restringido o anulado por falta del conocimiento de cómo contrarrestar las ajenas voluntades y no conformarse con la voluntad general de la Naturaleza, sin ser capaz de actuar en contra de ella.

De esto se infiere, según nos lo demuestra a cada punto la experiencia de la vida práctica, *que los hombres sólo obtienen una parte de lo que desean*. Ahora se nos presenta la

cuestión de si puede salvarse de la ruina moral quien se opone a la voluntad de la Naturaleza, y si quien deliberadamente obra con malicia puede lograr sus deseos por medio de la voluntad.

En efecto, puede lograr sus deseos, pero no salvarse de la destrucción, que inevitablemente le sobrevendrá por mucho que tarde.

Un hombre así adquiere extraordinario conocimiento que lo capacita para emplear sus facultades con fines egoístas durante dilatadísimos períodos, pero al fin se harán sentir los funestísimos efectos de su pertinaz oposición a la ley que lo destruirán para siempre.

Esta verdad está simbolizada en los mitos de la destrucción del mundo, en los combates también míticos entre Krishna y el demonio Ravana y entre Durga y los diablos.

Porque en pasadas épocas, y ocurrirá asimismo en las venideras, los de malignos deseos y gran conocimiento aumentaron en número hasta el extremo de amenazar la estabilidad del mundo. En estas circunstancias, los obedientes a la buena ley no pueden seguir trabajando sosegadamente en beneficio de la humanidad sino que despliegan sus fuerzas entablando una lucha de la que siempre salen vencidos los magos negros, porque los adeptos blancos, además de poseer el mismo conocimiento que sus contrarios, están auxiliados

por la general voluntad de la Naturaleza que no rige en los otros, y así es inevitable el definitivo triunfo de los buenos.

Este auxilio es también patrimonio de todo sincero estudiante y puede invocarlo el fiel discípulo una vez haya transpuesto el primer abismo.

“Y cuando el gran Rey de gloria vió el celeste tesoro de la Rueda, la roció con agua diciendo: “Impele hacia adelante la Rueda, ¡oh! Señor mío. ¡Oh! mi Señor, sigue adelante y vence.”

ESTANCIA SEGUNDA

VERDADERA NATURALEZA DEL ESPÍRITU

“Y ahora, bajo el Loto en el Corazón resplandece la lámpara del Alma. Protegida por los dioses que allí están de guardia, derrama por doquiera sus rayos suaves.”

Un potente espíritu alienta a través de las páginas del *Bhagavad Gîtâ*. Tiene la seductora influencia de la belleza; y sin embargo, su energía invade el ánimo como el rumor de ejércitos que se concentran o el bramido de las aguas caudalosas. Igualmente conmueve al guerrero que al filósofo, demostrando a uno la rectitud de la acción legítima y al otro el sosiego de que disfruta quien alcanza la inacción por medio de la acción.

Schlegel, después de estudiar el poema, le rinde tributo en estas palabras: “Los brahmines consideran como el más sagrado deber la reverencia a los maestros. Por lo tanto, a ti antes que a nadie, santísimo profeta, intérprete de la Deidad, cualquiera que sea el nombre

que llevaste entre los mortales, ¡oh!, autor de este poema por cuyos oráculos se arroba la mente en el inefable deleite de elevadas, eternas y divinas enseñanzas, a ti antes que a nadie, repito, yo te saludo y por siempre me posturaré adorante a tus pies.”

El segundo capítulo comienza con enseñanzas de filosofía, pero de tal modo que Arjuna las sigue gradualmente paso por paso hasta el fin del diálogo; y sin embargo, las primeras instrucciones de Krishna están de tal suerte escalonadas que desde un principio se advierte el propósito y fin de su plan.

Aunque la filosofía les parece árida a muchas gentes y sobre todo a los occidentales que están envueltos en el ímpetu de su nueva e indesenvuelta civilización, debe enseñarse y comprenderse. Ha llegado a ser moda, aun en la misma Sociedad Teosófica, desdeñar el cuidadoso estudio práctico y lanzarse a los rápidos métodos inaugurados en los Estados Unidos. A muchos les parece que la bondad emocional supera en valía al sosiego resultante de una amplia base filosófica, y otros colocan en primera categoría el gusto por las maravillas metafísicas o el intenso esfuerzo mental aunque carezca de discernimiento.

El esfuerzo sin conocimiento y la simpatía sin la habilidad de estar en calma, y en fin, la fe sin las obras no han de salvarnos. Esta

es una de las lecciones del segundo capítulo.

Los más insignes filósofos de la antigüedad inculcaron por medio de símbolos y libros la absoluta necesidad de adquirir el conocimiento filosófico, puesto que sin él de nada sirven las especiales facultades por vigorosas que sean. Los griegos y otros filósofos que se asimilaron algo de la sabiduría de los antiguos egipcios, corroboran esta verdad diciendo que estaba representada en los símbolos, como, por ejemplo, en el que aparece Hermes en figura de viejo y de joven, para dar a entender que quien rectamente escudriña cosas sagradas debe ser a la par fuerte e inteligente, pues de faltarle una de ambas cualidades sería imperfecto.

Por la misma razón, prosiguen diciendo los filósofos griegos, se estableció el símbolo de la gran Esfinge, cuyo cuerpo de bestia denota fuerza y la cabeza humana significa sabiduría. Porque la fuerza sin la reguladora ayuda de la sabiduría queda vencida por el estúpido asombro que todo lo confunde; y para el propósito de acción la inteligencia es inútil cuando no la acompaña la fuerza.

Por lo tanto, si nuestra fuerza es de simpatía o de astral visión quedaremos confundidos si no poseemos conocimiento filosófico.

Mas para evitar todo equívoco, debo responder a quienes pregunten: “¿Es que con-

denáis la simpatía y el amor y predicáis tan sólo una yerta filosofía?" De ningún modo. La simpatía y la emoción son tan partes del conjunto como el conocimiento; pero los estudiantes indagadores desean saber todo cuanto hay en el sendero.

La simpatía, la caridad y demás modalidades de la bondad producen en nosotros la aptitud de auxiliar, y por su ejercicio atraeremos inevitablemente a las almas que posean el conocimiento y estén dispuestas a ayudarnos a adquirirlo. Pero mientras ignoremos la filosofía y no procuremos alcanzar el recto discernimiento, hemos de pasar por muchas vidas, por numerosas experiencias, hasta que al fin, poco a poco, nos veamos aun contra nuestra voluntad en poder de las convenientes semillas de acción mental que produzcan la cosecha del recto discernimiento.

Arjuna le dice a Krishna:

Mi corazón se apesadumbra por el temor de obrar mal y mi voluntad se ve solicitada por el deber.

Yo te pregunto a qué mejor puedo resolverme. Soy tu discípulo. Suplicante, ruégote que me enseñes. Porque nada veo capaz de consolar la aflicción que conturba mis sentidos, aunque alcanzara la indisputada monarquía de la tierra, ni aun la soberanía de las huestes celestiales.

Krishna, el gurú o maestro espiritual de Arjuna en aquella circunstancia, le responde

en una réplica que supera en belleza a cualquier otro pasaje del poema, en la que declara la inmortalidad y eterna naturaleza del alma, el camino que por medio de sucesivas reencarnaciones ha de recorrer hasta alcanzar la perfección, el error de imaginar que hacemos realmente algo por nosotros mismos y cómo quien anhele salvarse ha de cumplir con todos sus deberes.

Preciso es transcribir íntegras las palabras del Señor bendito al hablar del espíritu. Dice así:

El sabio no se lamenta por los vivos ni por los muertos. Ni Yo ni tú ni esos príncipes de hombres, en tiempo alguno hemos dejado de ser ni dejaremos de ser en adelante. Así como el morador del cuerpo pasa en él por la infancia, la juventud y la vejez, así también pasa a otro cuerpo. Quien es firme no se apesadumbra por esto.

El contacto con la materia, ¡oh!, hijo de Kunti, da calor y frío, placer y dolor, que en alternativos vaivenes se funden transitoriamente. Sopórtalos con valor ¡oh! Bharata (1). El hombre a quien ni el placer ni el dolor conturban y entre su balanceo permanece firme es merecedor de la inmortalidad. Lo que

(1) En este versículo, el 14, Krishna llama a Arjuna con dos nombres. Primero le da el de "hijo de Kunti" (su madre) y después el de Bharata (apellido de familia). Le recuerda su terreno origen cuando en un principio alude a los elementos que producen sensaciones corporales, y cuando al terminar le exhorta a soportar con valor las variables sensaciones le llama la atención a un gran y formidable paternal y espiritual antepasado. Todo esto es significativo.

no existe no tiene ser y lo que existe jamás dejará de ser... Indestructible es Aquel que todo lo penetra. Nada ni nadie puede aniquilar a este impercedero Ser... Ignorantes son quien mira como matador al que mora en el cuerpo y quien lo cree muerto. El espíritu no puede matar ni morir.

Porque nunca tuvo principio ni tendrá fin, ni habiendo sido dejará jamás de ser. Es nonato, inmutable, eterno, y no muere cuando muere el cuerpo.

¿Cómo puede, ¡oh! Partha, matar o morir quien sabe que es indestructible, perpetuo, nonato e indismuible? Como un hombre desecha las ropas viejas y se viste de otras nuevas, así el morador del cuerpo deja el cuerpo viejo y entra en otro nuevo.

Arma alguna puede herirle ni fuego abrasarle ni agua humedecerle ni viento orearle.

Porque es invulnerable, incombustible, impermeable e inoreable. Es perpetuo, omnidifuso, permanente, incorruptible y eterno.

Invisible, inescrutable e inmutable. Si así lo reconoces no has de afligirte.

Esta misma doctrina resplandece en el Upanishada Isavasaya: *la identidad de todos los seres espirituales y la resignación*. Y por seres espirituales se entiende toda vida orgánica, porque el hombre no es material. Sólo hay una vida y una conciencia disfrazada bajo las diferentes formas de los seres sencientes que con su inteligencia reflejan una porción de la *Vida una*, produciendo así en cada una de ellas una falsa idea de egoísmo, y la persistencia en creer en este falso ego perpetúa la ignorancia y difiere la salvación.

La entrada en el *Sendero* coincide con el primer esfuerzo en disipar esta falsa creencia, y el total desvanecimiento de ella es la perfección del yoga o unión con Dios.

No es posible entrar en el Sendero *hasta que se haya consumado la renunciación*, porque como de acuerdo dicen el Upanishad y el *Bhagavad Gîtâ*: "Todo cuanto en la Tierra se mueve ha de entregarse al Señor, al Ser. Cuando hayas entregado todo esto, entonces gozarás tu majestad."

Si esto es así, ¿cuán necesaria no ha de considerarse la filosofía para desarraigar la falsa creencia? Y ¿cuán inútil no ha de ser la práctica del ocultismo con fines egoístas? Podréis saber todo lo relativo a corrientes y polaridades, todo cuanto atañe a los fenómenos del mundo astral; pero lo perderéis con la muerte de vuestro cuerpo, conservando tan sólo el adelanto espiritual que hubiereis hecho. Pero renunciad y todo será posible, porque al renunciar no arruinaréis vuestra vida ni destruiréis vuestros bellos ideales. Los pobres y mezquinos valdrá más perderlos. Podrá parecer que se desvanezcan todos los ideales; pero esto será tan sólo el primer efecto de la renunciación.

Debemos estar dispuestos a decir en todo momento y en cualesquiera circunstancias esperadas o inesperadas: "Esto es precisamente

lo que yo deseaba." Porque sólo pueden desvanecerse los ideales que descansan en una base inferior al supremo anhelo o que no están de acuerdo con las leyes de la Naturaleza, que son las leyes de Dios. Y como nuestro anhelo debe ser el logro de la suprema condición y ayudar a los demás seres sencientes a que la logren, debemos cultivar la completa sumisión a la Ley, cuya expresión y actuación se advierten en las circunstancias de la vida y en el flujo y reflujo de nuestro interno ser.

Todo cuanto podamos obtener de las riquezas, del placer, de la belleza y del arte son estanques de agua que encontramos a lo largo del sendero según recorre el desierto de la vida. Si no los buscamos, su aparición nos causará vivo placer y podremos utilizarlos para nuestro bien y el de los demás, en cuanto la Ley lo consienta; pero si el superior poder nos los quita, debemos decir: "Esto es precisamente lo que yo deseaba." Cualquiera otra conducta es ceguedad.

Todas las vicisitudes de la vida nos aleccionan, tanto si están cargadas de infortunios como henchidas de fama y gloria; y quien las desdeña, pierde con ello ocasiones que rara vez vuelven a deparar los dioses. Y el único medio de aprender las lecciones que nos enseñan es la cordial y voluntaria renunciación, porque cuando llegamos a ser completamente pobres

en espíritu, somos entonces los tesoreros y distribuidores de enormes riquezas.

Krishna insiste después en el escrupuloso cumplimiento del deber (1) diciendo:

Además, advierte tus deberes y no vaciles, porque nada hay más acepto a un kshattriya que la guerra justa.

A fin de comprender más claramente la insistencia de Krishna en el cumplimiento del deber, recordemos que antes de empezar la batalla "arroja Arjuna arco y flechas", lo que en un guerrero indo equivale a desertar, y en Arjuna significaba la rebelión contra las circunstancias en que el karma le había colocado y el deseo de *entregarse al ascetismo*, o como los comentaristas occidentales han expuesto frecuentemente, que deseaba apartarse de una sociedad que tan evidente obstrucción oponía a la cultura espiritual.

Pero Krishna le representa a Arjuna que ha nacido en la casta guerrera de los kshatriyas cuyo natural deber es guerrear.

(1) Algunos estudiantes y también varios críticos han dicho que la Teosofía enseña a apartarse de la familia y del mundo, y que ni el conocimiento ni la salvación pueden alcanzarse sin un ridículo ascetismo que contraría e invierte el orden natural. Nada más erróneo, porque los verdaderos teósofos saben que los benditos Maestros que ordenaron la fundación de la Sociedad Teosófica constantemente leyeron e inculcaron la filosofía del Bhagavad Gîtâ, y así resultan vanas las afirmaciones en contra de los propósitos de la Sociedad.

Podría haber colocado el autor del poema el personaje de Arjuna en la casta de los mercaderes; pero no acertara en ello porque el *Bhagavad* se funda en la acción, que únicamente puede estar simbolizada con propiedad en un guerrero (1) cuyo natural deber simboliza el de todo hombre, cualquiera que sea su condición y estado.

No hemos de repugnar nuestro karma, porque entonces engendremos otro nuevo. Nuestra apropiada conducta ha de ser que "el motivo de la acción esté en la acción misma y no en su fruto; que no hagamos nada por la esperanza del resultado ni tampoco nos dejemos vencer por la inercia". Este consejo, y la exhortación a que veamos el único Espíritu en todas las cosas y todas las cosas en

(1) A mi entender la casta kshatriya es superior a las otras tres. No cabe duda de que los brahmanes han sido siempre mucho más venerados como instructores espirituales y simbolizan la *cabeza* de Brahma; pero en algunos sacrificios arios hay ocasiones en que el kshatriya se antepone al brahman.

Los brahmanes son más bien los conservadores de la doctrina ortodoxa; pero cuando es necesario que los "dioses descendan a la Tierra para restablecer la armonía", siempre encarnan en un guerrero. Osiris, educador y consolidador de los egipcios fué guerrero, y el misterioso Melquisedec que bendijo a Abraham, fué profeta, sacerdote y rey, esto es, guerrero. Además, la casta militar podía aprender y enseñar los Vedas al propio tiempo que se ocupaba en la guerra, mientras que el deber del brahman era enseñar y no pelear. Por lo tanto, el kshatriya desempeña la función mediadora entre la acción del cuerpo de Brahma y la tranquila inacción de su cabeza.

Ello, constituyen el punto capital de las enseñanzas del *Bhagavad Gītā* respecto a la conducta que deben seguir quienes aspiran a la salvación y por lograrla se esfuerzan. En el versículo 40 alude Krishna a esta doctrina, considerándola como de iniciación, y dice:

En esta doctrina no hay esfuerzos perdidos ni tampoco pecado. Una chispa de este conocimiento salva al hombre del gran peligro.

Aunque no dado a la publicidad vocinglera del periódico y la tribuna, éste es la madre y cabeza de todos los sistemas de iniciación, el progenitor de los místicos rosacruces que transmutaron el *loto* en *rosa* (1); y los centenares de ocultas sociedades de iniciación no son más que débiles e incompletos remedos de la verdadera, que contrariamente a sus copias nunca se ha disuelto. Es secreta, porque fundada en la naturaleza y estando a su frente hierofantes auténticos, no es posible comprender sus enseñanzas sin la apropiada clave, que en cada uno de los grados es *el mismo aspirante*, pues hasta que el aspirante se con-

(1) Es muy probable que el *loto* se transmutara en *rosa* por los rosacruces a causa de que el *loto* no era tan conocido en Europa como la *rosa*, y la *rosa* es el símbolo que en conjunto más se parece al *loto*.

Los japoneses veneran el *loto en el corazón* porque dicen que concentrando la atención en el corazón surge un *loto* de ocho pétalos en cada uno de los cuales reside una potestad y en el centro está el Señor de todas.

vierte en el signo y la clave, no puede pasar al grado superior. En cada grado y en conjunto es el sistema auténtico de iniciación protector de sí mismo.

Es el más difícil de todos, porque en él están incluidos todos los demás sistemas; pero como en esta vida o en una de las sucesivas hemos de llegar a poseerlo, bien puede intentarse desde luego su posesión. De esto trataremos en el párrafo siguiente.

* * *

Dije que hay un primordial sistema de iniciación, del que todos los demás son tergiversaciones o nuevas copias exotéricas. Para mayor claridad de la idea añadiré que dicho sistema no es privativo de la India, aunque el mundo occidental ha estado hasta ahora tan profundamente movido por el afán del dinero y de los goces materiales que todavía no ha establecido su residencia en Europa ni en América ninguna corporación de hierofantes.

Muy deleznable es la objeción de que si los adeptos tienen los poderes que se les atribuyen, fácil les fuera residir en Europa y América y vencer las influencias locales. Si hubiera la más mínima necesidad de que entre la civilización occidental residiesen, no cabe duda de que vendrían; pero como todo cuanto se re-

quiere hacer y todo cuanto es posible cumplir han de realizarlo los mensajeros enviados a cada país, que con auxilio de los adeptos preparan el terreno para quienes han de sucederles, malgastarían energías los hierofantes si personalmente apareciesen.

Los mensajeros no desmayan en su labor por la criticadora actitud de quienes exigen pruebas de autenticidad, y al no dárselas niegan que los mensajeros reciban auxilio alguno, porque no aparecen a la vista quienes se lo prestan ni les envían instrucciones por carta o telegrama de cómo o en dónde han de actuar.

Son los mensajeros hombres y mujeres de fe lo bastante poderosa para moverlos a prolongados esfuerzos sin tener vislumbre de quienes los enviaron, aunque algunos experimentan de cuando en cuando muy evidentes pruebas de que están constantemente auxiliados.

“Todos trabajamos en solidaridad y transmitimos el mismo cargo y sucesión.

No tenemos preferencia por ningún país ni por determinada época.

Abarcamos todos los continentes, todas las castas y exponemos todas las teologías.

Compasivos, observadores y conciliadores escuchamos silenciosos las disputas y afirmaciones de los hombres sin rechazar a los contendientes ni las afirmaciones.

Oímos los alborotos y griterías, y a nosotros llegan de todas partes, rivalidades, envidias y recriminaciones de las gentes que contra nosotros se abalanzan con intento de cercarnos; y sin embargo, recorreremos libremente toda la tierra, caminando de aquí allá hasta que dejamos nuestra indeleble huella en las diversas épocas del tiempo para que los hombres de las razas futuras sean amantes hermanos como lo somos nosotros.”

La preparación que los hierofantes, adeptos o maestros están haciendo por medio de sus mensajeros es análoga a la que en las selvas primievals hicieron los primitivos colonizadores de América, pues no consiste tanto en el cultivo del suelo como en la corta de árboles y desbroce de maleza; y no porque sean incapaces de más altos menesteres, sino por la necesidad de abatir árboles y clarear el terreno antes de que los adeptos impulsen en persona el futuro desenvolvimiento.

“Cuando todos los materiales estén preparados y a punto de servicio, aparecerán los arquitectos.”

Todos los seres humanos actúan por medio de este sistema de iniciación, y por lo tanto se incluyen en él todas las sociedades exotéricas. Muy a menudo los maestros han intervenido en estas sociedades exotéricas cuando vieron oportunidad de sembrar la semilla que aunque encerrada durante algún tiempo en la

cáscara del formulismo, había de conservarse para ulterior aprovechamiento, de la propia suerte que la momia egipcia retiene en su mano durante siglos el germen que florece y fructifica en nuestros días. Y como quiera que el hombre ha de ser auxiliado en todos sus esfuerzos, los maestros han favorecido las mudanzas políticas siempre que había esperanza de que adviniese una benéfica era (1).

La mayoría de las gentes no saben que están colaborando en la obra de la poderosa e inexpugnable *Logia Blanca*, pero ya se les despertará la conciencia y colaborarán con pleno conocimiento cuando lleguen a determinado punto de su larga evolución. Sin embargo, todos los días y a cada hora, los Maestros anhelan encontrar quienes tengan la vista lo suficientemente clara para ver su verdadero destino y el corazón lo bastante noble para trabajar en favor de la “gran huérfana”, de la Humanidad.

Por lo tanto, ninguno de nosotros, y menos todavía quienes hayan oído hablar del Sendero, de Ocultismo o de los Maestros no pueden afirmar con seguridad que no hayan pasado ya conscientemente por algunas inicia-

(1) Algún escritor teósofo ha afirmado que los adeptos intervinieron, ya personalmente o por medio de mensajeros, en la fundación de la república estadiunense.

ciones. Podemos haber sido iniciados en más alto grado del que nuestra actual situación sea capaz de sugerir, y estamos pasando inconscientemente por nuevas pruebas. Mejor es considerar lo que ahora somos, sin engreirnos por el desconocido adelanto que podamos haber hecho, y en consecuencia conoceremos que esta vida es de por sí otra iniciación en la que tendremos éxito o fracaso según aprendamos o no sus lecciones.

Por supuesto, que algunos no se apresurarán a adoptar este punto de vista, porque desean que la ley obre a gusto de ellos y quisieran tener una señal, una consigna, o una prueba, timbre o sello a que ajustarse en determinado lugar y tiempo.

Pero como todo verdadero estudiante sabe, la ley no obra de esta suerte, y a quien no comprenda las ordinarias circunstancias de la vida y todavía sea capaz de encender la antorcha de la ira o avivar el derretidor fuego de la lujuria, no le depararán tiempo ni ocasión favorable los maestros de la *Logia Blanca*. Tan sólo pondrán a prueba en el lugar donde haya de vencerla, al que haya construído ya el arco de su triunfo, y sólo le falte la clave, que hallará o perderá en la señalada prueba.

A la puerta de la *Logia Blanca* conduce el Sendero de que hablé anteriormente, y muchos caminos hay para llegar a este Sendero,

por el cual podemos entrar en la presente vida o aguardar a una de las sucesivas.

Mucho aliento entrañan las palabras que Krishna dirige a Arjuna en el segundo capítulo:

En esta doctrina no hay esfuerzos perdidos ni tampoco pecado. Una chispa de este conocimiento salva al hombre del gran peligro.

Esto se refiere a la ley del karma. No se pierde ni un punto del progreso realizado, pues aunque el hombre muera en un momento en que esté manchada su conducta, no descenderá el nivel de su evolución, porque al reencarnar volverá a tomar el hilo de su desenvolvimiento en el mismo punto en que lo soltó.

En otro capítulo dice Krishna que reasumimos el conocimiento que nos perteneció en nuestra anterior encarnación y entonces luchamos con más diligencia por el perfeccionamiento.

También dice lo mismo Patanjali, y todos los libros sagrados de la India coinciden en esta opinión (1).

Los pensamientos y aspiraciones de nuestra vida forman un caudal de energía que opera instantáneamente sobre nuestra adquisición de un cuerpo que proporcione el ade-

(1) Véase Yoga de Pantajali. Aforismos; libro II; y Smṛiti Vishnu cap. XCVII, v. 11.

cuado instrumento y dar a nuestra así alterada actitud mental oportunidad de acción.

No es válida la objeción de que esto supone la suspensión de la energía, pues lo mismo sucede en el mundo físico aunque se le dé otro nombre. Prescindiremos de la objeción, pues la energía no se suspende en modo alguno, sino que actúa en distinta modalidad.

El aliento que Krishna infunde en Arjuna nos mueve a considerar el método señalado para entrar en el Sendero y vemos que es el recto conocimiento del Espíritu, según lo expone el segundo capítulo.

Al igual que todos los sabios iluminados, el Señor Bendito declara la final verdad, como hemos visto, en el capítulo en que insiste en que la acción recta es el camino de la liberación. Prosiguiendo Krishna en sus explicaciones señala errores comunes a la humanidad y algunos falsos conceptos entonces como ahora prevalecientes en la India.

El discernimiento determinado sólo tiene un fin, ¡oh! hijo de Kurú; pero dispersos y mudables son los pensamientos del irresoluto.

En los hombres así descritos prevalecen los deseos por mundanas adquisiciones materiales o intelectuales, y como los deseos son infinitos y capaces de modificarse indefinidamente, no es posible la concentración.

También esto puede aplicarse a los actuales métodos científicos que se afanan en la incessante indagación de los llamados fenómenos antes de establecer los principios generales. Un solo ramo de investigación tiene tan numerosas derivaciones que nadie es capaz de abarcarlas todas en una sola vida.

Sigue diciendo Krishna:

Floridos discursos salen, ¡oh! Partha, de la boca del necio que se deleita en la letra de los Vedas diciendo: "Nada hay sino esto." Con egoísta deseo tienen el cielo por meta y se representan el futuro nacimiento como recompensa de sus acciones, practicando muchas y diversas ceremonias para disfrutar de riquezas y poderío, y prefiriendo el transitorio goce del cielo a la eterna absorción. Este discernimiento, determinado a la contemplación firmemente sostenida, no es propio de quienes viven apegados a las riquezas y al poderío y cuya mente se halle subyugada por tales pensamientos.

Todo esto se comprende mejor cuando se conocen las ideas existentes en la India acerca de los sacrificios y ceremonias. Hace largo tiempo que los sacrificios cayeron en desuso en Occidente, porque parece que allí no tienen razonable fundamento; y sin embargo, a todo el que sobre esto reflexione le resultará extraño que las naciones cristianas hayan tomado el concepto de redención del pueblo judío, cuyos profetas celebraban sacrificios, y cuando el

mismo Jesús declaró que no se había de suprimir ni una tilde de la ley. En vez de los sacrificios ha adoptado el Occidente una mera teoría junto con la obediencia a un código de incierta moralidad, cuyo resultado es el mismo que proclaman los indos con la única diferencia de la doctrina de la reencarnación. Los cristianos esperan eterna recompensa en el cielo y no saben nada de la reencarnación en la tierra, mientras que los indos confían en los goces del cielo, a que llaman *swarga*, y su continuación en la tierra en el caso de un afortunado renacimiento.

Practican los indos ceremonias especiales, cierta clase de sacrificios, penitencias, plegarias y acciones cuyo resultado ha de ser el renacimiento en la tierra en el seno de una familia regia, o muy rica, o en cualesquiera otras favorables circunstancias a las que se añade la seguridad de volver al cielo. Algunas ceremonias tienen para los indos la virtud de colocarlos después de la muerte en un delicioso estado que ha de durar incalculables períodos de tiempo.

Sin embargo, ninguno de estos procedimientos conduce a la definitiva verdad, sino que todos son causa de karma e ilusión, y por lo tanto no se los aprueba Krishna a Arjuna. Este consejo es útil a los estudiantes de Teosofía o que aspiran a serlo, pues el falso concep-

to contra el cual amonesta Krishna, se transmuta en algunos estudiantes teosóficos en el ansia de fenómenos, en el deseo de realizar acciones que les aquisten el favor de los mahatmas, en el morboso temor de engendrar siniestro karma o en el igualmente vivo deseo de adquirir buen karma. Quienes hasta ahora hayan procedido de esta suerte, deben abandonar su actitud y estudiar detenidamente los siguientes versículos con el propósito de asimilarse su verdadero significado:

Los Vedas tratan de las tres cualidades. Sobreponete a ellas, ¡oh! Arjuna. Permanece firme en la pureza, libre de la influencia de los pares de opuestos, desdeñoso de mundanos bienes y en pleno dominio del Yo...

Atiende tan sólo a la acción y no al fruto que esperes allegar de ella. No te determine a la acción la recompensa ni tampoco te abandones a la inacción.

Cumple tus deberes, ¡oh! Dhananjaya, morando en unión con la Divinidad, renuncia a todo apego y mantente tan sereno en el éxito como en el fracaso. Este equilibrio es yoga (unión con Dios).

La acción, ¡oh! Dhananjaya, es muy inferior al yoga de discernimiento. Refúgiate en la sabiduría. ¡Miserables los que obran por recompensa! El dotado de verdadera sabiduría prescinde por medio del discernimiento del buen o mal resultado de la acción. Así, pues, esfuérzate en lograr el yoga de discernimiento, porque es hábil en la acción.

Los sabios que renuncian al fruto de sus acciones, quedan libres de las ataduras del renacimiento en este mundo y van a las regiones de eterna felicidad.

Cuando tu discernimiento te haya desprendido de esta maraña de ilusiones, entonces obtendrás cuanto conocimiento ha sido o ha de ser enseñado.

Cuando el estudio madure tu mente y se fije incommovible en la contemplación, entonces obtendrás la verdadera sabiduría.

Los últimos versículos contienen la esencia del yoga karma o de la *concentración y contemplación mientras se efectúa la acción*. Esto es tan difícil como entrar en el Sendero, y si queremos hollarlo sin tropiezo debemos conducirnos como buenos caminantes. En mi opinión, establece aquí Krishna el dilema de si salva la fe o salvan las obras. La fe por sí sola no puede salvar, porque en todo acto de fe hay algo de acción, y sería imposible la verdadera fe sin al propio tiempo concretarla en aquella acción que la fe nos representa con toda evidencia que hemos de realizar. Sin embargo, la acción pura y simple, tampoco bastará para salvarnos, porque como la acción equivale a karma, engendrará nuevo karma.

Por lo tanto, hemos de valernos de la concentración para ser capaces de realizar aquellas acciones que la Omnisciencia nos ordena, sin permitir que nos afecten. Nada han de importarnos los resultados. Se derivarán naturalmente de la acción sin que estén a nuestro alcance ni en nosotros influyan. Pero si realizamos un acto de fe o una acción corporal

con esperanza del resultado, cualquiera que sea, quedaremos apegados y ligados a las consecuencias, sean buenas o malas.

Muchos creerán, de acuerdo con la opinión vulgar, que conviene apegarse a las buenas consecuencias o resultados de una acción; pero esto es un error, que sólo tiene por fundamento la idea de que de este modo es uno mejor que los apegados a las malas consecuencias. Esta idea produce separatividad y es opuesta a la *identidad* sin la cual no cabe verdadero conocimiento.

Por lo tanto, debemos imitar a Dios, que aunque actúa en la manifestación de los universos, está al propio tiempo libre de toda consecuencia. En el grado en que así lo hagamos, nos identificaremos con Dios, porque al seguir los dictados del Señor que en nosotros mora, ofrecemos todas nuestras acciones en el altar, dejando el fruto en manos de Dios.

De todo esto se infiere que la conducta que debemos seguir es realizar toda acción mayor o menor, importante o vulgar, porque *debemos* realizarla como instrumentos de la voluntad de nuestro interno Dios. No hemos de detenernos a averiguar si la acción es o no provechosa para el Señor que está en nosotros (1), como se figuran quienes preguntan:

(1) *Ishwar* la particular manifestación de Brahma en todo ser humano.

¿de qué le sirven a Dios los menudos menesteres de la vida cotidiana tan pronto cumplidos como olvidados? A nosotros no nos toca averiguarlo. La acción agradable a Dios es la que se le ofrece sin apego al resultado, al paso que le desagrada cuanto hacemos con esperanza de aprovecharnos del fruto.

La previa renuncia al resultado de la acción es la mejor conducta, y un día u otro deberemos y querremos aprender a observarla. Hay autores que exponen otros medios, pero sólo son pasos conducentes a la renunciación. Así os digo que en cuanto podáis entréis en el Sendero.

* * *

Si mi propósito se contrajera a un somero examen del *Bhagavad Gītā* para señalar los puntos de coincidencia, discrepancia y analogía con los diversos sistemas filosóficos de la India, ya estaría terminada la tarea. Pero como lo examinamos bajo el aspecto más conveniente a todo fervoroso estudiante, cual es el del sentido íntimo que nos ayude a lograr la salvación, bien podemos diferir para más adelante el examen desde el punto de vista filosófico.

Consideremos algunas de las instrucciones dadas en el segundo capítulo cuya porción res-

tante está dedicada a la respuesta de Krishna a la pregunta de Arjuna respecto a las condiciones del hombre que alcanza la firme meditación. Dice Krishna que “los Vedas tratan de las tres cualidades”. Estas tres cualidades son: *satwa*, *rajas* y *tamas* de las cuales se trata separadamente en otro capítulo.

La cualidad *satwa* es de verdad o pureza, opuesta a la de *tamas*, que significa tinieblas e ignorancia.

Sin embargo, Krishna le dice a Arjuna que se sobreponga o se liberte de estas tres cualidades. Parece extraño que no se haya cebado la crítica en este punto, diciendo que al aconsejar Krishna a su discípulo que renuncie o se sobreponga a la cualidad sátvica o de pureza, le alienta implícitamente con ello al mal; pero como en seguida le exhorta a que permanezca firme en la pureza o “eterna verdad” tal vez a los críticos les haya asustado la aparente paradoja.

Es evidente que la frase “eterna verdad” expresa una especie de *satwa* superior, porque en sánscrito la palabra *satwa* es sinónima de verdad, y el no darle esta otra acepción al enumerar conjuntamente las tres cualidades, significa que cuando el discípulo se libre del *satwa* ordinario o inferior ha de acogerse al *satwa* superior o eterna verdad.

Además la exhortación no se refiere a re-

nunciar a la verdad ni a ninguna de las otras dos cualidades sino a quedar *libre de la influencia* o fuerza de ligazón que toda cualidad tiene sobre el ego humano.

Difícil le es a un ser tan superior como Krishna inculcar estos abstrusos temas en la mente inquisitiva del discípulo, y por lo tanto ha de emplear forzosamente un lenguaje de doble significado cuyas acepciones varían de continuo ante nuestra comprensión. Así la palabra *satva* hubo de emplearse para expresar la superior cualidad de quien está sujeto a ellas, y como en este concepto significa *verdad*, es indispensable añadir el adjetivo *eterna* para denotar el supremo estado en que el hombre se halla libre de las tres cualidades.

La esencia de la enseñanza de Krishna es *llegar a ser devoto*, y así dice: "Por lo tanto, entrégate a la devoción."

Krishna prepara el camino de la devoción representando cuán erróneo es practicar las ceremonias y seguir los textos escritos por mano humana en los Vedas, cuando tienen por fin obtener recompensa en el cielo y después en la tierra durante las vidas sucesivas y aun en aquella en que se practicaron las ceremonias.

Comprenderemos más fácilmente el significado de lo que dice Krishna, suponiendo que se refiere a una doctrina prevaleciente a la

sazón en la India y análoga en su sistema de recompensas a la arcaica creencia cristiana de que obedeciendo al Evangelio se asegura la dicha y prosperidad en la tierra y la eterna bienaventuranza con los santos en el cielo.

Krishna declara que esta doctrina es falaz. No niega que la recompensa, tal según se expone, siga a la acción, sino que admite que seguirá; pero como la rueda del renacimiento gira incesantemente volviéndonos sin remedio a un cuerpo mortal, la ilusión es continua y nunca lograremos con ello llegar a Dios, que es la meta de todos nosotros.

Tanto el cielo cristiano como el índico es un estado que según dijo Buda tiene principio y ha de tener fin, aunque dure largos eones de tiempo, y cuando acabe será preciso volver a este mundo o a otro. Por esto dice Krishna que engañan a los hombres los floridos discursos de quienes encomian la superioridad de las ceremonias y de las Escrituras como el mejor medio de ganar el cielo.

Indudablemente habrá algunos estudiantes que creyendo en la posibilidad de ir al cielo, se conformen con lo que les pueda ocurrir después de un tan dilatado período de felicidad; pero no se expondrían a estos riesgos si bien los conocieran. Son grandes y numerosos, aunque muchos de ellos no pueden señalarse porque para debidamente comprender-

los es necesario conocer a cuanto alcanza la mente y el verdadero significado de la meditación.

Pero hay otros riesgos más comunes entre los cuales se cuentan el karma diferido y las no agotadas afinidades.

La potencia de estos dos riesgos arraiga en la vasta complejidad de la naturaleza humana, de modo que el hombre no puede gozar en todo su ser ni del cielo ni de ningún estado que no sea la completa unión con Dios.

Algunos teósofos muy instruídos dicen que el hombre pasa por el devacán y que en la tierra sufre o goza según su karma; pero conviene rectificar este concepto en el sentido de que únicamente una pequeña parte del hombre está en el devacán o en la tierra.

Al entrar el hombre en el estado devacánico después de las etapas terrena y astral de su vida, la mayor parte de su ser aguarda pacientemente en la Vida única la vuelta a la tierra para extinguir algo más de karma, la porción que consiente su organismo corporal. Parte de la virtualidad del karma existe en el "misterioso poder de meditación" que se manifiesta de conformidad con la índole del cuerpo asumido por el hombre para una vida terrena, durante la cual pueda practicar "ceremonias especiales" y observar los preceptos de su religión con la esperanza de obtener la recompen-

sa del cielo; pero aunque la obtenga, deja intacta una cantidad del "misterioso poder de meditación", sin conocimiento de su índole, de donde se sigue el riesgo de que sea muy siniestro, y cuando regrese del cielo haya de asumir un cuerpo capaz de actualizar la porción de karma no agotado, con lo que bien pudiera ser su próximo destino una estancia en el infierno.

Al encarnar el hombre en un nuevo cuerpo físico, el "misterioso poder" de que hemos hablado, alcanza las innumerables afinidades engendradas en otras vidas y toma cuenta de todo cuanto llega a su alcance.

Otros egos ligados al hombre en cuestión con lazos kármicos, reencarnan al mismo tiempo y actualizan afinidades, atracciones y potencias que sólo pueden obrar por medio de ellos. Su influencia es incalculable; puede ser buena o mala; y según la reciba el hombre de los demás o los demás de él, así obrará el karma de cada cual. Por esto le aconseja Krishna a Arjuna que se liberte de la influencia de las cualidades para obtener completa independencia, que como él dice, sólo cabe lograr por medio de la devoción.

Los ocultistas conocen muy bien el efecto de estas influencias, discrepancias e impulsos, y aunque la idea es nueva en Occidente, no es desconocida en la India. La ley kármica es a

la par un ángel de misericordia y un mensajero de justicia, pues aunque hemos contado su actuación entre los riesgos a que se expone el hombre terminada su vida celeste, es también a veces un medio por el cual la naturaleza salva al hombre de la condenación.

Supongamos que en alguna vida pretérita tuve yo un amigo querido, una esposa o un pariente con quien me unieron lazos de íntimo y profundo afecto. Nos separó la muerte, y en subsiguientes vidas el mi amado ego se consagra a la verdad, a la sabiduría, a su naturaleza superior, mientras que yo prosigo despreocupado de todo menos del placer presente. Después de algunas vidas, nos volvemos a encontrar como amigos o conocidos, y en seguida se reafirma la antigua intimidad y el que en otro tiempo fué mi amigo, aunque ni él ni yo nos demos cuenta, tiene un extraordinario poder para penetrar en mi vida interna y moverme a la indagación de la verdad y a la introspección de mi real ser. La todavía inextinguible afinidad es el medio de que la naturaleza se vale para mi salvación.

En tal caso nos hemos de entregar ambos a la devoción, y esta devoción inculcan los maestros en los discípulos. Entraña abnegación mental, desagradable al moderno intelectualismo, pero sin la cual es imposible el verdadero progreso.

Por medio de esta mental devoción a la Divinidad, que significa abnegación en todo lo demás, debemos repudiar los resultados de nuestras acciones. No somos nosotros quiénes para decir cuál ha de ser el resultado de una acción; la Ley producirá un resultado mucho mejor quizás del que nos figurábamos. Si los resultados y las circunstancias de la vida diaria no son los que esperábamos, entonces aceptémoslos por medio de la devoción tal como la Ley ordene. Pero si concentramos nuestro deseo en obtener un resultado, por bueno que nos parezca, quedaremos ligados a este deseo tanto si lo realizamos como si no.

Esta exhortación a la devoción es a la par sencilla y difícil. Algunos la menosprecian porque anhelan poderes y lo que llaman desenvolvimiento de su individualidad; otros la desdeñan porque les parece demasiado candida; pero el prudente estudiante, aunque al principio no alcance a comprender su significado, cavilará sobre él, se esforzará en comprenderlo y hará cuanto le quepa para lograrlo.

* * *

Hemos visto que todo estudiante que desee recibir enseñanzas ha de alcanzar la devoción. Esto es lo que da a entender Krishna en la

respuesta a Arjuna al final del segundo capítulo:

Quien repudia todo deseo y se satisface con el Yo en sí mismo, queda confirmado en el conocimiento espiritual.

No es posible someterse por completo a los dictados del Espíritu mientras consintamos que los deseos absorban nuestra atención.

Por supuesto, que al hombre descrito en el precedente versículo se le supone en un punto de evolución mucho más adelantado que la mayoría de nosotros; pero nosotros debemos establecer un alto ideal a que aspirar, porque los rastreros ideales cuestan el mismo esfuerzo y son muy inferiores los resultados. No hemos de rebajar nuestro propósito creyendo que no vamos a tener éxito si lo elevamos demasiado. Más importante que el resultado es el esfuerzo para conseguirlo, porque no se nos juzga en el sentido de las cosas objetivas sujetas al tiempo de los cálculos humanos, sino que se nos juzga en la superior esfera del ser en donde no existe el tiempo y en donde se nos justifica por *lo que somos* y no por lo que hubiéremos hecho. Nuestras acciones corresponden tan sólo a la vida mortal, entre las falacias de la existencia terrena; pero los *motivos* de nuestras acciones constituyen nuestra más amplia vida y nuestro verdadero ser.

Hemos de obrar, porque ningún mortal puede vivir sin realizar acciones; y nuestras obras nos volverán a la tierra durante muchas fatigosas encarnaciones con riesgo de final fracaso, a menos que aprendamos la lección de que debemos obrar con justo motivo y levantado propósito. Cuando así lo hacemos, ya no influyen en nosotros las obras, porque, como Krishna, llegamos a ser los perfectos hacedores de toda acción. Y así a medida que nos purificamos y elevamos el motivo y el propósito, nos iluminamos espiritualmente, alcanzando con el tiempo la facultad de conocer lo que debemos hacer y de lo que hemos de abstenernos.

Algunos que se llaman ocultistas, así como no pocos teósofos, no advierten las enseñanzas de este capítulo. La devoción no tiene para ellos atractivo y la dejan para las buenas gentes de cualquiera religión o filosofía, entregándose ellos a la lectura de libros antiguos o modernos que traten de magia, ceremonias o cualquiera otra de las múltiples ilusiones con que se engañan.

No es moderna esta errónea conducta. Fue común entre los alquimistas, y el resultado es que muchos estudiantes pierden un tiempo precioso en empaparse de las prácticas ceremoniales, del rosacrucianismo y de la ciencia de los talismanes, tal como se exponen en los

libros que leen, aunque todo ello es un armatoste mental inútil cuando no peligroso.

Pero lejos de mí suponer que no hayan verdaderos rosacruces o que no den resultado las ceremonias mágicas ni sea auténtica la ciencia de los talismanes. Lo que afirmo es que lo conocido hoy día como tal es sombra de la realidad. Tan vano fuera el intento de conocer el alma por el cuidadoso estudio del cuerpo, como descubrir la verdad subyacente en la influencia de talismanes y ceremonias mágicas leyendo los libros que hoy tratan de dichos asuntos.

Los llamados magos medievales dejaron una balumba de escritos que son actualmente una ilusión y una añagaza para los estudiantes teósofos y no teósofos. En dichos escritos se dan minuciosas instrucciones para diversas prácticas, que se reducen al intento de capacitar a las gentes por métodos del todo externos a regir los mundos físico y astral.

No acompañó el éxito a quienes se entregaron a estas prácticas ni se librarán del fracaso los que en nuestros días sigan aquellas instrucciones.

La mayor parte de los escritos de los antiguos hechiceros y tratadistas de magia de Europa no son más que emplastos de frustrada vanidad y el resto copias de fórmulas legadas por sus predecesores.

Paracelso afirma explícitamente que la verdadera magia está en el interior del hombre, en aquella parte de su naturaleza que, primero potencial, se va actualizando al compás de la evolución, mientras que las ceremonias y fórmulas son escoria a menos que las use un verdadero mago.

Mucho y muy grave peligro entraña la práctica de ceremonias mágicas en que se emplean figuras geométricas y de otra índole, acompañadas de oraciones e invocaciones. El peligro sube de punto si el estudiante se entrega a estas prácticas con los egoístas fines de adquirir gloria o poderío, o tan sólo por curiosidad de lo maravilloso. En tales ceremonias, el operador o ficticio mago se rodea de un círculo o de una disposición de triángulos para protegerse contra los espíritus malignos que pudieran surgir durante la ceremonia.

Fijémonos bien en que dicho artificio sirve de *protección*, y tengamos en cuenta que semejante protección no es necesaria ni hay que pensar en ella a no ser por el temor de que los demonios, espectros o espíritus malignos puedan dañar.

Vemos que ya desde un principio está presente en dichas ceremonias el temor, hijo de la ignorancia. Además, el supuesto mago esgrime una espada en sus conjuros, porque es vulgar opinión entre los hechiceros que los

demonios y otras formas astrales huyen de las armas blancas.

Dijo Jesús que todos cuantos tomaran espada, a espada perecerán, y con esto significó precisamente lo mismo de que estamos tratando, pues en las ceremonias mágicas se emplea la espada a cada paso; y aunque el operador o mago negro obtenga por de pronto algún éxito aparente, acaba por formar en el interior de su aura, o de su esfera, como la llama Swedenborg, un duplicado de lo que previamente representó en el suelo o en las paredes. Sobre este duplicado no tiene el mago dominio alguno, porque está impreso en la parte de su naturaleza por él desconocida, y la espada material se transmuta en una espada astral empuñada por las demoníacas entidades que imprudentemente evocó. Entonces lo atacan con aquella arma sin que pueda protegerlo defensa alguna de los planos astral y mental, y según dijo Jesús, perece al golpe de la misma arma que esgrimió.

Este peligro no es alucinación del cerebro, sino positivo, actual e inmanente en la práctica. No hay libro alguno capaz de conferir a un hombre el poder de efectuar los necesarios cambios de constitución y alteraciones físicas antes de que domine las fuerzas inmateriales, aunque es posible evocarlas temporalmente y familiarizarse con ellas por medio

de ciertos métodos. Pero si al principio puede ser así, tomarán después lo que suele llamarse su "venganza", obedeciendo a una ley de su naturaleza, porque tales prácticas sólo tienen eficacia en la parte inferior y material del hombre.

La "venganza" de las fuerzas inmateriales consiste en la perversión del carácter que eventualmente conducirá al fomento de siniestras pasiones, atrofia de la concentración, pérdida de la memoria, muerte miserable y el casi total fracaso en el aprovechamiento de las ocasiones que pueda deparar aquella encarnación. Por lo tanto, repito que tales prácticas de magia negra son un armatoste inútil cuando no peligroso.

La experiencia ofrece abundantes pruebas de que tiene razón el *Bhagavad Gîtâ* al decir que el conocimiento espiritual incluye todas las acciones sin excepción y que debe alcanzarse por medio de la devoción.

Un analfabeto puede tener la suficiente intuición para percibir con sus internos sentidos la verdad de las cosas, no sólo las que le rodean, sino las referentes a más amplias esferas de la Naturaleza. Jacobo Boheme no era erudito, y sin embargo conocía la verdad. Sus obras demuestran completa conformidad con las verdaderas doctrinas expuestas en las Escrituras y libros secretos del induísmo. En

Alemania hay quienes todavía menos eruditos que Jacobo Boheme, saben muchas cosas todavía desconocidas de teósofos que alardean de intelectuales. Esto consiste en que la devoción alcanzada por tales ignorantes de la ciencia universitaria disipó de ante los ojos del alma las nubes de los sentidos que obscurecen la visión de la verdad.

No significa esto menosprecio ni vituperio de la erudición, que es muy valiosa cualidad; pero si el erudito fuese también devoto, según exhorta el *Bhagavad Gîtâ*, no cabe calcular cuán dilatado sería el campo de su intelectualidad.

Los verdaderos ocultistas y los adeptos no menosprecian la ciencia humana. Al contrario, la adquieren y utilizan, sin perjuicio de acumular las experiencias de los videntes y devotos de escasa instrucción hasta que al cabo de largos períodos de tiempo surge un insigne maestro que por hermanar la ciencia con la devoción aporta a la Logia Blanca admirables conocimientos respecto de materias tan lejanas de la ordinaria investigación, que ni siquiera es posible imaginar.

Esto da nueva prueba de la supremacía de la devoción, porque no surgirían los eximios maestros si la devoción no hubiese sido el ideal de su existencia.

Sin devoción se agita nuestro interior con-

fusamente a manera de un torbellino o de violento flujo de aguas turbias. Boheme llama a esta confusión la *turba*, y no es más que la ilusión producida por los sentidos. Así dice Krishna:

Sojuzgados todos sus sentidos puede el hombre estar en armonía conmigo que soy su aspiración suprema; porque quien ha subyugado sus sentidos posee conocimiento espiritual.

El que se complace en los objetos de sensación suscita en sí el apego a ellos; del apego nace el deseo; del deseo, el apetito desenfrenado; del apetito desenfrenado, el extravío; del extravío, la confusión de la memoria; de la confusión de la memoria, la pérdida del entendimiento; y por la pérdida del entendimiento perece el hombre.

Pero el que dueño de sí mismo se mueve entre los objetos de sensación con los sentidos libres de gusto y repugnancia, sojuzgado por el Yo, alcanza la Paz.

Esta Paz extingue toda pena, porque la mente de pensamientos tranquilos pronto llega a ser perfecta en la concentración.

Provechoso será transcribir un pasaje del capítulo segundo del *Sanatsujatiya* que reza así:

—Dicen algunos que de la acción proviene el libertarse de la muerte, y otros dicen que no existe la muerte. Explicame esto, ¡oh! Rey, de modo que no me quede duda alguna.

—¡Oh! Kshatriya, las dos verdades han sido corrientes desde el principio. El sabio afirma que la muerte es ilusión. Yo llamo en verdad ofuscamiento

a la muerte, y a la libertad de la ofuscación la llamo inmortalidad. Por la ofuscación fueron vencidos los demonios y por la libertad alcanzaron los dioses a Brahman. La muerte no devora a las criaturas vivientes como un tigre, porque no es perceptible su forma. La ofuscación se transmuta en los hombres en deseo, después en ira y en forma de ilusión. Y andando entonces por desviados caminos, arrastrado por el egoísmo, no alcanza la unión con el Yo. Quienes se dejan alucinar por el egoísmo y permanecen bajo su influencia, salen de este mundo y vuelven a caer en generación. Entonces los sentidos los dominan y sufren muerte tras muerte. Por estar apegados al fruto de la acción, y ofreciéndoseles la acción, van tras ella y no trascienden la muerte. Y el encarnado ser, por no comprender la unión con su real entidad, procede siempre apegado a los placeres. Esta es en verdad la causa principal de la ilusión de los sentidos, porque por el contacto con falaces entidades, se entrega por doquiera a los objetos de sensación, atendiendo únicamente a ellos. Primero se conturba y muy luego le invaden el deseo y la ira. Esto conduce a las criaturas a la muerte. Pero los hombres juiciosos trascienden con su buen sentido la muerte. Quien meditando en el Yo, destruye los fugitivos objetos de sensación, y ni aun para despreciarlos piensa en ellos, y quien poseedor del conocimiento destruye de este modo los deseos se convierte por decirlo así en muerte de la Muerte y la devora.

El segundo capítulo termina con la declaración de lo que es la clase de muerte resultante de la unión con la Divinidad, librando al hombre de volver a encarnar en la tierra.

Dice así:

Quien elimina todo deseo y obra sin apego al fruto de la acción, libre de egoísmo, logra la Paz.

Este es el *Eternal* estado, ¡oh! hijo de Prithâ. Quien lo alcanza, jamás se conturba. Quien aun en la hora de la muerte permanece en él, se une con el supremo Espíritu.

Tales son las últimas palabras del segundo capítulo.

Cualquiera otra actitud mental en la hora de la muerte, obliga a tomar nuevo cuerpo mortal.

La declaración de Krishna nos representa no sólo las prácticas previamente inculcadas, sino también todo el tema de la muerte. Porque para saber cómo hemos de "pensar en el supremo Espíritu en el momento de la muerte" o poseer aquella paz que sólo confiere la perfecta devoción, debemos saber qué es la muerte: si únicamente es lo que vemos que sucede al morir un ser humano o si hay en la muerte algo más de lo que abarca la vista corporal.

Un poco de reflexión demuestra que lo que observan los médicos y circunstantes es la retirada del alma con sus energías de la externa envoltura llamada "cuerpo". El moribundo puede aceptar los ritos de su iglesia, o manifestar su adhesión a determinada doctrina y aun hablar entre su último suspiro del cielo

y de la felicidad que le aguarda. Pero esto sólo es el primer paso. Tal vez deje con expresión de paz y dicha el rostro de su cuerpo. Los parientes le cerrarán los ojos y dirán que ha muerto. Sin embargo, sólo ha empezado a morir. El ego ha de continuar viviendo en otros cuerpos más allá del alcance de deudos y amigos; y entonces todo depende de los habituales pensamientos que mantuvo durante la vida terrena. Porque el ego ha de volver a pasar por el mismo camino por donde vino a la tierra, y este camino está pavimentado con las memorias de su última vida corporal que al avivarse afectan al ego impidiéndole la concentración en el supremo Ser y adelantar en su perfeccionamiento.

Por tanto, si tan sólo hubiera dedicado los últimos años de su vida terrena a las prácticas aconsejadas por Krishna, el recuerdo de los años anteriores empleados en la apetencia de goces sensuales tendería una nube sobre el ego, impidiéndole en absoluto alcanzar el estado en que ya es imposible la vuelta forzosa a la tierra.

Se comprenderá esto mejor considerando la vida como una sinfonía que termina con todos los tonos a la vez de la composición musical, dando por resultado un sonido que no expresa las notas altas o bajas ni las fuertes o suaves sino la combinación sonora de todas ellas. Este

sonido final es la vibración que domina al ego y resuena en todo él, colocándole en el estado correspondiente a su tónica. Así es fácil ver que todo pensamiento tiene posibilidad de armonía o discordancia al fin de la vida.

“Guiados por la clara luz del alma hemos considerado tus enseñanzas ¡oh! bendito sabio. Han sido eficaces para disipar las tinieblas que envolvían la morada de Ishwara en nuestro interior. Estamos complacidos y alentados. ¡Que tus palabras permanezcan en nosotros y nos refrigieren como las fuentes refrigeran la tierra!”

ESTANCIA TERCERA

RECTO CUMPLIMIENTO DE LA ACCIÓN

Los dos primeros versículos de este capítulo expresan una duda que se levanta en la mente de Arjuna y contienen el requerimiento para solucionarla y el método de adquirir perfecto conocimiento, equivalente a salvación. Dicen así:

Si dices ¡oh! Janardana, que el conocimiento es superior a la acción ¿por qué, ¡oh! Keshana me incitas a esta empresa tan terrible? Tus ambiguas palabras conturban mi razón con entremezclados sentimientos. Dime, pues, con certeza, y explícame por qué medio pueda yo alcanzar la bienaventuranza suprema.

La duda proviene de que el Señor bendito ha declarado que Arjuna ha de lograr la salvación por el recto uso de su entendimiento; y sin embargo, también debe realizar la terri-

ble acción de combatir a muerte contra sus amigos, maestros y parientes.

El requerimiento es el mismo que casi diariamente se repite en la Sociedad Teosófica con súplica de respuesta (1). Por sólo *un* método, *una* práctica y *una* doctrina puede el estudiante obtener lo que anhela, ya sea su propósito la dicha interna, ya la sed de oculto conocimiento y poder.

La duda de Arjuna es la misma que espontáneamente nace en quien por primera vez se halla cara a cara con la gran dualidad de la Naturaleza o de Dios. Esta dualidad puede expresarse metafísicamente con las palabras *pensamiento* y *acción* o lo que tanto monta *ideación* y *expresión*.

Brahma, el inmanifestado Dios, concibe la idea del universo que en seguida se expresa o manifiesta en lo que los cristianos llaman *creación* y los científicos *evolución*. Esta creación o evolución es la acción de Dios, sin que para él haya diferencia de tiempo entre la concepción de una idea y su expresión en manifestados objetos.

Si pasamos a considerar los objetos "creados" o los planos en que el pensamiento de

(1) Véase la revista *Lucifer* correspondiente a los meses de Abril y Mayo de 1888, en los artículos *Ocultismo práctico* y *El ocultismo y las artes ocultas*, reproducidos en la revista *Teosophy* de Enero de 1913.

Dios halla su expresión por medio de sus propias leyes, hallaremos la dualidad de acción y reacción, atracción y repulsión, día y noche, inspiración y espiración y demás pares de opuestos.

Al considerarlos y reflexionar sobre ellos, queda uno por de pronto confundido por la multiplicidad de objetos y nos esforzamos en encontrar algo, alguna ley, práctica, doctrina o dogma o filosofía que una vez conocida asegure la felicidad.

Aunque hay un solo vehículo, adoptando el término budista, no puede comprenderlo desde un principio el estudiante, pues ha de pasar por las experiencias necesarias para enaltecer su conciencia antes de que sea capaz de comprender este único *Vehículo*.

Si el principiante pudiese comprender esta única ley; si fuera posible que con una sola palabra nos alzase a las refulgentes cimas del conocimiento y de la utilidad, seguramente que Aquellos que la conocen nos revelarían gozosos la palabra, dándonos con ella el único método; pero como no hay otro medio posible de lograr la verdadera dicha que *convertirse* en el método, y no tan sólo comprender intelectualmente una doctrina o dogma, los guardianes de la lámpara de la Verdad han de ir alzando grado por grado a los hombres. En esta actitud se hallaba Arjuna al enunciar

los versículos con que empieza este capítulo (1).

Krishna le dice entonces a Arjuna que como nadie puede permanecer en el mundo sin realizar acciones, lo más conforme con la rectitud es realizar estas acciones o deberes de la vida, sea en paz o en guerra, sin atender al fruto o provecho de la acción, satisfaciéndose tan sólo en hacer lo que decreta la voluntad del Señor interno, sin más razón que la de que debe hacerse. Resume esto en las siguientes palabras:

Pero digno de alabanza es quien sojuzgando sus sentidos por medio de la mente y sin apego al fruto de la acción, realiza el yoga devocional por los órganos de acción.

Da ejemplo de ello al referirse a los que llama "mojigatos de alma extraviada" que mantienen inertes sus cuerpos, refrenando los órganos de acción, aunque al propio tiempo piensan en los objetos de sensación, de los cuales sólo se han apartado en forma.

Así demuestra Krishna la falsa posición en

(1) Conviene observar que Arjuna y Krishna cambian continuamente los nombres con que se llaman uno a otro. Cuando Krishna trata de un punto referente a cualquier aspecto de la naturaleza de Arjuna, le da un nombre referente al punto de que se trata; y Arjuna cambia el nombre de Krishna siempre que lo juzga necesario. Así en el primer versículo, le llama *Janardana* que significa: "el que da todo cuanto el hombre pide", refiriéndose con ello al poder de Krishna para realizar o dar cumplimiento a todo deseo.

que se colocan quienes abandonan el externo campo de acción, mientras que mentalmente permanecen en él, porque esta actitud mental determinará la repetida encarnación del ego en la tierra.

Más adelante, en el mismo capítulo, alude al yogui Janaka que aunque muy santo y con mucho conocimiento adquirido en los negocios políticos, todavía realizaba acciones.

Después se leen los siguientes versículos:

Cuando en remotos tiempos el Señor de emanación emanó la humanidad por el sacrificio, dijo: "Por virtud del sacrificio, multiplicáos, y será para vosotros el donador de deseos. Alimentad a los dioses con el sacrificio y podrán alimentaros los dioses. Así, alimentándoos mutuamente, alcanzaréis la suprema felicidad. Porque alimentados los dioses con el sacrificio, os darán el deseado alimento. Verdaderamente ladrón es quien disfruta de las dádivas de los dioses y no les ofrece algo de ellas."

Desde luego confieso que estos y otros versículos subsiguientes no me parecen fáciles de explicar a la mentalidad occidental. Aunque tengo algún conocimiento de la dialéctica de Occidente basada en el conocimiento propio de los europeos y americanos, me parece del todo imposible por ahora dilucidar muchos de los puntos relativos a este capítulo. Hay varios puntos tratados por Krishna que no tienen correspondencia en la mentalidad occidental.

Uno de estos puntos es el referente a los sacrificios. Si yo dijese cuanto pienso acerca de los sacrificios me expondría a que me tildaran de loco, supersticioso e ignorante, pues contados serían quienes lo creyeran. Y como los buriones e incrédulos no se paran en barras, es inútil señalar algunos puntos de este capítulo; pero al pensar sobre ellos se experimenta la tristeza de que la decantada civilización occidental sea tan torpe y ciega para estos temas.

Aunque Moisés instituyó los sacrificios en Israel, sus sucesores cristianos los abolieron en letra y espíritu, con tan extraña inconsecuencia como si ignorasen las palabras de Jesús cuando dijo: "No pasarán ni una jota ni una tilde de la ley hasta que se cumplan todas estas cosas."

Sin embargo, era natural que al culminar la edad tenebrosa (1) desapareciera hasta el último rastro de sacrificio. Sobre las ruinas del altar se erigió el templo del yo inferior, el tabernáculo del egoísmo personal. En Europa, el individualismo está algún tanto suavizado por las formas monárquicas de gobierno que no logran extirpar el mal; pero en los Estados Unidos prevalece porque nada lo re-

(1) Conviene advertir, para disipar las dudas del lector, que la época en que se abolieron los sacrificios israelitas pertenecía a la edad tenebrosa o yuga kali, en la cual estamos todavía, y aun parece que el período actual es más tenebroso que el de entonces.

frena y constituye el fundamento de la independencia. Sus funestos efectos, que aún ensombrecen vagamente el horizonte, hubieran podido evitarse si los fundadores de la república creyeran en las doctrinas de la Religión de Sabiduría. Y así es que después de haber quebrantado las cadenas forjadas por el dogmatismo teológico y la tiranía regia, vemos surgir una superstición mucho peor que la llamada por este nombre. Es la superstición del materialismo infundido en una ciencia que sólo conduce a negaciones.

Con todo, hay en Occidente quienes libres de prejuicios y con muy buena voluntad, comprenden intuitivamente que de los antiguos libros de la India puede entresacarse algo más de lo que en ellos se encuentra cuando sólo se estudian considerándolos como parte de los balbuceos de la infantil humanidad, según fué el motivo que alegó el profesor Max Müller para íntegramente traducirlos. Me refiero a los teósofos intuitivos que están convencidos de que el rápido adelanto material de la civilización necesita compensarse con las puras enseñanzas filosóficas y religiosas contenidas en los Upanishadas.

Aludiremos de paso a la explicación que de los sacrificios mosaicos dió el místico conde de San Martín (1).

(1) Véase *Naturaleza y destino del hombre*, 1802.

Los estudiantes pueden meditar sobre ella e inferir lo que contenga de verdad. Dice San Martín que la eficacia de los sacrificios consistía en la fuerza magnética con que el sacerdote atraía sobre su propia persona los malos efectos de los pecados del pueblo; y después, por imposición de manos (como en acto de sacrificio), los transmitía a un macho cabrío que cargaba con toda la pesadumbre de las malignas influencias, y luego las exhalaba en el desierto a donde lo conducían para que no contaminase al pueblo.

Se afirma que Moisés conocía algunas leyes ocultas, pues se educó en Egipto, y seguramente lo iniciarían los hierofantes. Pero San Martín prosigue diciendo:

A los israelitas se les mandaba que al conquistar un país pasaran a cuchillo hasta a las bestias, porque como estaban empapadas de la maligna influencia de las gentes del país, al matarlas quedaban los israelitas libres de contagio, mientras que en los sacrificios, la muerte de la víctima pura y sin mancha atraía sanas y preservadoras influencias que *por la destrucción de la base en que estaban fijadas*, o sea ciertas clases de animales, podían ser útiles al hombre, y así leemos en el versículo 2 del capítulo 17 del Levítico: "La sangre hace expiación por el alma." La virtualidad del sacrificio dimana de la relación del hombre con los animales y la Naturaleza; y si los israelitas hubiesen observado fielmente la ceremonia del sacrificio no dejaran nunca de celebrarlos, sino que con seguridad atrajeran cuanto de bueno eran

capaces de recibir... Los extraordinarios holocaustos que se celebraban en las tres solemnes festividades del año, debían atraer sobre el pueblo tan activa influencia cual correspondía a la época de la celebración, porque se sacrificaban bueyes, carneros, corderos... Algunas substancias minerales, vegetales y animales retienen una gran porción de las propiedades o principios activos de su primer estado.

Algo de verdad hay en estos conceptos del conde de San Martín. Pero Moisés estableció algunos sacrificios por razones higiénicas, aunque dándoles carácter religioso, pues las irreflexivas tribus practicarían gustosas los actos devocionales, mientras que los hubieran omitido si tan sólo se les exigiesen por motivos de higiene (1). Sin embargo, ofrecían las víctimas en holocausto por diferentes motivos, muy semejantes a los de los sacrificios induístas, cuya ley está expuesta en estos versículos.

Los brahmines y sus secuaces reconocen que hay alimentos no procedentes del sacrificio ofrecido con arreglo al ritual védico; pero creen que el *verdadero alimento*, capaz de establecer en el organismo físico las condiciones necesarias para que el hombre pueda vivir según sus máximas posibilidades sólo se ob-

(1) En la India hay numerosas prácticas religiosas de higiénica finalidad, por ejemplo, la danza del cólera, de carácter sagrado, en la que mientras se queman montones de alcanfor, se baila la danza de las flores con música y cantos religiosos.

tiene del sacrificio debidamente celebrado. De donde no, el alimento obtenido está muy lejos de alcanzar las requeridas condiciones.

En la época actual hemos de luchar con estas dificultades, y podemos vencerlas obedeciendo las instrucciones dadas por Krishna en el poema que estamos comentando.

En el versículo antecitado, se establece la distinción entre el alimento obtenido y el no obtenido del sacrificio, pues dice: "Porque si los dioses se alimentan del sacrificio os darán el *deseado* alimento." Ampliando la argumentación, inferimos que al omitir el sacrificio que así los alimenta, morirán los dioses o se trasladarán a otras esferas; y como quiera que los sacrificios están hoy totalmente abolidos, los dioses a que aludimos deben de haber dejado hace mucho tiempo nuestra esfera.

Sin embargo, conviene preguntar qué y quiénes son estos dioses. No son los ídolos ni los imaginarios seres tan constantemente mencionados en las diatribas lanzadas contra la India por los misioneros; pero son ciertas potestades y propiedades de la Naturaleza que se apartan de este mundo cuando culmina la edad tenebrosa. Por lo tanto los sacrificios serían hoy día completamente inútiles entre nosotros.

Pero tiene otro significado la "revolución de la rueda" a que alude Krishna; y muy claro

se ve que se refiere al principio de fraternidad o reciprocidad, pues declara que la rueda ha de seguir girando, esto es, que todo ser ha de vivir de acuerdo con la ley o de lo contrario vivirá en pecado y sin definido propósito. Notorio es que en nuestros días se admira este principio como una hermosa teoría, pero no mueve el ánimo de las gentes, que por el contrario proceden espoleados por la egoísta idea de ser cada cual mayor, mejor y más rico que los demás. Si no se la refrena, se convertirán las naciones que se precian de civilizadas en un vivero de magos negros. Para contrarrestar el avance del egoísmo se fundó la Sociedad Teosófica con objeto de inducir a los hombres a voltear una vez más esta rueda de amor fraternal puesta originariamente en movimiento por "el Creador cuando crió a los mortales".

Procede después Krishna a exhortar de nuevo a Arjuna a que cumpla con sus deberes y le intima a que los cumpla considerando que por ser hombre de calidad, ha de dar ejemplo a sus subordinados. Así dice Krishna:

Lo que hace un hombre conspicuo, aquellos hacen también los demás hombres. Las gentes siguen el ejemplo que él les da.

Quien conoce al universo no ha de perturbar a los ignorantes en el cumplimiento de su deber.

Por imperio de la ley de los ciclos que nos gobierna aún en lo peor de una edad, hay períodos en que el ejemplo de los buenos impuesto en la luz astral produce efectos cada vez más amplios e intensos hasta que por fin alcanzan a los "dioses" que se fueron a distantes esferas, y al sentir la influencia de las buenas acciones vuelven a ayudar a la humanidad en sus esfuerzos para que comience una edad mejor. Por esto exhorta Krishna a Arjuna a que sea el primero en dar buen ejemplo.

En nuestra época, el ritualístico sacrificio que en otro tiempo tenía mágica eficacia ha de ser un sacrificio realizado por cada hombre en su propia naturaleza y sobre el altar de su corazón. Más particularmente lo han de hacer así los teósofos sinceros que aspiren al conocimiento de la verdad. Nacidos en esta época, en el seno de familias entre cuyos ascendientes hay pocos sin mancha, carecemos de la ventaja del apoyo espiritual y de ciertas facultades e inclinaciones pertenecientes a otro ciclo. En cambio, la misma intensidad y rapidez de la época en que vivimos nos capacita para realizar más copiosa obra en menor número de encarnaciones. Reconozcámoslo así y aprendamos cuál es nuestro deber para cumplirlo.

Esta porción del capítulo segundo termina con el siguiente versículo:

Más vale cumplir el propio, aunque sin mérito, que el deber ajeno con toda perfección. Preferible es morir en el cumplimiento del deber propio, porque lleno de peligros está el ajeno.

* * *

Krishna le dice a Arjuna que cierta clase de hombres, faltos de fe, menosprecian la verdadera doctrina y acaban por extraviarse y perderse a pesar de todo su conocimiento. Arjuna replica con la dificultad dimanante de la consideración de que algo ha de inducir a dichos hombres a pecar contra su voluntad, y ve en ello la actuación de una fuerza desconocida que maneja a los hombres del modo que no quisieran si la conociesen, y dice a este propósito:

Pero ¿qué es, ¡oh! Varshneya lo que incita al hombre a pecar, aun contra su propósito, como si fuerza extraña lo impeliere?

A lo que Krishna redarguye:

Es el deseo, es la pasión nacida de *tamas*, voraz y corruptora. Ahí tienes al enemigo del hombre en este mundo. Como fuego envuelto en humo, como espejo enmohecido (1), como feto cubierto por el am-

(1) Se alude aquí a los espejos que se usaban en aquella época. Eran de metal muy bien pulimentado y bruñido, por lo que estaban expuestos al orín. También los actuales espejos de plata bruñida pueden empañarse por oxidación de la superficie.

nios, así *tamas* circunda el mundo. En forma de pasional deseo envuelve *tamas* al conocimiento y es el pertinaz enemigo del sabio. Es un fuego que toma cuantas formas quiere, ¡oh! hijo de Kuntí, y es insaciable.

Los sentidos, la mente y el intelecto son su imperio y por medio de ellos envuelve al conocimiento y extravía al morador del cuerpo.

Por lo tanto, ¡oh príncipe de los Bhâratas! subyuga primero los sentidos y elimina el pecaminoso ímpetu que sofoca la sabiduría y el discernimiento espiritual.

Dícese que son poderosos los sentidos. Mayor aún es la mente y más todavía el entendimiento, pero más poderosa aún es la pasión. Así, sabiendo que la pasión es más poderosa que el entendimiento, refrena el yo por el Yo ¡oh! omnipotente, y mata a ese enemigo irreconciliable que asume cuantas formas quiere.

Si bien reflexionamos sobre esta réplica del Poderoso Señor de los Hombres, echaremos de ver que el campo por donde se dilata la influencia de las pasiones es mucho más vasto de lo que pudiéramos figurarnos. Crean algunos estudiantes que les será posible lograr rápidamente la libertad en cuanto empiecen el estudio del ocultismo o la investigación de su verdadero ser del cual sólo es una fase el aspecto exterior. Emprenden el estudio henchidos de esperanza, y al sentirse consolados y animosos, les parece que ya tienen casi conseguida la victoria; pero la enemiga obstrucción pasional está presente entre los numerosos

factores constituyentes de la personalidad.

Habla Krishna de las tres cualidades: *satwa*, *rajas* y *tamas*. La primera es pura y brillante, de la naturaleza de la verdad; la segunda es de la naturaleza de la acción y tiene algo de bondad y algo de malicia; la tercera, enteramente maligna, tiene por esencial peculiaridad la *indiferencia*, correspondiente a la *ignorancia* o tinieblas de la mente, incompatible con toda acción de pura índole.

Estas tres típicas cualidades llamadas *gunas* en sánscrito, se combinan y entremezclan en infinidad de gradaciones y matices que constituyen las denominadas en Occidente cualidades o características físicas, mentales y morales.

La pasión o deseo a que se refiere el capítulo está compuesta de *rajas* y *tamas*, y como dice Krishna es terca y obstinada, no siendo posible, como algunos creen y enseñan, aprovechar esta clase de pasión en nuestro servicio. Es preciso matarla. Vano será el intento de invertirla en nuestro auxilio, porque se inclina más a *tamas* que a *rajas*, tiende hacia abajo y se aleja de lo superior. Es capaz de quitar el conocimiento, y en mayor o menor grado está presente en toda acción. De aquí la dificultad con que tropiezan cuantos se proponen actualizar las armónicas potencias de su interno ser.

Parece por de pronto que el campo de acción de esta cualidad pasional se limita a los sentidos; pero Krishna enseña que se dilata hasta alcanzar el ánimo y la mente. El encarnado ego, anheloso de conocimiento y libertad, se ve sin cesar engañado por *tamas*, que como también influye en el ánimo y en la mente es capaz de entenebrececer el entendimiento y extraviar al luchador.

Sin embargo, la fuerza pasional tiene mayor dominio sobre los sentidos, en los que se encierran todas las potencias y facultades psíquicas tan ansiadas por los estudiantes de ocultismo. En modo alguno se ha de creer que un hombre sea espiritual o que conozca la verdad porque posea la facultad de ver a distancia, percibir los habitantes del mundo astral o ser clariaudiente. Muy al contrario, en este aspecto de la naturaleza humana es muy poderosa la cualidad *tamásica*, y hay más riesgo de error que en cualquiera otra circunstancia, pues a no ser el clarividente dueño de sí mismo no adquirirá valioso conocimiento sino que se expondrá a caer en graves errores y también en tremenda maldad.

Por lo tanto, como aconseja Krishna, debemos empezar por lo que tenemos más cerca, esto es, por el dominio de nuestros sentidos. No podemos matar desde luego allí al enemigo porque también se atrinchera en el

ánimo y en la mente; y así, procediendo de lo cercano a lo lejano, adelantaremos con regularidad y seguros de la victoria final. Por esto dice Krishna: "Ante todo refrena tus sentidos." Si descuidamos el refreno de los sentidos y sólo atendemos al ánimo y a la mente, no ganaremos nada en realidad, porque el enemigo permanecerá encastillado en los sentidos. Aunque hayamos atendido con mucha solicitud al dominio del ánimo y de la mente, amenazan los sentidos interponer tantas dificultades y obstáculos en el camino, que invaliden todo lo hecho con el ánimo y la mente.

Los sentidos externos y sus internas contrapartes promueven en nuestro sistema psicofísico una turbulenta inquietud que agita el ánimo y se extiende a la mente. Por esto se ha dicho: "El ánimo intranquilo desquicia a la mente de su firme asiento."

En consecuencia, hemos de proceder por regulares etapas a la evolución de nuestro ego, sin atender a un aspecto a costa de otro. Krishna aconseja a Arjuna que refrene los sentidos, y en seguida añade que por sí mismo se fortalezca en sí mismo, lo cual significa que ha de confiar en la conciencia una, que diferenciada en el hombre es el ego o Yo superior, por cuyo medio se ha de fortalecer el yo inferior que engañosamente toma por su verdadero ser.

De una conversación tenida con un amigo transcribiré los siguientes párrafos: "Nuestra conciencia es una, no varias ni diferentes de las demás conciencias. No hay *conciencia despierta* ni *conciencia dormida* ni nada más que la *conciencia en sí misma*.

Lo que llamamos conciencia es el *Ser*. La antigua división era:

<i>Sat</i>	Ser	} Los tres conceptos juntos se llaman: <i>Satchitananda</i>
<i>Chit</i>	Mente consciente	
<i>Ananda</i>	Felicidad	

Pero *Sat* o *Ser* es de por sí a la par *Chit* y *Ananda*. La armónica conjunción del Ser y de la Conciencia es Ananda o Felicidad. De aquí que a la armonía se la llame *Satchitananda*.

Ahora bien; la conciencia individual de cada ser humano es el testigo o espectador de las acciones y experiencias de cada uno de los estados en que nos hallamos o por los cuales pasamos; y por lo tanto, la despierta condición de la mente no es conciencia separada.

La conciencia universal penetra omnilateralmente todos los estados o planos del Ser y sirve para conservar la memoria, completa o incompleta, de las experiencias de cada estado.

Así, en la vida vigílica, *Sat* experimenta plenamente y conoce lo que experimenta. En el sueño, *Sat* sigue experimentando y conociendo, aunque el cerebro no retenga completa

memoria del estado vigílico. En el estado de *Sushupti* o sea el que trasciende al sueño, también conoce *Sat* todo cuanto hace, ve y oye.

Es necesario entrar en el camino de salvación. En dar el primer paso consiste la posibilidad de feliz éxito. Por esto se ha dicho: "Una vez ganada la primera victoria, es segura la salvación."

El primer paso estriba en abandonar las malas compañías y anhelar el conocimiento de Dios. El segundo consiste en juntarse con buenas compañías y escuchar y practicar las enseñanzas que nos den. El tercero está en la consolidación de los dos anteriores con fe para persistir en ellos. "Quien así lo hiciere establecerá seguros fundamentos para ascender al adepto o salvación."

* * *

Hemos llegado al fin del tercer capítulo cuyo tema es: *Devoción por medio de la acción*, o también *Recto cumplimiento de la acción* o *Yoga de la acción*. (*Yoga Karma*.)

En estos tres primeros capítulos queda explícitamente enseñado que es preciso anhelar, buscar, obtener y cultivar la devoción. El discípulo ha de aprender a ejecutar todas sus acciones con la vista puesta en Dios y Dios en todas las cosas.

Dice el Purana *Brihad Nundekeshwar*:

Al tomar una medicina hemos de pensar en Vishnu, el que todo lo penetra. Al comer hemos de pensar en Janardana, el dador de todas las cosas. Mientras descansamos hemos de pensar en Padmanabha; al contraer matrimonio, en Prajapati, el señor de las criaturas; al guerrear, en Chakradhara; al viajar por extrañas tierras, en Trivikrama; en el trance de la muerte, en Narayana; cuando nos reunimos con los amigos, en Sridhara; si tenemos malos sueños, en Govinda; cuando nos amaga algún peligro, en Madhusudana; en medio de un bosque, en las aguas; en medio del agua, en Vasaha; en las montañas, en Raghmundana; mientras andamos, en Vanrana; y en todas las acciones, en Mahadeva.

Todos estos nombres se aplican a Vishnu según sus cualidades, potencias y aspectos, denotando que Krishna está en todo y todo está en él.

Así lo hemos de ver nosotros en último término, porque Ishwara, el espíritu individual no es otro que Krishna. Por lo tanto, pensemos en El y batallemos. Mientras estemos enmarañados en la selva de la existencia pensemos en El. El es el León que nos guarda, el Sabio que nos guía, el Guerrero que de escudo protector y segura defensa nos sirve.

ESTANCIA CUARTA

CONOCIMIENTO ESPIRITUAL

En el tercer capítulo inicia Krishna el tema del yoga o unión con Dios, insinuando el método de lograrla, y en el cuarto capítulo trata explícitamente el asunto. Le enseñó a Arjuna que la pasión es más poderosa que el ánimo o la mente, pues a uno y otra rinde, y le aconseja que se apoye firmemente en su verdadero ser por cuyo medio será tan sólo capaz de vencer la pasión.

En el comienzo del cuarto capítulo hallamos la importante doctrina referente a que en el primer período de una nueva emanación o manvántara, como se la llama en sánscrito, desciende a este mundo un poderoso Ser y comunica ciertas ideas e infunde determinadas aspiraciones que se reflejan en todas las edades subsiguientes hasta que llega la noche de Brahma o general disolución. Así dice:

Yo declaré a Vivaswata, el Señor de Luz, esta sempiterna doctrina del yoga. Vivaswata la enseñó a Manú; Manú la transmitió a Ikshwaku. Y así fluyó de labio en labio por la dinastía de mis regios rishis. Con el rodar de los tiempos desmayó la verdad y pereció en el mundo ¡oh! Parantapa. Esta misma antiquísima doctrina, este supremo arcano te revelo ahora porque eres mi devoto y amigo.

Afirman las autoridades exotéricas que Vivaswata es uno de los nombres del Sol; que después de él vino Manú y su hijo fué Ikshwaku, primer monarca de la dinastía de los reyes solares que en la India primitiva fueron hombres de supremo conocimiento, pues todos eran adeptos y gobernaron el país como únicamente saben gobernar los adeptos, pues aun no había comenzado la edad tenebrosa y tan poderosos Seres vivían gozosamente entre los hombres. Todas las gentes los respetaban y no había rebeliones ni por pensamiento puesto que nadie podía tener motivo de queja.

Aunque en oídos occidentales nada significa que Vivaswata como nombre del Sol, hay en él oculta una gran verdad, de la propia suerte que todavía hoy se esconde un profundo arcano en nuestro globo solar.

Fué Vivaswata el ser designado para ayudar y guiar los primeros pasos de la raza humana. En precedentes universos había pasado por varias encarnaciones, subiendo peldaño

por peldaño la escala de la evolución hasta manifestarse por derecho propio en plena divinidad.

El mismo proceso está hoy día en marcha, preparando egos que realicen análoga obra en venideras edades, como en las edades sin límite del pasado estuvo en actuación el mismo proceso; y siempre el Espíritu supremo, simbolizado en Krishna, enseña al Instructor para que comunique a los hombres las ideas necesarias a su salvación.

Cuando la nueva humanidad adelanta lo suficiente, el Instructor llamado "El Sol" deja la sucesión espiritual al Manú (aunque también se le puede designar por otro nombre) quien prosigue la obra hasta que la humanidad llega a un punto en que ya puede proporcionar de su seno algún hombre capaz de fundar una dinastía de reyes-sacerdotes. Entonces se retira el Manú, dejando el gobierno en manos del sabio rey, quien lo transmite a sus sucesores. Esta dinastía dura hasta que sobreviene la edad de hierro en que se acrecienta el progreso material y se confunde y perturba el sentido espiritual. En esta edad nos hallamos ahora.

Hasta el período que comienza con el reinado de Ikshwaku, el primer rey terreno, gobernaba a la humanidad un ser cuya espiritual naturaleza reconocían todos los hombres por-

que eran notorios su poder, gloria, benevolencia y sabiduría. Vivía larguísimo años y enseñaba a los hombres además del yoga, las artes y las ciencias, de suerte que como conocía todas las leyes de la naturaleza, permanecen *inherentes* en la humanidad sus enseñanzas.

Por lo tanto, vemos que no hay fundamento para que nadie se envanezca de tener ideas originales, pues es una ilusión semejante originalidad. La raza humana nunca hubiera evolucionado sin el auxilio recibido, y a no ser por la profunda sabiduría de las poderosas entidades que aleccionaron a la infantil humanidad estaríamos ahora completamente desorientados.

Las fábulas, mitos y leyendas que todas las naciones y razas conservan por tradición acerca de héroes, magos, príncipes, magnates y dioses que vivieron en los albores de la protohistoria son reminiscencias de los remotísimos tiempos en que gobernaban los reyes divinos; y a pesar de cuanto se empeñen los escépticos y científicos burlones en demostrar que no hay alma ni vida futura, perdura de siglo en siglo la creencia en Dios y la perdurable vida. Guardianes y conservadores de esta creencia son las gentes sencillas que por no tener teorías escolásticas que extravíen sus mentes mantienen la sucesión de ideas legadas por los primievales instructores.

Admírase Arjuna de que Krishna le diga que uno cuyo nacimiento él conocía es coetáneo de Vivaswata, y pregunta que cómo puede ser. Responde Krishna diciendo que él y Arjuna han tenido innumerables nacimientos; pero que Krishna los recuerda, mientras que Arjuna, por no ser todavía perfecto en el yoga, no conoce ni puede recordar sus nacimientos.

Así en el poema se le da también a Arjuna el nombre de *Nara*, que significa *hombre*, y en esto tenemos un antiguo postulado de la reencarnación en explícitas e inequívocas palabras que se refieren a todo el género humano simbolizado en Arjuna con el sobrenombre de *Nara*.

Después declara por natural consecuencia la doctrina, tan familiar en la India, de la reaparición de los avatares. Hay entre los induístas leves discrepancias acerca de lo que es un avatar, pues unos dicen que es la encarnación del mismo Dios y otros que la de un espíritu humano aunque muchísimo más cobijado por Dios que los demás hombres.

Sin embargo, todos reconocen por verdadera la doctrina expuesta por Krishna al decir:

También nazco por virtud de mi propio poder. Cuando la justicia desmaya ¡oh! Bhârata y cobra bríos la iniquidad, entonces renazco para proteger a los buenos, confundir a los malvados y restaurar fir-

memente la virtud. De edad en edad renazco Yo con este propósito.

Estas apariciones de los avatares entre los hombres con el propósito de restablecer el equilibrio no han de confundirse con el gobierno de Vivaswata y Manú a que antes nos referimos, sino que son el advenimiento a este mundo de Salvadores de la humanidad. La frase "de edad en edad" denota que aparecen periódicamente, y la palabra "edad" se refiere a los ciclos mayores de los que hasta ahora los Maestros se han contraído a señalar la existencia.

Hoy día se reconoce ya generalmente la suma importancia de la ley cíclica en el estudio de los problemas relativos a la evolución y destino del hombre. El advenimiento de un avatar ha de obedecer a la natural ley según la cual ha de aparecer al propio tiempo otra entidad antagónica al avatar, porque como dice Krishna, perpetuamente rige en el mundo la ley de los pares de opuestos. Así vemos en la historia de la India que cuando hace muchísimos siglos advino Krishna a la Tierra, había ya en ella un cruel tirano, un mago negro llamado Kama cuya maldad era opuestamente tan grande como la bondad de Krishna. A esta circunstancia se refiere el poema al decir que Krishna viene al mundo cuando culmina la maldad.

El verdadero significado de esto es que el mal karma del mundo va aumentando con el tiempo y engendra al fin una entidad que por decirlo así es la espuma de todas las maldades acumuladas desde la aparición del último avatar. No sólo es malvado, sino astutamente sabio con mágicos poderes de terrible índole, porque la magia no es privilegio exclusivo de los buenos. Muy grande es el número de magos negros existente en tal época entre las naciones, pero todos rinden tributo y prestan vasallaje a uno que los supera y sobre ellos descuella.

Esto no es patraña, sino la pura verdad; y la actual prevalencia del afán de riquezas monetarias no es más que el cultivo de ciertas cualidades que los magos negros culminarán en tiempos por venir. Entonces Krishna (o el nombre que a la sazón lleve) aparecerá "en visible forma, como hombre entre los hombres". Su poder será tan grande como el del príncipe de la magia negra, pero teniendo a su favor lo que este otro no tiene, a saber: las espirituales fuerzas preservadoras con las cuales será capaz de entablar lucha contra los magos negros, asistido por cuantos estamos consagrados a la Fraternidad blanca. El resultado ha de ser el triunfo de los buenos y la destrucción de los malvados que perderán toda probabilidad de salvarse en aquel man-

vántara y se hundirán en los planos inferiores hasta que surjan de ellos al comienzo de la nueva manifestación. Ni aun siquiera estos malvados se condenan eternamente según el sentido que por mal interpretado suele darse a esta frase, pues a su final salvación alude Krishna diciendo:

Comoquiera que los hombres se acerquen a Mí, los bienrecibo, porque sea cual sea el sendero que escojan, es ¡oh! Partha mi sendero. Quienes ansían recompensa por sus acciones, adoran a los dioses en la tierra, porque en el mundo de los hombres, poco tarda en dimanar el provecho de la acción.

También declara que la exacta y completa comprensión del misterio de sus nacimientos y obra en el mundo terrestre, nos confiere el estado nirvánico en el que ya no son forzosos los renacimientos, pues no le es posible al hombre comprender el misterio sin que antes se haya libertado por completo de las cadenas del deseo pasional, adquirido la plena facultad de concentración y sepa mirar bajo la capa de apariencias que a las gentes irreflexivas ilusiona.

Consideremos ahora el escollo de la personalidad en que tantísimos naufragan sean o no teósofos. La personalidad es siempre una ilusión, una falsa imagen que encubre la interna realidad. Nadie es capaz de ajustar con

entera exactitud su corporal ambiente a la superior naturaleza de su verdadero ser, y así resulta que los demás lo juzgan por lo que exteriormente manifiesta.

Si como aconseja Krishna procuráramos buscar el aspecto divino en todas las cosas, pronto aprenderíamos a no juzgar por las apariencias y seguramente alcanzaríamos la paz si obedeciéramos el consejo dado en este capítulo de cumplir nuestro deber sin esperanza de recompensa ni apetencia del resultado.

Después se refiere Krishna a varios sistemas de prácticas religiosas y le dice a Arjuna que al cabo de muchos nacimientos todos conducen a El por razón de la tendencia establecida. En unas cuantas frases resume las diferentes escuelas y declara que “destruyen los pecados”, significando con ello que purifican algún tanto la naturaleza y conducen a una larga permanencia en el devacán; pero añade que tan sólo hay una práctica capaz de conducir a la unión con el supremo Espíritu.

Luego enumera Krishna lo que es necesario hacer y lo que conviene omitir en el sacrificio, diciéndole a Arjuna que el conocimiento espiritual incluye todas las acciones y reduce a cenizas los ligados efectos de toda obra, confiriéndonos la posibilidad de alcanzar el nirvana por habernos emancipado de la ilusión de que era agente la naturaleza inferior. El

perfecto conocimiento espiritual se alcanza fortaleciendo la fe y disipando la duda por medio de la devoción y el enfreno.

Sigue después un versículo muy parecido al del Nuevo Testamento: “el hombre de dudosa mente no goza de este mundo ni del otro ni alcanza la final bienaventuranza”. Dice así:

Al que renuncia a las obras por el yoga, al que desarraiga sus dudas por el conocimiento, al que está regulado por el Yo, no le ligan las acciones ¡oh! Dhananjaya. Así, pues, corta con la espada de la sabiduría esa duda que nacida de la ignorancia medra en tu corazón, sé prudente y osado, ven al campo conmigo y yérguete ¡oh! Bhârata.

Con estas vigorosas palabras termina el capítulo. Se dirigen a los de firmes convicciones, no al que siempre anda en dudas y no cree en sus propios pensamientos ni en las palabras de los demás y nunca queda satisfecho de lo que al preguntar se le responde.

No cabe incertidumbre respecto a la causa de la duda, porque como Krishna dice “nace de la ignorancia y lo que todos hemos de hacer es cortar todas las dudas con la espada del conocimiento”.

Muchos dirán que siempre han ido en busca del conocimiento para lograr la paz, pero que por haber sido tantos y tan diversos los sistemas expuestos a su consideración no acertaron a formar definitivo juicio.

Esto parece muy verdad en cuanto se refiere a los mil y un sistemas filosóficos que con mayor o menor claridad nos ofrecen sus expositores; pero no es difícil agruparlos en clases hasta reducirlos a dos grandes divisiones: la de los sistemas que se fundan en creencias vulgares y la de los que contienen algo de lo que puede ser verdad y mucho de lo notoriamente absurdo. El que duda pertenece a la primera división o se adhiere en parte a ella y en parte a la segunda, quedando en este último caso casi desconcertado por las innumerables ideas convencionales que llevan el sello de una autoridad que le fuerza a creer en aquello contra lo cual se rebela su juicio siempre que libremente lo ejerce.

Si al que duda le decís que la tan encomiada inteligencia no es el decisivo juez y que hay otras facultades superiores que pueden ejercitarse para la adquisición de conocimiento, os redargüirá según los cánones establecidos por eruditos profesores de una u otra escuela, negando validez a las pruebas porque según él son ejemplos de "doble cerebración" o cosa por el estilo.

A estos hombres de mente quisquillosa nada les dice este capítulo; pero hay muchos estudiantes que tienen sinceras dudas nacidas de la ignorancia, pues se resisten a creer que los antiguos conocieran la verdad, porque para

opinar así sólo consideran el aspecto y estado material de los pueblos de la antigüedad o el de las naciones actuales que en mayor o menor grado siguen la misma filosofía.

Nuestra civilización glorifica el progreso material y los bienes terrenos, y le parece que quienes no poseen estos dones no pueden poseer la verdad ni están en camino de poseerla.

Pero los guardianes de la verdad nunca dijeron que seríamos ricos o civilizados si seguíamos su sistema. Por el contrario, en la época en que vivió Krishna y dió su enseñanza, había más esplendente poderío material que ahora y muchísimo mayor conocimiento de las leyes de la naturaleza que el de todos los científicos modernos.

Por lo tanto, el teósofo que enseña que el reinado de las doctrinas de los Maestros de la Sociedad Teosófica ha de ser el meollo del bienestar y progreso material, se equivocará por completo, sembrando con ello semillas de tribulación para sí y sus compañeros. ¿Por qué, entonces, no proceder con prudencia, admitiendo desde luego que puede haber verdad en aquellas doctrinas y disipar toda duda para gozar de la luz venida de Oriente?

Mientras la duda subsista no habrá paz ni seguridad ni esperanza de hallarlas en este mundo durante esta vida ni en las que después hayamos de vivir en él o en futuros universos.

La duda de hoy será la misma mañana y continuará siéndolo, si no la disipamos, aunque la rueda de muertes y nacimientos gire ante nosotros por millones de años.

Si seguimos el consejo de Krishna, no tardaremos en reconocer, en vista de las evidentes pruebas de la evolución, la existencia de ciertos Seres que en remotísimas edades recorrieron el mismo camino por donde nosotros ahora andamos, y que actualmente poseen pleno conocimiento con la facultad de comunicarlo en la medida en que nosotros seamos capaces de recibirlo.

A esto se refiere Krishna al decir:

Aprende esto por discipulado, postrándote a los pies del Maestro, por celosa investigación y por servicio. Los sabios que ven la esencia de las cosas te aleccionarán en sabiduría.

Estas son las mismas palabras de los Maestros de la Sociedad Teosófica. No auxilian y enseñan porque nosotros así lo deseemos ni porque valgamos mucho para recibir auxilio y enseñanza. La estimación que de nosotros tenemos no es la misma con que ellos nos justifican. Nos valoran con absoluta exactitud sin que los ablanden las lágrimas ni los conmuevan las súplicas que no vayan seguidas por acciones ejecutadas en su servicio.

Pero ¿qué acciones desean Ellos que cum-

plamos en su servicio? No por cierto el cultivo de nuestras facultades psíquicas ni la habilidad fenoménica ni acción alguna cuyo motivo sea egoísta.

Las obras aceptas a los Maestros son las que se cumplen en beneficio de la humanidad, sea o no miembro de la Sociedad Teosófica quien la cumpla, y todos los miembros de dicha Sociedad que con la boca abierta están esperando recibir lo que ellos llaman alimento espiritual, han de saber que nada recibirán hasta que pongan manos a la obra.

Tomemos esta actitud y las consecuencias serán las expuestas en las palabras siguientes:

“El hombre de perfecta devoción acaba por encontrar en sí mismo este espiritual conocimiento, superior a toda acción y que a todas las comprende.”

Terminó el cuarto capítulo. ¡Que también terminen todas nuestras dudas!

“No hay lugar para la duda ni para la tristeza en quien sabe que todos los seres espirituales son idénticos en esencia y sólo difieren en grado.”

ESTANCIA QUINTA

RENUNCIACIÓN DE LAS OBRAS

El título de este capítulo en sánscrito es *Karmasanyasayog*, que significa: "Libro de la religión por renuncia del fruto de las obras."

En mi opinión es uno de los capítulos más importantes del *Bhagavad Gîtâ*. Los diez y ocho capítulos, estancias o cantos de este poema se clasifican en seis grupos de tres, de modo que el quinto capítulo pertenece al segundo grupo.

Arjuna expone las objeciones y conceptos correspondientes a las dos grandes escuelas de la India: Sankhya y Yoga, pues mientras una recomienda a sus fieles que renuncien a toda obra y permanezcan en la inacción, la otra exhorta a la ejecución de acciones.

La discrepancia de conceptos determina, como es natural, mucha diferencia en la vida ordinaria, pues mientras los secuaces de una

escuela están ocupados de continuo, los de la otra no hacen nada. Así vemos aun hoy día en India gran número de ascetas que viven inactivos, y en cambio hay otros tantos que sin cesar están engendrando karma con deseo de salvación.

Reflexionando sobre el particular echará de ver el estudiante que el único resultado de la acción, como tal, será la continuación de las acciones, y por lo tanto, las obras de por sí, aunque sean muchas, no nos conferirán el nirvana, porque el directo producto de karma es karma. Con esta dificultad tropieza Arjuna y dice:

Ensalzas la renuncia de las obras y también ponderas su recto cumplimiento. De ambos medios ¿cuál es el mejor? Dímelo de una vez ¡oh! Krishna.

A lo que responde Krishna:

Tanto la renuncia de las obras como el yoga de acción conducen a la suprema bienaventuranza. Pero de ambos, el yoga por la acción es en verdad mejor que la renuncia de las obras.

Perfecto asceta es el que nada desea ni nada aborrece. Libre de los pares de opuestos, muy pronto quebranta sus ataduras.

Han indicado algunos comentadores que con esto da Krishna a entender que como la vida ascética es sumamente dura y casi impo-

sible para la mayoría de los hombres, vale más practicar buenas obras con la esperanza de que conduzcan a un futuro renacimiento en circunstancias a propósito para que sea cosa fácil la renuncia al fruto de la acción; pero que no se han expuesto los dos sistemas con objeto de que el estudiante haya de escoger forzosamente entre uno u otro.

Sin embargo, a mi entender, no es tal el significado, sino que, por el contrario, la al parecer fácil alternativa de ejecutar o no acciones es en realidad difícilísima tarea. Y por mucho que esperemos la oportunidad de un favorable nacimiento en circunstancias propicias que no sólo permitan sino que estimulen el nuevo género de vida, nunca encontraremos aquella oportunidad hasta que aprendamos a practicar rectamente las acciones, y este aprendizaje no podrá adquirirse renunciando desde luego a toda acción.

En efecto, cabe suponer que nadie será capaz de renunciar al mundo a menos que en una vida anterior haya disfrutado del mundo. Algunos habrá que sin esta última circunstancia intenten renunciar al mundo, pero no será sincera la renunciación, si antes no pasaron por toda clase de acciones. La verdadera prueba es el interno carácter del hombre, y a pesar de que durante muchísimas vidas haya renunciado al mundo, si no ha renunciado

su íntima naturaleza, seguirá siendo entretanto el mismo hombre, y siempre que en cualquiera de sus ascéticas vidas le asalte la tentación o varíen las circunstancias en sentido a propósito, abandonará su externo ascetismo.

En corroboración de nuestro concepto de la suma dificultad de la *debida renunciación por medio de la acción*, transcribiremos las palabras de Krishna:

Pero sin yoga ¡oh! armipotente, difícil es llegar a la renunciación.

Krishna elogia ambas escuelas y le dice a Arjuna que los discípulos de cada una de ellas llegan al mismo fin; pero añade que mejor es el recto cumplimiento de la acción.

Veamos de conciliar ambas escuelas. Si una es mejor que la otra y ambas conducen al mismo fin, alguna razón ha de haber para ello, pues de lo contrario no se comprendería la igualdad de resultado.

Fiados en esta circunstancia repugnan algunos la acción con la esperanza de salvarse; pero no se fijan en el versículo que dice:

Pero sin *el recto cumplimiento de la acción* (yoga) ¡oh! armipotente, es difícil llegar a la verdadera renunciación. Y el devoto (muni) *que cumple rectamente las acciones* (en armonía con el yoga) prontamente alcanza la verdadera renunciación (se une al Eterno).

También aquí se da mucha importancia al cumplimiento de la acción. Parece muy claro que Krishna da a entender que la abstención de las acciones durante una vida, seguida por la misma conducta en sucesivas vidas de análoga índole, acabará por convencer al individuo de que debe desistir de aquel linaje de renunciación y adoptar el del cumplimiento de obras aunque renunciando a su fruto. Tal es el verdadero concepto, según algunos oculistas.

Bien sabido es que al renacer el ego está afectado por las acciones de sus vidas precedentes, no sólo circunstancialmente en las diversas vicisitudes de la vida, sino también por su congénita inclinación a determinada práctica religiosa, y esta inclinación dura un número de vidas proporcional a la intensidad de la primera práctica.

Por lo tanto, en el caso de quien deliberadamente renunció al mundo entregándose durante muchos años a la vida ascética, el efecto será que se borren en el transcurso de muchas vidas otras temporáneas impresiones. Al cabo de una serie de renacimientos adquiere el ego la interna visión lo bastante clara para conocer qué método debe seguir, y además de su natural adelanto en el conocimiento, le auxiliarán quienes con él se relacionen y hayan pasado por todas las necesarias experiencias.

Para mayor corroboración de estos conceptos, transcribiremos los versículos del capítulo sexto referentes al renacimiento de los egos de la citada índole:

Allí recupera las características de su anterior existencia corporal, y con ellas se esfuerza de nuevo en alcanzar la perfección ; oh ! Joya de los kuravas. *Por los viejos deseos se ve irresistiblemente impelido.*

Por lo tanto, lo que conviene comprender es cómo renunciar al fruto de nuestras acciones, que es lo que Krishna da a entender al decirnos que cumplamos las acciones con espíritu de renunciación.

El corruptor efecto de una acción no está en su naturaleza ni tampoco el resultado purificador deriva de lo que hacemos. En ambos casos el mérito o demérito, la bondad o malicia, está en el íntimo sentimiento que acompaña a la acción.

Puede un opulento dar millones en limosnas y sin embargo no beneficiar con ello en lo más mínimo su verdadero carácter. En cambio, puede otro no dar más que cariñosas palabras o modestas dádivas porque no tenga otra cosa que dar, y recibir tan mucho mayor beneficio por el sentimiento anexo a cada acción, que adelante rápidamente por el arco ascendente hacia la unión con Dios.

En el Nuevo Testamento de los cristianos,

corroborar Jesús de Nazareth este concepto en la parábola del óbolo de la viuda, que tenía para él mucho más valor que cuanto habían dado los demás. No se refería al valor intrínseco de la moneda ni a la acción medida por este valor monetario, pues a todos les era notorio lo que valía un óbolo, sino que se refirió al sentimiento que animaba a la pobre mujer al dar cuanto poseía.

En cualquiera modalidad que obremos, percibimos cuán difícil es la sincera renunciación. No cabe esperar que en la presente vida alcancemos la perfecta renuncia al fruto de la acción, tanto si sólo hemos empezado a renunciar como si ya hemos hecho durante veinte vidas un esfuerzo parcial para ejercitarnos en la renunciación. Sin embargo, nuestro deber es perseverar en el intento, y la tendencia a comprender rectamente el espíritu de la renunciación irá creciendo en cada vida con mayor rapidez que de cualquier otro modo fuera posible.

Aún en el alto ideal fundado en la aspiración a ser discípulo de un maestro, o en la de un discípulo a ser adepto, se tropieza con la misma dificultad. Esta aspiración es superior a todo encomio, pero cuando después de formulada nos preguntamos serenamente: "¿por qué tengo esta aspiración? ¿por qué anhelo acercarme al Maestro?" nos vemos obligados

a confesar que el motivo impelente de la aspiración está teñido de egoísmo.

Fácilmente podremos comprobarlo inquiriendo en el fuero interno de nuestra conciencia si teníamos la aspiración por nuestro personal provecho o por el de la humanidad, sin distinción de ricos y pobres ni de nobles y plebeyos. Además, hemos de preguntarnos si en caso de que de pronto se nos dijera que el objeto de nuestra viva aspiración se había concedido a otros, y que habíamos de esperar diez vidas más para lograrlo, sentiríamos por ello alegría o tristeza. Seguramente que nos entristecería la noticia.

En el versículo doce encontramos la solución de la dificultad, así como vemos expuesta la dificultad misma:

Luego que el recto cumplidor de la acción renuncia al fruto de la acción, alcanza la paz por medio de la devoción. Al mal cumplidor de la acción, hostigado por el deseo, a sus acciones se liga por apetencia del fruto.

Estas instrucciones serán de muy penoso cumplimiento para quienes vivan egoístamente y no se hayan dado cuenta de que no han venido al mundo para su personal provecho. Pero cuando nos convencemos de que no hay separación entre nosotros y los demás seres vivientes, y que el Yo superior está pasando

por sucesivas experiencias para reconocer al fin la unidad esencial de toda vida, entonces ya no contraríamos los impulsos del Yo superior, sino que tratamos de establecer rectamente nuestras creencias y aspiraciones.

No hay que asustarse, como algunos se asustan, por la dificultad de eliminar el egoísta deseo de adelanto. Esta eliminación será la tarea de muchas vidas, y debemos comenzarla voluntariamente tan pronto como reconozcamos su necesidad, en vez de esperar que a cumplirla nos violente el sufrimiento y el fracaso.

En este capítulo se refuta un error muy frecuente entre los estudiantes de Teosofía y muchos que no lo son, que consiste en decir que si estas enseñanzas respecto a la eliminación del egoísmo se siguieran al pie de la letra, resultaría que el hombre no prestaría atención a nada más que a la profunda calma proveniente de la unión con el supremo Espíritu, lo cual es el colmo del egoísmo.

Los escritores profanos contribuyen a difundir este error, según vemos en los numerosos artículos publicados sobre el asunto, movidos por la idea de la "exaltación de la personalidad", que les parece el mayor timbre de gloria de la edad presente, mientras que para los ocultistas es su más funesta ponzoña.

Krishna lo expone claramente en el versículo 25, que dice:

Los rishis limpios de pecado, cuyas dudas se han desvanecido, cuyos sentidos y órganos de sensación están subyugados, y *se entregan al bienestar de todos los seres*, logran la paz del Eterno.

Si falta la última cualidad, no es un "sabio de recta visión" y no puede unirse con el supremo Espíritu. De esto se infiere que el más humilde discípulo, todo el que aspire a dicha condición, ha de esforzarse en imitar a los sabios que lograron el éxito.

Así dice el Maestro en varios pasajes, que si anhelamos obtener su ayuda, hemos de ayudar a la humanidad en la medida de nuestras fuerzas. No se nos exige más.

ESTANCIA SEXTA

YOGA DE SUBYUGACIÓN

Varios temas se tratan en este capítulo, el último del primer grupo. Háblase en él de la renunciación, del equilibrio mental, de la genuina meditación, de la unidad esencial de todos los seres, de la naturaleza del renacimiento y del efecto de la devoción sobre el renacimiento y el devacán.

Es un capítulo de muy prácticas enseñanzas, de las que allegaría inmenso beneficio el teósofo si las comprendiera y practicara. Los errores que hace millones de años cometieron los discípulos se repiten hoy día, pues como entonces hay quienes creen que la verdadera renunciación consiste en no hacer nada sino lo que a su adelanto individual aproveche, apartándose de los activos deberes y dedicándose tan sólo a lo que llaman su propio perfeccionamiento. De otra parte están los que con-

funden la incesante acción con la verdadera devoción. El recto sendero se abre entre ambos extremos.

El abandono de las acciones correspondientes a la vida cotidiana, llamadas en sánscrito *Sannyas* equivale a la que en Europa se denomina vida monástica, especialmente en las órdenes ascéticas y contemplativas. Si se abraza egoístamente esta vida por un erróneo concepto del deber, no puede entrañar verdadera devoción, pues queda reducida su finalidad a salvar la propia alma. La conducta seguida por algunos teósofos es muy semejante a dicho método, aunque la practican en el seno de la sociedad mundana y no entre las paredes de un monasterio.

Para renunciar sinceramente a la acción y ser verdadero devoto es preciso plantear el problema en otros términos. Desde el punto de vista del criterio racional cuyo órgano es el cerebro físico, no hay manera de conciliar una contradicción en apariencia tan evidente como la entre el consejo de practicar acciones y sin embargo renunciar a su ejecución. En este punto se detienen confusos muchos lectores del *Bhagavad Gîtâ*. Están de tanto tiempo acostumbrados a pensar según la tónica del plano físico y a vivir en él, y los términos con que expresan su pensamiento son de tan material significado, que al tropezar

con aquella contradicción, desdennan la doctrina del libro.

Pero considerando que el verdadero actor es la mente y que las acciones no son las obras externas sino los pensamientos en sí mismos, se comprende la posibilidad de ser a la par renunciador y devoto y cómo cabe practicar externamente multitud de acciones con tanta actividad como cualquiera que esté empeñado en los afanes del mundo, y sin embargo no quedar afectados por ellas.

El deber, y el imperativo final: "haré lo que deba" es parte esencial de esta conducta. No son cualesquiera las acciones que hemos de ejecutar. No hemos de hacer lo que primero se nos antoje. Hemos de inquirir qué acciones debemos ejecutar y ejecutarlas por deber y no por el provecho que puedan allegarnos. Aunque estemos completamente seguros del resultado no hay razón para concentrar en ellas nuestro interés.

En esto tropiezan también muchos teósofos con lo que les parece grave dificultad, pues dicen que conociendo de antemano el buen resultado de una acción no hay más remedio que interesarse en ella; pero se ha de procurar que ni el pensamiento ni el deseo se ligen al resultado de la acción.

Siguiendo esta conducta se inicia la verdadera meditación que no tarda en hacerse habi-

tual, porque quien vigila sus pensamientos y obra de acuerdo con su deber, fortalecerá la facultad de concentración que a su vez acrecentará la de verdadera meditación.

No consiste la meditación en permanecer durante un rato mirando fijamente a un punto de la pared o quedarse sin pensar en nada para a poco dormirse. Todas estas prácticas son meras formas que no allegan duradero beneficio; pero muchos estudiantes las siguieron por ignorar el verdadero procedimiento, que no es ciertamente fácil, pues requiere vigoroso esfuerzo mental, sostenido con mucha fe y perseverancia. Las mal llamadas prácticas ocultas de meditación son bastante más fáciles, pero estériles.

Sin embargo, somos humanos y por tanto débiles y necesitados de auxilio, porque la personalidad u hombre externo no puede vencer en la batalla. Así dice Krishna que el yo inferior se ha de elevar con ayuda del superior; que el inferior es, por decirlo así, el enemigo del superior, y no debemos consentir que prevalezca. Todo depende del dominio propio. El yo inferior continuará deprimiendo al hombre que no se haya vencido a sí mismo. Esto consiste en que el yo inferior se halla tan cerca de las profundas tinieblas, en los bajos peldaños de la escala de evolución, que tiene algo de diabólico, y con su pesado empuje hundirá

en el precipicio a quien no procure vencerse a sí mismo.

En cambio, el Yo superior está cercano a la divinidad, y cuando vence es amigo y auxiliador del vencido.

La mística secta mahometana de los sufíes simboliza este concepto en su poético apólogo de la hermosísima hurí que se asoma a la ventana y desaparece al momento. No quiere abrirle la puerta a su amador mientras éste la considera como un ser separado; pero en cuanto él reconoce su unidad, entonces ella lo trata con acendrado cariño.

Los versículos siguientes de este capítulo bosquejan los difícilísimos temas del equilibrio mental y la firme devoción al Supremo Ser en frío y calor, gozo y pena, éxito y fracaso. Seguramente que ni en muchas vidas lograremos llegar a este punto de la evolución, pero debemos intentarlo, porque todo esfuerzo en este sentido quedará conservado en la interna naturaleza y no lo perderemos al morir físicamente. Será una ganancia espiritual, o sean las riquezas atesoradas en el cielo a que se refería Jesús.

Describir la perfección del equilibrio mental equivale a representarnos la figura de un adepto de grado superior, que ha trascendido ya todas las experiencias terrestres y mora en los planos espirituales. El oro y el barro son

lo mismo para él, pues como lo que anhela realizar no se consigue con el oro, tiene este metal para él la misma valía que un guijarro. Está libre de toda ilusión; se mantiene sereno y con igual bondad trata al amigo y al enemigo, al justo y al pecador.

Esta es la condición que se nos presenta como un ideal por cuya realización hemos de ir esforzándonos en el transcurso del tiempo. Si nunca empezamos, nunca lo alcanzaremos, y mucho mejor es aceptar este alto ideal, aunque fracasemos constantemente, que no tener ninguno.

Algunos se exponen en esto a caer en error, como efectivamente cayeron. Se forjan el ideal de una manera muy material y humana, figurándose que por meras observancias externas, ya caminan por el escogido sendero. Fingen que en tanto estiman el oro como el barro, y sin embargo, prefieren el oro en su corazón. Reservan el equilibrio mental para cuando han de tratar con extraños y disgustan a su familia y amigos con sus genialidades y el incumplimiento de sagrados deberes. Verdaderamente tratan de mantenerse en equilibrio mental; pero no advierten que sólo puede adquirirse por el recto cumplimiento del deber, y no por la caprichosa elección de las acciones y el ambiente que mayormente les agrade.

ESTANCIA SEPTIMA

YOGA DE DISCERNIMIENTO

Está dedicado este capítulo al discernimiento espiritual por cuyo medio es posible ver al supremo Espíritu en todos los seres y en todas las cosas. Sin este discernimiento, prevalece la ilusión constantemente repetida, de que dimana la tristeza.

Dice Krishna que el discernimiento espiritual no deja nada por conocer; mas para alcanzarlo es preciso fijar todo nuestro ser con incesante meditación en el supremo Espíritu, de suerte que sea nuestro refugio y habitual morada. Añade Krishna que quien a estas alturas llega, se convierte en Mahâtma.

Entre millares de hombres, apenas uno lucha por la perfección, y de los que luchan *tan sólo habrá uno que me conozca tal como soy.*

Esto demuestra cuán difícil es alcanzar el discernimiento espiritual; pero no por ello

hemos de desalentarnos, pues Krishna se limita a exponer claramente la dificultad, y abatir las orgullosas presunciones de los que se alaban de haber alcanzado la perfección sin demostrarlo en sus obras.

Enumera después Krishna la óctuple división de su inferior naturaleza o sea del aspecto cognoscible. No se refiere a la naturaleza del hombre ni contradice la constitución septenaria que los teósofos establecen en los principios humanos. La Teosofía no ha expuesto aún ninguna clasificación particular de los principios o divisiones de la naturaleza inferior de Dios, pues por una parte no la entenderían las gentes y por otra suscitaría arriesgadas discusiones. También podía haber expuesto Krishna la vigésimoquíntuple división adoptada por otra escuela.

La "inferior" naturaleza de Dios sólo lo es relativamente, pues consiste en lo fenoménico y transitorio que se sume en lo superior al fin de un kalpa. Es el aspecto de Dios manifestado en sus obras, en los fenómenos y objetos perecederos de la Naturaleza, pero que en esencia es tan grande como el inmanifestado aspecto superior. La inferioridad sólo es relativa. Tan pronto como aparecen el objetivo mundo material y el subjetivo mundo espiritual, preciso es llamar inferior al primero, porque siendo lo espiritual la base permanente

es superior en este sentido, aunque ambos aspectos son iguales considerados en absoluto conjunto.

En la naturaleza inferior de Dios se incluyen todos los mundos visibles y tangibles e invisibles e intangibles. Son lo que llamamos Naturaleza. Los invisibles e intangibles no dejan por ello de ser efectivos, de la propia suerte que, por ejemplo, un gas deletéreo como el óxido de carbono, tiene ponzoñosa efectividad aunque sea invisible e intangible.

La experimentación inductiva nos proporcionará gran caudal de conocimiento respecto a la inferior naturaleza de Dios, por los caminos que hoy día huella la ciencia occidental; pero antes de conocer los mundos invisibles e intangibles y las fuerzas ocultas, a menudo llamadas espirituales, aunque en realidad no lo sean, es necesario despertar los sentidos astrales y educir y utilizar las fuerzas interiores.

Pero esta educación y despertamiento no se han de violentar como el que construye una máquina para determinada operación, pues ya se despertarán los sentidos y actualizarán las fuerzas internas a su debido tiempo, como todo en nosotros se ha de actualizar.

Verdad es que muchos tratan de forzar el procedimiento; pero ya echarán de ver que la evolución humana es general y no particular,

porque nadie puede trascender antes de tiempo la evolución de su raza.

Krishna le muestra a Arjuna un abismo entre lo superior y lo inferior. Lo superior es el Conocedor que mantiene el universo entero y de quien surge por emanación la naturaleza inferior.

Así es que los investigadores científicos materialistas, los alquimistas profanos y quienes escrutan lo oculto con propósitos de beneficio personal no podrán salvar el abismo porque no creen en el subyacente Espíritu, en el Conocedor.

La naturaleza superior de Dios es cognoscible porque el Conocedor reside en todo ser humano que no se haya degradado por completo. Pero preciso es reconocerlo así antes de que sea posible acercarse a la luz; y pocos son los que verdaderamente quieren y muchos los incapaces de reconocer el universal carácter del supremo Ser. Toda fenoménica apariencia, los diferentes nombres y vidas de los innumerables seres están, por decirlo así, suspendidos del supremo Ser.

Por esto dice Krishna:

Todas las cosas penden de mí como sarta de perlas en hilo de collar.

En esta declaración se incluyen no sólo las facultades superiores y los valiosos atributos

de los seres, sino también las imperfecciones e ilusiones de la vida y del hombre. Nada queda excluido. Esto es mucho más razonable que una ilógica religión que separa a Dios de las ilusiones y crueldades de la Naturaleza e inventa un tercer elemento en la personalidad del diablo considerándolo como fuente de la malicia humana.

Todo esto agrava las dificultades del camino. Krishna dice que la ilusión es difícil de vencer, pero que puede vencerse refugiándose en el Espíritu supremo. Los que sinceramente adoran al Espíritu se ven por él favorecidos; pero los espiritualmente sabios están en el camino que conduce al supremo Espíritu.

Como Krishna dice, esto significa que quienes con los ojos de la espiritual sabiduría ven que Dios está en todo y todo está en Dios, empiezan a reencarnar con esta creencia grabada en su mente. Hasta entonces habían venido a la tierra sin dicha creencia, sino por el contrario poseídos de ideas y sentimientos que separaban a Dios de las cosas y seres del universo. Ahora vuelven a la tierra con el verdadero concepto de Dios y van extinguiendo su de largo tiempo acumulado karma, hasta que llegan a ser Mahâtmas.

Sin embargo, gran número de personas se han visto privadas de discernimiento espiri-

tual o no lo han alcanzado todavía a causa de su diversidad de deseos.

Así dice el versículo:

Quienes a causa de sus varios deseos carecen de espiritual sabiduría, adoptan particulares ritos subordinados a su temperamento y adoran a otros dioses.

Aunque estas palabras se pronunciaron en la India e iban dirigidas a los indos, convienen también a los occidentales.

Cada modalidad de pensamiento y de conducta puede considerarse como un rito que cada cual adopta en su consciente o inconsciente religión, porque se adapta a su peculiar índole y henchido de deseos adora a dioses ajenos y distintos del verdadero Dios. En la India, el significado de dichas palabras corresponde a la adoración de ídolos por quienes nacieron y se criaron en la idolatría; pero también pueden significar lo que antes dijimos. En Occidente, los "dioses ajenos" son los placeres, gustos, ansias, modalidades de conducta y pensamiento, sean religiosos o no, que las gentes adoptan. No tienen los occidentales la multitud de dioses que figuran en el Panteón índico, cada cual con su respectivo objeto; pero el resultado es el mismo. El ídolo se prosterna ante el ídolo visible en súplica de que le conceda el objeto de sus anhelos, que sólo el dios representado por el

ídolo puede conceder. El occidental adora el objeto de su deseo y por lograrlo se esfuerza con todo su corazón y entendimiento, y así adora algo que no es el eterno y verdadero Dios.

Unos adoran al dios del medro político y la mayoría al de las riquezas. El dios del encumbramiento social es el más necio, huero y falaz de todos, y se da la mano con el dios del dinero, porque sin riqueza monetaria no hay preeminencia social posible, excepto cuando un cargo oficial confiere transitorio lustre.

Algunas madres pasan muchas noches en vela, trazando planes para colocar ventajosamente a sus hijas, y el padre no duerme pensando en nuevos proyectos para ganar dinero. Los herederos de riquezas se bañan en los fulgores de su oro y se esfuerzan en adelantar otro paso en el camino de la grandeza social fundado sobre cenizas y que termina en el sepulcro.

De todos estos afanes brotan multitud de deseos cuya multiplicidad y diversidad obstruye y eclipsa por completo todo adelanto y discernimiento espiritual.

Algunos que no se dejan arrastrar tanto por semejantes locuras, observan una religión que adoptaron o en cuyo seno nacieron. Pocos son los que adoptan una religión distinta. La mayoría de las personas religiosas profe-

san la religión de sus padres como adoptan la indumentaria de su país.

Si esta religión o culto se profesa y practica con sincera fe, entonces Dios imparcial, justo y misericordioso, fortalece la fe del devoto para que por ella alcance el objeto anhelado. Sea cual sea la religión del devoto, si con verdadera fe la profesa y practica obtendrá del supremo Ser los resultados de su fe, aunque ignore quien se los otorga.

En este punto se interpone una especulación que puede o no ser verdadera. Cada mes se elevan en toda la cristiandad millones de oraciones a Dios pidiéndole diversas mercedes. Muchísimas de ellas se ofrecieron por la conversión a mejor género de vida del príncipe de Gales y sin embargo fracasaron. Cuando pasa mucho tiempo sin llover, se hacen rogativas en impetración de lluvias, y no obstante casi siempre persiste la sequía. Al sentirse los primeros temblores de un terremoto, encienden velas las gentes y ruegan a Dios que libre de ruina a la ciudad; pero los temblores continúan hasta que la convulsión sísmica derrumba los edificios urbanos.

Es de todo punto imposible citar bastantes casos de respuestas a las oraciones, para convencer al hombre reflexivo.

Ahora bien, discurriendo sobre el particular parece que las súplicas dirigidas a un Dios

inmanifestado no reciben satisfactoria respuesta porque para ello fuera necesario que el Ser a quien el suplicante invoca tuviera existencia separada con capacidad para intervenir en los sucesos de la separada manifestación. Los cristianos desconocen las estadísticas de los resultados dimanantes de las oraciones ofrecidas a los dioses de Oriente. En los países occidentales la mayor parte de los establecimientos de beneficencia se sostienen con limosnas impetradas por medio de la oración. En la India hay instituciones análogas, aunque no con tanta prodigalidad, pero tienen rentas propias y sólo elevan oraciones a su deidad patronal. La eficacia de la oración consiste en la fe firme y persistente que conduce los pensamientos del orante a las mentes receptivas de otras personas que por efecto del pensamiento infundido en su conciencia íntima se mueven a la respuesta.

Si la oración se dirige a un Dios invisible y desconocido, la fe del orante no puede ser firme, algo de duda hay en su mente respecto al resultado, excepto en el caso del idólatra, que ruega ante la imagen de su dios, o del católico romano ante la de la Virgen María, porque entonces la presencia material de la imagen es un constante auxilio de la fe.

Desde luego que todo esto se refiere a las oraciones de propósito egoísta; pero las ora-

ciones en demanda de sabiduría y luz espiritual son las más eficaces sin distinción de a quien se dirijan. Todas las religiones recomiendan esta índole de oración, pues las de otra clase son egoístas y sin utilidad espiritual.

* * *

Aunque la fortaleza de la fe y devoción de un fiel hacia cualquier dios u objeto de adoración, la infunda el único y verdadero Dios, a pesar de ser fe ciega y falso el dios adorado, el favor obtenido es temporáneo, transitorio y perecedero, y a diferencia de las religiones de Occidente, resulta de la acción de una ley en vez de estar determinado por el sentimentalismo o la arbitrariedad. Así lo comprueban los siguientes versículos:

Pero temporánea es la recompensa de los hombres de limitada visión. Quienes adoran a los dioses van a los dioses, y quienes me adoran vienen a Mí.

El hombre es un producto del pensamiento, el perpetuo pensador que periódicamente ocupa nuevos cuerpos. Por el pensamiento forja sus cadenas y por el pensamiento las quebranta. Su mente se altera según la índole del objeto a que se dirija, y el ego queda afectado por los pensamientos dominantes en la

mente. Si el objeto a que se dirige la mente es algo distinto del supremo Ser, el hombre se convierte en lo que piensa con la mente teñida y coloreada según el matiz del objeto.

Esta es una de las naturales capacidades de la mente. De por sí es incolora y diáfana, como lo comprobaríamos si pudiésemos encontrar quien no hubiese pasado por muchas experiencias. Además, es movible, fluctuante, inquieta y propensa a mudar de actitud, oscilando de uno a otro punto.

Semejante al camaleón en el cambio de color y a la esponja en absorber cuanto empapa, se parece también al cedazo en que suelta cuanto tiene y pierde su anterior color y forma apenas se pone en contacto con otro objeto diferente. Así ocurre que estando la mente gozosa a causa de un pensamiento placentero, se sume de repente en melancolía y tristeza al pensar en cosas desagradables. Por esto se dice con razón que el hombre se convierte en lo que piensa.

Sin embargo, los dioses a que se refiere Krishna no son como parece los ídolos o imágenes sino los objetos de deseo tras cuyo logro van las gentes, pues los ídolos no son más que representaciones materiales de los objetos deseados. Así es que todos estos dioses son transitorios, aun tratándose de Indra u otro dios mayor. Dícese que también los dioses es-

tán sujetos a la ley de muerte y renacimiento, porque desaparecerán cuando llegue la final disolución. Las frivolidades tras cuyo logro van las gentes son pasajeras e ilusorias, de suerte que tanto si la mente se posa en un imaginario Dios como si en los objetos de deseo, el resultado es temporal porque también lo es el objeto. En esto rige la ley, no el sentimentalismo.

Ampliando el discurso sobre este tema, añadiremos que después de la muerte física, compelido el ego por los pensamientos que lo dominaron durante la vida terrena, toma determinada actitud mental y se fija en este o aquel objeto. Por esto es necesaria la intermedia condición o estado de la vida astral en los subplanos que en sánscrito se llaman *kāmaloka* en donde el ego se identifica con sus malos pensamientos y deseos hasta que se consumen en su propio fuego y queda purificada el alma individual. Si en la vida terrena fueron fanáticos intolerantes que torturaron a quienes no opinaban como ellos, aquel pensamiento los torturará con igual intensidad. Las condiciones y estados de la vida astral son tan diversos como diversos son los pensamientos y emociones. Escapan a toda descripción.

Pero quienes creen en Dios presente en todo por esencia y potencia, que no lo conciben se-

parado de la naturaleza ni del hombre, sino como el Todo en que todas las cosas se contienen, van después de la muerte física a unirse con Dios y se entrefunden con El porque en El posaron su mente que ya no se muda por haberse fijado en el inmutable Ser. También en esto rige la ley, no el sentimentalismo.

Termina el capítulo declarando que quiénes conciben a Dios en forma humana renacen sumidos en error y tinieblas por las reminiscencias mentales de sus vidas pasadas. Estas reminiscencias son los escandas o residuos de los pensamientos y deseos acumulados en vidas anteriores, que al renacer vuelven a nosotros ligándonos de nuevo durante otra vida terrena.

Como quiera que en vidas anteriores no concibió el hombre a Dios presente en todo por esencia y potencia, sino que adoró a muchos dioses u objetos de deseo, las sensaciones de gusto y disgusto son tan violentas que la tenebrosidad del renacimiento es irresistible.

Pero el sabio que dejó este mundo con pleno conocimiento de Dios, evitó con ello que se apoderasen de su naturaleza un cúmulo de sensaciones y deseos que de otro modo le hubieran conducido a la reencarnación y al error.

Este capítulo es el de la Unidad, pues enseña que Dios es todo, que no está separado

de la Naturaleza y que debemos reconocer la unidad de todos los seres y de todas las cosas en Dios.

El capítulo siguiente trata del mismo tema, y sólo los divide una pregunta formulada por Arjuna.

ESTANCIA OCTAVA

YOGA DE LA DIVINIDAD SUPREMA E
INDESTRUCTIBLE

El *Bhagavad Gîtâ* podría titularse también *Libro de la Devoción*, porque todos sus capítulos, excepto el primero, tratan de una u otra modalidad de la devoción, y así es que los capítulos precedentes pueden considerarse como conducentes a la suprema devoción entre las varias formas adoptadas por los hombres.

El capítulo VIII se titula: *Yoga de la Divinidad suprema e indestructible*. Este título sirve de clave al contenido del capítulo así como de compendio de todo cuanto en él se trata.

Para la mentalidad occidental será difícil aplicar la idea de devoción a todo en todo, porque el ordinario sentido de la palabra implica un objeto determinado en el que concentrar la devoción. Sin embargo, en el capítulo

que comentamos, la devoción es una cualidad inherente en el sujeto que percibe y no en el objeto percibido, y por lo tanto tiene aplicación universal lo mismo que particular.

Los más profundos pensadores antiguos y modernos afirman que el Razonador es superior a la razón, que el Perceptor de las formas y el Conocedor de conocimiento trasciende toda forma y no está limitado ni circunscrito por ninguna clase de conocimiento.

Estos sabios declaran y demuestran que toda limitación está establecida por el mismo ego y es transitoria. De aquí que llamen al universo manifestado la "magna ilusión" producida por un general y temporáneo sentimiento de separatividad por parte de los seres manifestados.

Los esfuerzos de estos sabios se encaminaron en todo tiempo a estimular la evolucionante inteligencia de la humanidad para que comprendiera la esencial naturaleza de todos los seres, pues sólo así cabe alcanzar el verdadero conocimiento de que deriva la suprema felicidad. El omnipresente Espíritu llamado *Aum* es el Espíritu único que anima los mundos y los seres. La misma idea expresa la frase: "El Ser de toda criatura"; y en el presente capítulo, Krishna comienza su réplica a Arjuna, diciendo: "El supremo Brahma es inextinguible." Esta frase y otras aná-

logas expresan la misma idea. Más fácilmente la comprenderemos si advertimos que “la facultad de percepción es común a toda criatura” y abarca el significado de Espíritu, vida y conciencia.

En efecto, el *Bhagavad Gitâ* es ininteligible a menos que se estudie sabiendo de antemano que “lo que vive y piensa en el hombre es el eterno Peregrino” y que “sabio es quien ve y conoce que todos los seres espirituales son de la misma esencia y sólo difieren en grado”.

Según ya dijimos, Krishna es la encarnación y representación del Yo superior de todos los seres. Por tanto, todo cuanto dice y enseña se dirige a todos los hombres y no tan sólo a Arjuna. Así se comprende que cuando dice que se manifiesta como Yo individual, Purusha o individualidad espiritual, o declara que está “encarnado en su cuerpo” se refiere a los constituyentes de cada ser humano.

“Karma es la causal encarnación que determina la existencia y reproducción de las criaturas.”

Se comprenderá mejor el sentido de esta frase, recordando el antiguo aforismo de “que no puede haber karma sin un ser que lo engendre y reciba sus efectos”. Karma significa acción, y como todo ser obra según su

grado de percepción y siente los efectos de su obra en la misma proporción, karma es la interacción de todos los seres de un mundo o sistema de mundos. Por lo tanto, el karma es inherente en todos los seres y no tiene existencia de por sí ni está impuesto por ningún agente creador de mundos.

Enseña Krishna que para alcanzar el supremo estado de conciencia es preciso creer durante la vida terrena en la inmortalidad, y cuando tal estado se alcanza cesa la necesidad de reencarnar.

Sin embargo, aquellos cuyas creencias se fijan en algún particular estado de existencia ultraterrena, se hallan en tal estado después de la muerte y al cumplir su período renacen en la tierra.

A la meditación necesaria para alcanzar el supremo estado de conciencia se la suele llamar “meditación de toda una vida” y significa que primeramente es preciso convencerse de la inmortalidad del alma y fundar en esta creencia todo pensamiento y acción, pues sólo así le es posible a un ego encarnado tener conciencia de su inmortalidad.

Como quiera que toda ley y poder procede del Espíritu en el Hombre, cada ser humano establece sus propias limitaciones en cada plano de su existencia, y sólo puede trascender estas limitaciones reconociendo y afirmando

su inmortalidad al observar y experimentar que todo a su alrededor pasa mientras que su conciencia permanece inalterada e inalterable.

En todo el discurso del diálogo habla Krishna de los diversos senderos de devoción que siguen los hombres, en su mayor parte para alcanzar algún ansiado favor, como libertarse del renacimiento, realizar el ideal de felicidad después de la muerte, o lograr la salvación.

Demuestra Krishna que todas estas recompensas pueden obtenerse por constante esfuerzo, aunque todas son temporáneas y necesitadas de una vuelta a la existencia terrena en un período posterior por remoto que sea.

El brahmacharya que se esfuerza por su propia salvación, alcanza la meta suprema, pero es incapaz de ayudar a los hombres sus hermanos. Aunque permanezca en estado de bienaventuranza durante incomputable tiempo, no tendrá más remedio que colocarse algún día en situación de cumplir el deber de auxiliar al prójimo, deber que olvidó por cuidarse tan sólo de su individual salvación. El caso de este brahmacharya es muy distinto del de quienes alcanzan la suprema perfección por el conocimiento y el cumplimiento de sus universales deberes.

Todos los mundos, hasta el de Brahma, están sujetos a periódicos renacimientos.

En este versículo enuncia Krishna la ley de periodicidad vigente en todos los órdenes de la Naturaleza, y más al pormenor explicada en *La Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky cuando trata de los tres principios fundamentales.

Expuesta sumariamente, consiste la ley de periodicidad en que nuestra actual existencia terrena es el resultado de otras anteriores; que el actual mundo terrestre es el resultado de otros mundos o tierras precedentes; y el actual sistema solar es producto de otros que antes existieron. Todo está en vías de evolución, porque la esencial característica del progreso es el cambio. Todos los seres, superiores o inferiores, alcanzaron por evolución su actual estado, y todos siguen evolucionando, porque infinitas posibilidades ofrece un infinito universo.

Añade Krishna:

Sobre lo manifestado existe en verdad lo inmanifestado y eterno, que permanece indestructible entre la destrucción de todas las cosas y es de naturaleza distinta de la visible.

Se refiere a la divina chispa de espíritu, vida y conciencia existente en todo ser. En

el hombre se llama el "Conocedor", que ve, aprende y conoce independientemente de todos los objetos, circunstancias y condiciones por que pasa.

Dice Krishna:

Sólo por indesviada devoción a El, ¡oh! hijo de Pritha, puede alcanzarse el supremo Espíritu en quien se incluyen todos los seres y que penetra el universo entero.

Actuar en el Yo y por el Yo en cualquier estado, condición y circunstancia es el supremo sendero que conduce a la meta suprema. Es el sendero del deber en su más amplio sentido.

Prosigue Krishna:

Te revelaré ¡oh! príncipe de los bháratas, cuándo no vuelven ya los yoguis que de este mundo salen y cuándo vuelven otra vez.

Los yoguis son quienes se esfuerzan por unirse al Yo superior. No todos lo consiguen en una sola vida, y por ello están sujetos a renacimiento. Krishna indica las condiciones astrológicas en los diversos casos de salida de este mundo.

De lo dicho anteriormente podría inferirse que las mencionadas indicaciones no se refieren a aquellos cuyos pensamientos están basados en la existencia material y a quienes

se les han de aplicar otras indicaciones. Pero sobre esto conviene considerar la afirmación de los sabios de la antigüedad al decir que no todas las almas salen del cuerpo de la misma manera. Declaran que hay siete plejos mayores que gobiernan a otros menores, teniendo éstos los canales por donde se emiten o se reciben las influencias. Cada uno de estos canales está directamente relacionado con una de las siete divisiones del sistema, de modo que así tiene el hombre la posibilidad de relacionarse conscientemente con todas las divisiones.

De aquí se infiere que la idea predominante en una vida necesitará por conducto de salida el canal que la lleve a su respectiva esfera de libertad o esclavitud. Así el hombre se ata o se desliga por razón de su poder espiritual y su relación con todas las divisiones y esferas de la Naturaleza.

Krishna concluye el capítulo, diciendo:

Por este conocimiento se sobrepone el hombre de meditación (yogui) a la recompensa que los Vedas prometen, o que resulta de los sacrificios, austeridades y limosnas, y se encaminan a la suprema morada.

Suele llamarse a esta suprema morada o estado la omnisciencia, la perfección del conocimiento que confiere la facultad de obrar

en todos y cada uno de los reinos, esferas o divisiones de la Naturaleza.

Para alcanzar este supremo estado debe prevalecer, acaso durante muchas vidas, el supremo motivo en todos los pensamientos y acciones. El concepto de este supremo motivo está expresado en la siguiente promesa de los antiguos:

Nunca buscaré ni aceptaré mi sola salvación individual. No entraré solo en el lugar supremo, sino que siempre y por doquiera viviré y lucharé por la redención de todas las criaturas del mundo.

ESTANCIA NOVENA

YOGA DE LA SUBLIME CIENCIA Y DEL SOBERANO
SECRETO

El título de este capítulo es: *Yoga de la soberana ciencia y del profundo secreto.*

La palabra "soberana" está tomada aquí en la acepción de "supremo", de modo que si el título se hubiera escrito en nuestros días, dijera: *Yoga del supremo conocimiento y del profundo misterio.*

Las personas reflexivas han de tener en cuenta que la verdadera filosofía debe proporcionar los medios de adquirir el supremo conocimiento, y no fuera discreto desdeñar un punto de tan transcendental importancia como si no mereciera la menor consideración.

Todos los pensadores afirman sin discrepancia que el mundo necesita una base de axiomática evidencia para el pensamiento y la acción. Echan de ver que la ciencia, la filo-

sofía y la religión sólo son hoy por hoy intentos más o menos sinceros para obtener la referida base, pues ni la ciencia ni la filosofía ni la religión proporcionan seguro fundamento para la paz, dicha y positivo progreso de la humanidad.

Nuestras modernas modalidades de pensamiento están basadas en la existencia material y en las externas apariencias, que son *efectos* de causas invisibles. Además, siempre que el pensamiento moderno intenta sondear lo invisible, toma por causa la existencia material y por efecto lo invisible, sin adelantar un punto en el conocimiento de la vida y de su finalidad.

Es muy digno de notar que las modernas bases de pensamiento y acción sean precisamente las opuestas a las de los sabios de la antigüedad, y que mientras nuestros sistemas de pensamiento nos dejan en tinieblas, los de los antiguos arrojan clara luz sobre todos nuestros problemas.

Estudiemos, por lo tanto, la antigua sabiduría a fin de seguir adelante con un más claro concepto del que ahora tenemos.

En este capítulo, Krishna le dice a su discípulo Arjuna:

A ti, el sin malicia, voy a revelarte este profundísimo misterio de suerte que lo comprendas, y cuando lo conozcas quedarás libre de mal.

La frase "A ti el sin malicia" significa que Arjuna sabe que todo está bajo el imperio de la ley y que nada bueno ni malo puede sucederle sino lo que en él mismo tenga la causa; y así recibe el bien sin alborozo y acepta el mal sin queja, porque se mantiene ecuánime en el gozo y en la pena, en el placer y en el dolor, en la alegría y la tristeza, y siempre dispuesto a sufrir o gozar lo que el Yo superior le tenga reservado por medio de la disciplina y la experiencia. Así es que desde un principio Krishna propone y Arjuna acepta el imperio de la ley como paso necesario para ulterior iluminación.

La palabra "conocimiento" tiene en labios de Krishna un significado mucho más amplio y profundo del que ordinariamente se le suele dar. No es el conocimiento de cuanto el hombre sabe acerca de ciencias, artes, filosofía, religión e historia, junto con lo que nuestros sentidos perciben e indagan del mundo exterior. Por ejemplo, para conocer intelectivamente los constituyentes y propiedades de un mineral, es preciso valerse de procedimientos mecánicos y químicos aplicados directamente al objeto, al paso que no es posible conocer los sentimientos y pensamientos ajenos si no los manifiesta en gestos, palabras o acciones. Pero el conocimiento a que Krishna se refiere entraña la plena identifica-

ción de la mente o energía mental con cualquier objeto o sujeto a que se aplique, y cuyas inherentes cualidades así como todas sus incidentales peculiaridades y su entera naturaleza percibe el Conocedor por medio de la concentración.

Los científicos positivistas que proceden de lo particular a lo universal, de los efectos a las probables causas y siempre están ideando cambiantes hipótesis, no admiten la posibilidad de este omnisciente conocimiento. Su manera de razonar es la misma que la de los salvajes, aunque algo más amplia y refinada. Los sabios de la antigüedad, por medio de la experiencia adquirida en el transcurso de muchas generaciones, habían aprendido a razonar de lo universal a lo particular, empezando por el plano de causación hasta llegar después de numerosas pruebas y verificaciones a descubrir y comprender el verdadero procedimiento, dando por resultado la adquisición de la sabiduría que Krishna comunica a Arjuna tan rápidamente como la evolucionante inteligencia del discípulo consiente. Esta sabiduría y sus resultados están descritos en la Teosofía. Por lo tanto, quien anhele entender el *Bhagavad Gītā* debe proceder de lo universal a lo particular.

Dice Krishna:

En mi inmanifestado aspecto penetro Yo el universo entero. Todos los seres tienen su raíz en Mí y yo no tengo raíz en ellos.

Se refiere Krishna al omnipresente Espíritu que reside en todos los seres, pero que únicamente se manifiesta por completo en quienes identifican la humanidad con la divinidad, como sucede en el mismo Krishna, en Cristo y otros instructores del mundo.

Cuando Krishna emplea en el poema el pronombre personal, no se refiere a sí mismo en particular sino al Yo universal. Así podemos parafrasear los anteriores versículos, diciendo:

“El universo está animado y sostenido por el supremo Ser, el omnipresente Espíritu, el Conocedor de todas las formas y externamente invisible. Por El existen todas las formas pero no depende de forma alguna sino que toda forma depende de El.”

Estas palabras contienen la expresión del básico principio universal, Causa y Sostén de todo cuanto fué, es y será, sin el que nada puede existir. Por ser universal, omnipresente e infinito, no es posible definirlo con palabras ni la mente finita es capaz de concebirlo, a pesar de que los teólogos han intentado definir el Principio infinito con sus finitos conceptos de Dios. De aquí la diversidad de dioses en los diferentes países y épocas. El hombre

los convirtió en ídolos a su semejanza, ya materiales, ya mentales, y estos conceptos antropomórficos de Dios suscitaron y mantuvieron la división entre los pueblos. Los dioses de las tribus y naciones han impedido la realización de la fraternidad universal.

La antigua enseñanza reiterada por Krishna es que todas las formas dimanen de una Fuente universal, de la Vida una que subyace en cada forma y la sostiene. Todas las formas y seres tienen esencialmente la misma potencia de percepción y de ampliar su campo de percepción y expresión, pero cada ser tiene actualizada en distinto grado cada potencia, que constituye el motor de toda evolución o desenvolvimiento del interior al exterior.

Prosigue Krishna a exponer la ley de evolución, diciendo:

Todos los seres ¡oh! Kaunteya, se absorben en mi inferior naturaleza al término de un kalpa y de mí emanan otra vez al comenzar un nuevo kalpa.

Un kalpa significa un dilatadísimo período y la ley aludida es la que en *La Doctrina Secreta* se llama ley de periodicidad o ley de los ciclos. Por doquiera vemos que rige esta ley en la Naturaleza. La vemos actuar en el día y la noche, en el verano y el invierno, en la vida y la muerte, en la inspiración y espiración del

aliento, en la sístole y diástole del corazón, en la siembra y la cosecha de las plantas.

A esta ley se le ha dado el nombre genérico de karma que significa acción y reacción, causa y efecto y rige en todos los seres y todos los mundos. Un antiguo aforismo dice: "No puede haber karma sin un ser que lo engendre o que reciba sus efectos." De aquí que toda manifestación sea resultado de la acción kármica ejecutada por seres de distinto grado evolutivo en sus mutuas relaciones y acciones.

La frase "de Mí emanan otra vez" significa que a cada período mayor o menor de manifestación sigue otro distinto, pero que lleva en sí las experiencias adquiridas en el precedente. Lo que "causa la emanación" es el Yo universal, que es también el Yo individual, o como poéticamente se le ha llamado, el "Gran Aliento", con sus alternativos períodos de inspiración y espiración, de suerte que uno de sus atributos es la incesante pulsación.

Esto es lo que significa el siguiente versículo:

Oculto en mi inferior naturaleza, que es mi esclava, emano sin su voluntad, vez tras vez, esta muchedumbre de seres, por el poder de la material esencia.

Se entiende por "sin su voluntad" que ningún ser encarna ni desencarna por voluntad

propia en cuanto a su naturaleza inferior se refiere, sino que le obliga a tomar cuerpo la fuerza impelente del ego o verdadero ser.

“Por el poder de la material esencia” significa que espíritu y materia son coexistentes y eternos, entendiendo por “materia” la substancia primordial de la que derivan todas las diferenciaciones materiales por la consciente acción de seres de distintos grados de desenvolvimiento. “Indiferente a las acciones y entronizado en las alturas”, significa que el supremo y único Ser no está envuelto en ninguna de las formas de manifestación, sino que permanece siempre como el espectador, el amonestador, sustentador, gozador y alma suprema, de la propia suerte que cada cual puede decir de sí mismo: “Estuve en cuerpo de niño y adquirí las experiencias de la infancia. Pasé por los cambios del cuerpo y las circunstancias de la vida hasta llegar a mi presente estado, y pasaré por todos los cambios venideros. Sin embargo, permanezco siempre el mismo en toda condición.”

Continúa diciendo Krishna:

Ignorante de mi naturaleza suprema, de que soy soberano señor de las criaturas, me desconocen los necios cuando me revisto de humana forma.

El supremo Ser es el ser de todos los seres. Los Upanishadas dicen que “el Ser está en

todo, pero que no se manifiesta en todo”. Krishna declara que el iluso no reconoce al Ser, y juzgando por las apariencias y arbitrarias clasificaciones, mantiene la separatividad, y al obrar así establece causas que producen iguales efectos, que en este caso son el mal karma.

El resto del capítulo está dedicado a representar la recta comprensión del Ser y sus resultados, así como los resultados de una falsa o incompleta comprensión.

Las enseñanzas de Krishna afirman en todo su discurso que sólo hay un Espíritu y no varios, y que el único Espíritu anima a todos los seres y sostiene todas las cosas. Todo ser posee esencialmente la misma facultad de percepción. La diferencia está en el grado de percepción según las experiencias adquiridas en el transcurso de su evolutivo desenvolvimiento. Esto se aplica a todos los seres, tanto al hombre como a los superiores y a los inferiores al hombre.

En *La Voz del Silencio* se dice que “la mente es como un espejo que aunque lo empañe el polvo, no deja de ser espejo”. En otros escritos se llama a la mente “espejo del alma”.

No podemos menos de reconocer que obramos según el concepto que tenemos de la vida; que lo que llamamos “nuestra mente” es un conjunto de ideas que nos sirve de base de pen-

samiento y acción; que mudamos de ideas de cuando en cuando apenas se nos depara ocasión de mudarlas, aunque en todo tiempo obramos según las ideas a la sazón dominantes en nuestra mente. La diferencia entre los seres humanos consiste en si son falsas o verdaderas, incompletas o exactas las ideas que mantienen como base de pensamiento y acción.

Nos inclinamos a aceptar y mantener tan sólo aquellas ideas acordes con nuestros personales deseos. Krishna nos presenta un ejemplo de lo que el profano llamaría un buen deseo, cual el de los "instruidos en los Vedas" que desean gozar personalmente de la gloria del cielo; pero dice Krishna que si bien gozarán del cielo durante un período de tiempo proporcional a sus merecimientos, volverán después a renacer en vida mortal. Y prosigue diciendo:

Quienes practican las ceremonias prescritas en los Vedas, pero dan en su corazón sitio al deseo, tan sólo alcanzan transitoria felicidad. Quienes me ven idéntico con todo, y constantemente me adoran, obtienen de Mí plena seguridad.

Las palabras "constantemente me adoran" se explican más adelante, en el versículo 27 que dice:

Lo quiera que hagas, lo quiera que comas, lo quiera que ofrezcas, lo quiera que des y cualquiera

austeridad que cumplas ¡oh! Kaunteya, hazlo todo en ofrenda a mí.

El verdadero "culto" es la devoción a un ideal. En el caso de que tratamos, el ideal es el "Ser de Todo", y la acción correspondiente a este ideal es pensar y obrar en servicio del Ser de todas las cosas, sin egoísta apetencia de los resultados.

Conviene advertir que no nos ligamos a los resultados por nuestras acciones sino por nuestros pensamientos. La libertad deriva de la renuncia al fruto de la acción.

Todo cuanto queda expuesto está compendiado en la final exhortación de Krishna:

Si viniste a este mundo triste y transitorio, adórame. Posa la mente en mí. Sé mi devoto. Póstrate ante mí. Y así unido conmigo llegarás a mí.

ESTANCIA DECIMA

YOGA DE LA EXCELENCIA DIVINA

Se titula: *Yoga de la excelencia divina* o también: *Devoción por medio de las universales perfecciones divinas.*

Las palabras “universales perfecciones divinas” tienen un significado que ordinariamente no se comprende. Los hombres hablan de perfección desde el punto de vista de la imperfección y siempre respecto de formas, condiciones y circunstancias que cambian sin cesar, de suerte que el humano ideal de perfección es artificioso, ilusorio y cada vez más lejano. Proceden, como los métodos científicos, de lo particular a lo universal, en vez de lo universal a lo particular, sin advertir que sólo la *causa en sí misma* puede conocerse a *sí misma*.

El discurso de Krishna repite lo que ya supieron los hombres perfectos de toda época y

que todos los Instructores divinos declararon, esto es, la esencial identidad del espíritu del hombre con lo Absoluto y también con la Divinidad manifestada en la Naturaleza.

Por el ambiente intelectual en que hemos crecido nos creemos *esencialmente imperfectos*; pero si lo fuéramos no podríamos en modo alguno alcanzar jamás la perfección. Por el contrario, si somos *esencialmente perfectos* podremos advertir, comprender y enmendar el conocimiento imperfecto y utilizar todas las fuerzas espirituales, porque con *fuerzas* y no con formas, con *ideas* y no con personas nos relacionamos.

Por fin nos convenceríamos de que sólo hay una Fuerza, Potestad o Energía espiritual y que los diversos efectos o manifestaciones de esta única Energía que percibimos o experimentamos provienen de la dirección dada por conscientes entidades de muchas clases y distintos grados de desenvolvimiento. Para comprender las “divinas perfecciones” es preciso situarse en el punto de vista universal en que se halla el Ser único, el Ser de cada uno y de todos los seres.

Aunque el *Bhagavad Gîtâ* está expuesto en forma de diálogo entre Krishna y Arjuna, como entre el divino maestro y su discípulo, y puede ser así comprendido, también cabe interpretarlo en el concepto de que Krishna sim-

boliza el Yo superior de todo hombre, y Arjuna la mente o espejo de las externas impresiones, de suerte que puede considerarse el diálogo como un medio del conocimiento del Yo y el dominio de las fuerzas y elementos inferiores. La tónica de las antiguas enseñanzas es que la Potestad que crea y mantiene todas las cosas y todos los seres, no puede conocerse por medios externos, sino que se ha de buscar y hallar en la raíz de la naturaleza de todos y cada uno de los seres. Así dicen los Upanishadas:

El Yo-Ser abrió las vías externas y por esto el hombre mira hacia afuera y no en su interior.

El hombre prudente que aspira al Eterno, mira hacia dentro, pues como dice *La Doctrina Secreta* "lo que vive y piensa en el hombre es el eterno Peregrino".

Por lo tanto, necesario es que el estudiante se asimile la idea de que ha de obrar siempre en servicio del Ser residente en todos los seres, y que la facultad de percibirlo y conocerlo todo está potencialmente presente en él, puesto que es su verdadero ser. Así comprenderá las siguientes palabras de Krishna:

Ni la multitud de dioses ni los regios rishis conocen mi origen, porque principio soy de los dioses y de los rishis.

Se refiere al Ser de todos y de cada uno de los seres, y quiere decir que el origen del inmutable Eterno es incognoscible porque a la par es Ser y No-Ser. Dice Patanjali: "El ego es el que percibe. Es de por sí pura y simple visión y penetra directamente las ideas." Esto significa que todo ser humano tiene latente la facultad de percibir y conocer todas las cosas, por muy restringida que esté dicha facultad en determinado tiempo, pues la restricción consiste en la más o menos estrecha serie de ideas que mantenga como base de sus acciones.

Esta limitación no sólo impide el pleno ejercicio de las facultades del ego sino que es obstáculo para sus observaciones y experiencias. Por esto el hombre dice hoy fatuamente: "Yo soy el origen de todas las cosas; todo procede de mí." Sus ideas dominantes son la base de todo cuanto el hombre pone en acción, y constituyen el campo de sus observaciones y experiencias. Por el poder inherente en su ser crea el hombre el bien o el mal, la ilusión de separatividad y todas las imperfecciones.

Las perfecciones divinas son universales y sólo cabe alcanzarlas obrando en servicio y de conformidad con Dios en todas las cosas, de suerte que se vayan dominando todas las causas de acción que, por lo egoístas, producen separatividad.

Arjuna empieza por señalar las características del supremo estado y del pleno poderío:

Tú eres Parabrahma; tú eres la eterna Presencia, el Ser divino y sin principio que todo lo penetra... Tú sólo te conoces por ti mismo. Tú sólo puedes declarar completamente tus divinas potencias. ¿Cómo podré yo conocerte por constante meditación? ¿En qué peculiar forma podrá verte mi pensamiento?

Y Krishna responde:

A declararte voy los principales caracteres de mis divinas manifestaciones *porque infinita es mi naturaleza*. Soy el Espíritu que mora en el corazón de todos los seres: el principio, medio y fin de todas las cosas.

Después declara que es el supremo entre los dioses; que el Sol lo representa entre los astros; que el príncipe de los espíritus del aire lo simboliza; que es la esencia de las sagradas Escrituras; el canto que compendia todos los cantos; y así análogamente en una sucesiva enumeración de formas, potencias y cualidades al alcance de la inteligencia de Arjuna. Termina diciendo:

Soy ¡oh! Arjuna, la semilla de todo lo existente y no hay cosa animada o inanimada que pueda existir sin mí. Mis divinas manifestaciones no tienen fin ¡oh! Parantapa, y lo que te he declarado da tan sólo un vislumbre de mi infinito poder. Cuantoquiera hay de

glorioso, bueno, bello y potente brota de una chispa, no más de mi energía.

Pero ¿qué son ¡oh! Arjuna, para ti todos estos pormenores? Sabe que con un átomo de mi ser formé el universo entero y sigo existiendo.

Arjuna le había preguntado a Krishna que en qué particular forma se ha de adorar al supremo Ser; y Krishna responde que "bajo todas las formas", pues nada hay animado o inanimado en el universo en que no resida el Ser.

Quien aspire al conocimiento de la verdad ha de descubrir al supremo Ser en todas las cosas y todas las cosas en el supremo Ser, y en consecuencia obrar en servicio y de conformidad con el Ser universal.

Todas las Escrituras sagradas hablan a la individualidad, puesto que sólo en la individualidad ha de empezar y se ha de cumplir la evolución por la reforma del carácter.

El estudio del *Bhagavad Gîtâ* y la práctica de sus enseñanzas propenden a desvanecer toda idea de separatividad y le muestran al estudiante que el camino del verdadero conocimiento y de la divina perfección es el servicio a la humanidad sin distinguir de casta, credo, sexo, raza o color. "El conocimiento espiritual es hijo de amorosas acciones."

ESTANCIA ONCENA

VISIÓN DE LA FORMA UNIVERSAL

Se titula: *Visión de la Forma universal.*

Este capítulo, como todos los demás, es aplicable a la individualidad, pues aunque se hable en él de diversas clases de seres con sus distintos grados de conciencia y poder, se indica muy claramente que todo ego divino emana del supremo Ser y contiene en sí cuantos elementos existen en el universo.

Arjuna dice:

Esas tus compasivas palabras referentes al misterio del Espíritu, han desvanecido mi ilusión.

Ha comprendido Arjuna que el único Ser ánima todas las formas, que en todas ellas late el poder que las sostiene y la facultad que percibe; pero desea saber en qué forma está contenido el supremo Ser, o mejor dicho, cómo

se infunde en las innumerables formas de existencia.

Krishna responde claramente a la pregunta en una sola frase:

He hoy aquí el universo entero animado e inanimado *resumido en mi cuerpo* ¡oh! Gudakesha, con cuantoquiera que anheles ver. Pero, en verdad, no eres capaz de contemplarme con esos tus ojos. Yo te daré la visión divina y contemplarás mi soberano poder.

Desde luego que el *cuerpo* a que se refiere Krishna es de naturaleza espiritual, puesto que se necesitan ojos divinos para verlo, y así le dice a Arjuna que no podrá verlo hasta que posea la vista espiritual. La idea de *cuerpo* implica forma y substancia, por lo que en el sentido que le da Krishna debe de significar la substancia o materia primordial que a nosotros nos parece “energía”, el manantial de toda luz y fuerza.

La frase: “la divina Forma que incluye todas las formas” significa que no hay otras formas que las incluidas en la divina Forma, es decir, que el substratum de cada forma es la materia primordial llamada en este capítulo “divina Forma”, y que cada ser posee una divina forma que contiene potencialmente todas las fuerzas y elementos. En esta antigua enseñanza se encuentra la verdadera base de la

evolución o desenvolvimiento de lo interior a lo exterior.

Se comprenderán mejor los pasajes descriptivos de este capítulo si el estudiante recuerda que el *Bhagavad Gîtâ* se escribió en sánscrito, idioma científico, cada una de cuyas letras tiene valor numérico con su correspondiente sonido y significado, mientras que los idiomas europeos carecen de palabras adecuadas a la exacta expresión de conceptos metafísicos. Por lo tanto no hemos de caer en el error de figurarnos que las descripciones contenidas en este capítulo son hijas de una pueril e ignorante imaginación, sino por el contrario, son fruto del conocimiento de las fuerzas, potencias, seres y estados de conciencia.

Sanjaya, el testigo del diálogo, dice:

¡Oh! rey. Hablado que hubo así Hari, el gran Señor potísimo, mostróse a Partha, transfigurado en la suprema Forma de Ishvara.

Con múltiples ojos y bocas, con infinidad de aspectos prodigiosos, con multitud de divinos ornamentos, con sinnúmero de celestiales, armas de incalculable precio, ataviado con riquísimas ropas y guirnaldas, ungido con óleos de celestial perfume, lleno de toda cosa admirable, el eterno Dios de faz a todos lados vuelta.

El “eterno Dios” es el Conocedor subyacente en la divina forma. La “faz vuelta en todas direcciones” es la “divina forma” que

como esférico espejo refleja todas las cosas. Dentro de la divina forma se efectúan todas las diferenciaciones de substancia, y cada diferenciación necesita su peculiar modo de expresión y de aspecto, simbolizados en las “bocas”, “ojos” y “admirables formas”.

Ya dijo Platón que “Dios geometriza”. Todas las formas evolucionan de dentro afuera. Desde el “círculo” cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguno, surgen radios en todas direcciones que forman una esfera en cuyo interior está concentrada especialmente la actividad del “punto” que al extenderse en sentido horizontal traza un diámetro que divide la esfera en dos hemisferios, uno positivo y otro negativo que constituyen la base de la acción y la reacción. Si ahora se extiende el punto en sentido vertical hasta tocar por ambos extremos la superficie, quedará la esfera dividida en cuatro partes que proyectada en un plano estaría representada por una cruz inscrita en un círculo.

Recordemos que estas extensiones del “punto” o centro son líneas de fuerza que de él arrancan y que propenden volver a él; por lo que podemos concebir una revolución de la esfera en que los extremos de los diámetros vertical y horizontal se extiendan uno hacia otro formando al principio la cruz esvástica o ansada y después el cuadrado inscrito en el círculo,

o sea el cubo o exaedro inscrito en la esfera.

Si observamos cada una de las caras del exaedro o cubo veremos cuatro ángulos que considerándolos luminosos y equidistantes del brillante centro, resultará la estrella de cuatro puntas, signo y símbolo del reino animal.

Podremos tener aproximado concepto de los pasajes descriptivos de este capítulo si nos imaginamos que Arjuna ve en el interior de la "divina forma" todas las líneas de fuerza, y las formas por ellas producidas, las estrellas de cuatro, cinco y seis puntas y las figuras poliédricas, todas en movimiento con mucha brillantez de luz y color, representando las actividades de todos los seres del universo.

Yo soy el Tiempo en sazón, desolador del mundo y en la Tierra manifiesto para exterminio de todas esas criaturas.

"Tiempo en sazón" significa el término de un ciclo. Todo lo que tiene principio tiene fin, y cada acción tiene su ciclo o período de reacción. Las acciones determinan los ciclos que se clasifican en mínimos o de momentánea duración, menores y máximos o "grandes edades" según resulten de la acción de entidades individuales, de clases de seres o de todos los seres pertenecientes a un mismo flujo de evolución. El capítulo se refiere generalmente a la impermanencia de todas las formas o combi-

naciones de formas. El cambio es necesario para el progreso, porque sin cambio habría estancamiento. De aquí la constante desintegración y reintegración de elementos en las siempre cambiantes relaciones y formas efectuadas a requerimiento del hombre interno que sobrevive a todo cambio.

Tú eres la primaria Deidad, el prístino principio generador, el Ser y No-Ser, Aquello Supremo.

Esta afirmación sólo podrá comprenderla quien a sí mismo se la aplique. Sabemos que no somos nuestro cuerpo porque el cuerpo cambia continuamente y nosotros conservamos nuestra identidad a pesar de los cambios del cuerpo. Tampoco somos nuestras emociones ni nuestros pensamientos porque también cambian frecuentemente. Si fuéramos nuestras mentes no podríamos mudar de pensamiento ni mucho menos advertir la mudanza porque es evidente que sólo lo permanente puede echar de ver las mudanzas.

Lo permanente es el real y verdadero hombre inmortal, o como declara *La Voz del Silencio*, el hombre que fué, es y será y a quien nunca le ha de llegar la hora del fin.

El hombre interno es el Conocedor, el no-ser, y sin embargo la causa y sostén del ser. Como dice este capítulo:

Eres el Conocedor y el objeto de conocimiento, el Supremo receptáculo de todo cuanto existe.

Es decir, el alfolí de todas las experiencias cuando se disuelva este universo. Al fin del círculo máximo que a todos los menores incluye, todos los seres volverán a su prístino estado llevando consigo las adquiridas experiencias. La próxima corriente de evolución tendrá por base el conocimiento adquirido por todos los seres a ella pertenecientes.

Perdóname ¡oh! Ser infinito, si te hablé como a familiar amigo, y desconociendo tu majestad exclamé: ¡Oh! Krishna, ¡oh! Jadava, ¡oh! amigo, impelido por la ternura de mi amor.

Perdóname, ¡oh! Ser sin mancilla, si con irreverentes burlas te ofendí en el recreo y en el descanso, en tu carro y en la mesa, en privado y en público.

A Krishna se le ha de considerar no sólo como la representación del Ser residente en todos los seres, sino como el Dios encarnado en forma humana. Arjuna solicitó ver la "divina Forma", y habiéndola visto sobrecogióle de pavor su grandeza y gloria. Entonces reparó en que había tratado a Krishna como si tan sólo fuera un hombre como él, aunque más sabio, y pidióle perdón por su osadía, rogándole que reasumiese la acostumbrada forma.

Aquí se nos representa el funesto error, tan

frecuente entre los hombres, de no reconocer a los divinos instructores cuando encarnan en forma humana. A Buda, Jesús y algunos otros antes y después de ellos los trataron sus coetáneos como hombres que obraban por los mismos o análogos motivos que los demás. Se vieron contrariados por los establecidos intereses religiosos, sociales, económicos y de todo orden, porque las doctrinas que enseñaban destruían los duros y seculares cimientos de tales intereses. Sus palabras y obras, aunque encaminadas a instruir, iluminar y favorecer a las gentes, se interpretaban como violaciones de las leyes y costumbres, y frecuentemente se consideraban blasfemas y criminales. Aun entre sus inmediatos discípulos se levantaban dudas, sospechas, recelos, envidias, temores y resentimientos que en modo alguno hubiesen experimentado si conocieran la divina naturaleza del instructor.

Estas circunstancias impedían la íntima relación entre maestro y discípulo que tan necesaria le es a éste para aprovechar las enseñanzas. Verdad es que todos los discípulos aprendieron algo a pesar de sus defectos; pero también lo es que la falta de intuitiva percepción de la divina naturaleza de su Maestro fué la causa eficiente de que los discípulos no lograran transmitir genuinamente las enseñanzas recibidas, por que dicha falta de intuición

cerraba la puerta por donde les hubiera podido entrar la divina iluminación.

Aun el mismo Arjuna, a pesar de su lealtad y devoción, no había percibido la portentosa naturaleza de su instructor, y sólo pudo percibirla y admirarla cuando el poder y favor de Krishna le abre los ojos de la visión espiritual para que vea en los planos superiores. Es lógico suponer que Arjuna había alcanzado ya, por su constante devoción e inquebrantable confianza, el estado de desenvolvimiento en que era digno de tan señalada merced.

A los estudiantes de Teosofía les conviene considerar si no habrán caído en el mismo error respecto de Quienes llevaron el mensaje de la Teosofía al mundo occidental, y si con semejante error cerraron la puerta por donde hubieran podido recibir directo auxilio.

En la última porción del capítulo dice Krishna:

Pero ni por los Vedas ni por austeridades ni ofrendas ni limosnas puede verme nadie como tú me viste. Sólo por exclusiva devoción a mí es posible acercárame y verme y conocerme en verdad, ¡oh! Parantapa.

La explicación de estos versículos nos la da un instructor en las siguientes líneas:

Ishvara, el espíritu en el hombre, es insusceptible de tribulaciones, obras, frutos de obras y deseos. Y cuando se toma una firme actitud con el propósito de alcanzar la unidad con el supremo Espíritu por medio de la concentración, el mismo Espíritu acude en auxilio del yo inferior y lo eleva gradualmente a los planos superiores.

La "firme actitud" y la concentración son exactamente iguales. Significan el empleo de toda una vida de devoción y en obrar en servicio y de conformidad con el Ser residente en todas las cosas.

Quien sólo para mí obra, aquel para quien soy el supremo Bien, el que a mí se devociona libre de apego a los frutos de la acción sin odiar a ser alguno, ése llega hasta mí, ¡oh! Pândava.

ESTANCIA DUODECIMA

YOGA DE LA DEVOCIÓN

La palabra “fe” tiene en este capítulo una acepción mucho más amplia y profunda de la que vulgarmente se le da. Fe es la convicción de la *verdad* en que se funda la fe. Se profesan en el mundo muchas clases de fe; algunas por ignorancia, credulidad o superstición; otras porque coinciden con los deseos de sus adherentes; y otras porque contienen parte de verdad. Pero en todas ellas falta el “conocimiento”, pues una convicción fundada en la ignorancia perpetúa la ignorancia y sus resultados; la convicción nacida del deseo, perpetúa el deseo y sus consecuencias; y la convicción dimanante de verdades parciales, indica algo de conocimiento, pero no el bastante para descubrir el error entremezclado con las parciales verdades.

La fe a que Krishna se refiere es la fundada en el conocimiento de uno mismo o sea en el

conocimiento del supremo Ser que está en todo y lo es todo.

La confianza en el supremo Ser y la identificación del Yo individual con El ofrece una base inmutable e inmovible para conocer la verdad respecto del hombre y de la naturaleza. La “verdadera fe” sólo es posible cuando se funda en el recto conocimiento.

Dice Krishna en el versículo 54 del capítulo XI:

Sólo por exclusiva devoción a mí es posible acercarme y verme y conocerme en verdad ¡oh! Parantapa.

A esto sigue en el capítulo XII la pregunta de Arjuna:

¿Quiénes siguen mejor camino? ¿Los devotos que siempre armonizados así te adoran o quienes adoran al Indivisible e inmanifestado?

En la respuesta de Krishna se incluye la siguiente:

Ardua es la tarea de aquellos cuya mente está fija en el Inmanifestado, porque difícil es para los en carne presos seguir el sendero que conduce al Inmanifestado.

Una nota al pie explica que la dificultad aquí expuesta está suscitada por la personalidad que nos incita a considerar el supremo Es-

píritu como diferente y separado de nosotros.

Los seres humanos propenden a pensar y obrar *personalmente* y según su temperamento en las relaciones con sus prójimos; y aunque ardientemente anhelan obrar “en servicio y de conformidad con Dios” caen de continuo bajo la pesadumbre del personal sentimiento de separatividad.

Las palabras: “los devotos que, siempre armonizados, así te adoran” se refieren a la forma de Krishna más familiar para Arjuna, o sea la forma humana, según se indica en el anterior capítulo, cuando Arjuna dice:

Perdóname ¡oh! Ser infinito si te hablé como a familiar amigo, y desconociendo tu majestad exclamé: ¡oh! Krishna, ¡oh! Jadava, ¡oh! amigo, impelido por la ternura de mi amor. Perdóname ¡oh! Ser sin mancilla, si con irreverentes burlas te ofendí en el recreo y en el descanso, en tu carro y en la mesa, en privado y en público.

Reconoce Arjuna que Krishna es una divina encarnación, un ser que, alcanzada la perfección, había encarnado voluntariamente para ayudar a quienes aún luchan en “este océano de muertes y nacimientos”. El estudio de las principales religiones del mundo demuestra que no fueron infrecuentes estas divinas encarnaciones antes y después de Krishna. *La Doctrina Secreta* explica razonadamente el significado de estas encarnaciones.

El proceso de todo Arjuna, pues símbolo del hombre es Arjuna, consiste en reconocer primeramente que debe de existir un verdadero conocimiento y anhelar poseerlo. Después ha de investigar la fuente del conocimiento. En esto está el peligro para el investigador, pues como encuentra diversos instructores, cada cual con su peculiar sistema de conocimiento, y no tiene todavía el juicio lo bastante maduro para distinguir lo verdadero de lo falso, acepta las enseñanzas más acordes con sus pensamientos y deseos. Tal es, por desgracia, la conducta que siguen la mayoría de las gentes.

Sin embargo, hay quienes examinan cuidadosamente las bases fundamentales de las enseñanzas que se les ofrecen y *sólo aceptan aquella* cuyos principios básicos tienen tan universal aplicación que resultan axiomáticos.

Un resumen de los capítulos precedentes demuestra que Krishna expone a Arjuna las diversas modalidades de creencia y práctica devocional seguidas por los hombres, las cuales, aunque parcialmente erróneas, los conducirán por fin a la verdad si sinceramente y con devoción la buscan. Al propio tiempo, declara Krishna que todo hombre puede llegar al conocimiento de la verdad, de la única Realidad, y seguir el directo, nobilísimo y supremo sendero que conduce a la sabiduría y la felicidad.

Y si no eres capaz de fijar con firmeza tu mente en mí, procura entonces alcanzarme por el perseverante esfuerzo de la devoción ¡oh! Dhananjaya.

La perseverancia se logra por el constante empeño en perseverar.

Pero si tampoco eres capaz de perseverante devoción, dedícate a servirme, y cumpliendo acciones en mi obsequio alcanzarás la perfección.

Se alude aquí a las obras especialmente dedicadas al Ser supremo, con el propósito de eliminar la "personal idea" de separatividad.

Y si ni aun para esto tus fuerzas bastaren, refúgiate entonces en mí, domínate a ti mismo, y pon en mí todas tus obras, tus éxitos y tus fracasos, renunciando en mí el fruto de la acción.

Mejor es en verdad, el conocimiento espiritual que la práctica constante. Mejor que el conocimiento es la meditación y mejor que la meditación, la renuncia al fruto de las obras. Tras la renunciación viene la definitiva libertad.

Se ha dicho que uno es el origen de todos los seres y una la meta a que han de llegar, pero que cada cual sigue su peculiar sendero. De aquí que cada ser peregrinante se halla en un punto de su evolución o desenvolvimiento en donde una u otra de las etapas del sendero está a su alcance.

Cada una de estas etapas conduce a la

meta, pero el aspirante sólo debe considerarlas como tales etapas, sin perder jamás de vista la meta, por ser condición indispensable para lograr la unión con el Yo superior.

"Dominarse a sí mismo" significa mantener en obediencia la personalidad. "Pon en mí todas tus obras, tus éxitos y tus fracasos renunciando en mí el fruto de la acción" no necesita comentario, porque la misma enseñanza dan los anteriores capítulos del *Bhagavad Gîtâ*, al decir que "la libertad deriva de la renuncia en toda acción al fruto del interés egoísta".

El egoísmo o interés personal es siempre cuestión de pensamiento. No podemos tener apego ni repugnancia por una cosa en que no pensamos; y por lo tanto, cuando nos vemos ante una cosa que se haya de hacer en justicia, debemos hacerla sin reparar en si nos halaga con el éxito o nos amenaza con el fracaso. Krishna dice que la emancipación final proviene inmediatamente de la renuncia al fruto de las acciones, e identifica así la completa renunciación con el logro de la meta. La renunciación es superior a la meditación, porque la renunciación es efecto de la meditación sobre el propósito de renunciar. La meditación es superior al conocimiento porque el verdadero conocimiento produce la eficaz meditación; y el conocimiento supera a la práctica cons-

tante, porque de la práctica proviene el conocimiento.

El resto del capítulo ha de leerse en relación con estos comentarios, porque Krishna trata de las cualidades de quienes siguen el sendero por él señalado. Termina el capítulo con las siguientes palabras:

Mas, en verdad, aquellos devotos llenos de fe para quienes Yo soy el supremo anhelo y buscan la sagrada ambrosia de la religión de inmortalidad que aquí te revelé, ellos son a quienes predilectamente amo.

ESTANCIA DECIMOTERCIA

YOGA DE DISTINCIÓN ENTRE EL CAMPO Y EL CONOCEDOR DEL CAMPO

En *The Path* correspondiente al mes de Octubre de 1890, Guillermo Q. Judge publicó todo este capítulo del *Bhagavad Gîtâ* con el siguiente prefacio:

Menudean hoy día los profesores de ocultismo, precisamente como en otro tiempo abundaban los que presumían haber hallado la piedra filosofal. Sin embargo, unos y otros no hicieron ni hacen más que repetir cuanto han oído, leído o aprendido acerca de ocultismo sin substancia ni realidad en el fondo de su profesión. Ahora, como entonces, sólo se piensa, habla y apetece lo relativo a los meros incidentes de la verdadera práctica del ocultismo. El esfuerzo de los investigadores se concentra en los fenómenos y en la posibilidad de producirlos; pero por más que busquemos, no podremos hallar en ellos positivo conocimiento, ni eficaz experiencia ni verdadera iniciación. Están en el sendero de la izquierda, alucinados por una falsa luz y no pueden menos de perturbar,

fatigar y engañar a quienes ponen en ellos su confianza.

Durante la época en que la Rosacruz estuvo en su apogeo, tenían alguna disculpa los investigadores; pero desde que se han divulgado las antiguas Escrituras induístas ya no cabe disculpa, porque por todas partes resuena la nota de amonestación y por doquiera hay señales indicadoras de la dirección del genuino sendero.

Más particularmente se encuentran estas indicaciones en el maravilloso libro del *Bhagavad Gītā*, que sin ni siquiera aludir a los fenómenos ni suscitar emociones psíquicas, señala el camino y declara la mística ciencia de la verdadera devoción y de la recta acción.

Se ha dicho que este capítulo es un completo tratado de ocultismo, significando con esta palabra aquel omniabarcante ocultismo que comienza por el alto punto de percibir y conocer el Yo interior, con referencia a la acción y reacción en todos los planos del universo manifestado, a fin de alcanzar el poder y la sabiduría individual y universal.

Todo cuanto entorpece el camino del conocimiento es ignorancia, y desde el punto de vista del verdadero ocultismo, la raíz de toda ignorancia está en el falso concepto que el hombre tiene de su esencial naturaleza.

En este capítulo trata Krishna de la devoción por medio del discernimiento que distingue entre el alma y el cuerpo, es decir, por medio del pensamiento y la acción basados en

el conocimiento de lo que es el cuerpo y lo que es el alma.

Después habla del que no sólo incluye la forma física, sino también el egotismo (*ahankara*); la razón (*buddhi*); los diez centros de acción; la mente y los cinco sentidos; el deseo, la aversión, placer y dolor; persistencia de vida y fuerza de cohesión. En esto se comprende todo cuanto la mente ordinaria concibe con existencia consciente, y así conviene que sea, porque para conocer lo permanente es preciso ver antes con toda claridad lo que es impermanente y perecedero.

En la clasificación expuesta por Krishna ocupa ahankara el primer lugar porque en él radica la causa principal de toda diferencia. Ahankara es la propensión a identificarnos con formas y condiciones, y de esta identificación provienen todas las diferencias. La razón se basa en esta identificación de que resultan los gustos, disgustos, apetencias, repugnancias, métodos y procedimientos de acción.

Comprendida la perecedera naturaleza de ahankara o egotismo, se comprenderá sin dificultad que también son perecederos los demás elementos.

Es innegable que nos identificamos con nuestro siempre cambiante y perecedero cuerpo y con sus condiciones y relaciones que también cambian de continuo. Así decimos: "Soy

feliz o soy desgraciado.” “Estoy enfermo o estoy bueno.” “Estoy alegre o estoy triste.” “Estoy contento o estoy disgustado” refiriéndonos a condiciones y circunstancias mudables.

Conviene advertir que siempre nos identificamos con las *actuales* condiciones y formas, aunque sepamos que en el pasado existieron otras formas y condiciones con las cuales nos relacionamos por gusto o disgusto, y que todavía nos hemos de relacionar con otras formas y condiciones en el porvenir.

Hemos transcurrido por todos los cambios del pasado. Hemos de transcurrir por todos los cambios venideros. Perecieron los cambios pasados; están pereciendo los presentes; perecerán los futuros; y sin embargo, nuestro verdadero ser, nuestra conciencia individual permanece inmutada e inmutable entre la continuidad del cambio.

Si comprendemos bien esta idea y la retenemos firmemente, daremos el primer paso hacia el verdadero conocimiento y la verdadera libertad, porque como dice un antiguo sabio:

El alma es quien percibe. Es seguramente la visión en sí misma pura y simple y ve directamente las ideas.

En el capítulo que vamos considerando encontramos análoga afirmación:

Reconóceme ¡oh! Bhârata por el Conocedor del campo en todos los campos.

Como el Sol sin par ilumina la Tierra entera, así el Señor del campo ilumina todos los campos.

En verdad ve quien ve al Señor supremo residente por igual en todos los seres e imperecedero en lo perecedero.

Viendo al mismo Señor a la vez presente en todas partes y en todas las cosas no destruye el Yo por el yo (*ahankara*) sino que alcanza el supremo fin.

No cabe duda de que para ser inmortal es necesario ser inmutable, porque lo mudable no tiene estabilidad. No fuera posible la continuada existencia ni aun en el transcurso de la vida física sin permanencia de la identidad del Yo, que es el mismo que percibió objetos y concibió ideas en la niñez, y siguió y seguirá percibiéndolos y concibiéndolas durante todo el transcurso de su vida terrena.

Los psicólogos occidentales no aciertan a conciliar la idea de “inmutabilidad” con la de “progreso”, porque son esclavos del *ahankara* o tendencia a identificarnos con las formas y condiciones que si bien cambian no es por virtud de sí mismas sino por la acción del Yo que determina los cambios sucesivos perfeccionando los instrumentos de su evolución.

Así tenemos que progreso o evolución significa un desenvolvimiento del interior al exterior, un incesante impulso hacia cada vez me-

por instrumento para la manifestación del Yo superior.

El espíritu en el cuerpo es el soberano Señor (*Maheswara*), el espectador, guía, sostén y gozante. También es alma suprema. (*Paramatma*).

En este versículo está resumido el concepto, pues el Yo lo ve, rectifica, sostiene y disfruta todo *por medio de sus instrumentos o vehículos*. El ideal del progreso es un perfeccionado vehículo que se relacione en el más alto y amplio sentido con todos los mundos y todos los seres.

En el capítulo que comentamos se emplea la palabra “cuerpo”; pero no denota únicamente el cuerpo físico, aunque está incluido en la genérica denominación por ser producto de la involución y evolución de más sutiles estados de materia.

Dice Krishna:

Has de saber que ni la materia (*prakriti*) ni el espíritu (*purusha*) tienen principio; y también sabe que de la materia dimanar las pasiones y las tres cualidades.

La materia determina las causas y efectos de las acciones.

No es posible la acción sin objeto en que recae, y este objeto es primordialmente la materia primaria que llena el espacio y de la que

proceden todas las formas densas de materia y en las cuales está contenida.

Así es que el “cuerpo” representa en el plano físico todos los demás estados de materia o substancia de los cuales evolucionó y que lo rodean y con él están conectados.

El estudio de los siete principios del hombre facilitará la comprensión de lo expuesto, recordando que el verdadero hombre, el Pensador, no es ninguno de los principios que de vehículos o instrumentos le sirven.

El Espíritu individual es la causa de las sensaciones de placer y dolor (mediante su relación con el instrumento material); y el Espíritu residente en la materia está influido por las cualidades dimanantes de la materia. Su relación con estas cualidades (su identificación con ellas) ocasiona sus reencarnaciones en buenas o malas matrices.

Dice Krishna que “las pasiones y las tres cualidades dimanar de la materia”.

Las tres cualidades representan apego a la existencia corporal mediante el amor a todo lo bueno y placentero (*satva*); por medio de la inclinación a las pasiones y deseos (*rajas*); y a causa de la ignorancia y la confusión que perturba el entendimiento (*tamas*). Las tres provienen de la identificación con una u otra forma de existencia corporal.

El supremo Espíritu determina y produce

toda manifestación. Este Espíritu es lo real y permanente en todas las formas y en todos los seres. Como dice Krishna:

Es el conocimiento y el objeto y fin del conocimiento.

Engendra y absorbe todos los seres.

Es la potencia de percepción, la conciencia y vida de todos los seres, la causa de toda manifestación y el mantenedor de todo conocimiento adquirido por medio de la manifestación. Aunque determina y percibe los cambios, es inmutable. Todo poder y toda ley proceden de El y están inherentes en El. Tal es el significado del Espíritu, del que Krishna dice en conclusión:

Aquellos que con ojos de sabiduría descubren la diferencia entre el campo y el Conocedor del campo y se libran de la ilusión de los objetos, se encaminan hacia el Supremo.

Por "ilusión de los objetos" se significa el ver los objetos separados del Espíritu. Todo objeto puede considerarse como una expresión del Espíritu por medio de varios vehículos o envolturas, llámense átomos, moléculas o formas constituidas por estos átomos y moléculas.

Dice *La Voz del Silencio*:

El ojo del Espíritu, el ojo que nunca se cierra, el ojo para el cual no hay velo alguno en los reinos de la Naturaleza.

Todas las criaturas son en esencia el Espíritu que consciente o inconscientemente se esfuerza en conocer su naturaleza espiritual por medio del contacto psíquico y físico con la naturaleza manifestada. Unos se esfuerzan por meditación, otros por servicio y algunos erróneamente por el egoísmo y la separatividad.

Aunque todos los caminos conducen a Dios, únicamente cuando se discierne lo permanente de lo perecedero es posible abandonar las tortuosas veredas y seguir el recto Sendero.

ESTANCIA DECIMOCUARTA

YOGA DE DISTINCIÓN DE LAS TRES CUALIDADES

Este capítulo, como todos los del *Bhagavad Gîtâ*, habla de la única y suprema devoción a que eventualmente han de ceder paso todas las humanas formas devocionales cuando el peregrino se esfuerza en alcanzar la perfección.

El "gran Brahmâ" significa *prakriti*, la materia o la naturaleza, que es la causa de la acción en todo el universo, por ser la base de toda acción, ya que no puede haber acción sin algo en que la acción recaiga. De aquí la coeternidad y coexistencia del espíritu y la materia.

Así como hay dilatados períodos de manifestación e inmanifestación, así también el espíritu y la materia tienen períodos de latencia y de actividad sincrónicos con aquellos otros.

La materia (*prakriti*) es la matriz en que el espíritu deposita la semilla del pensamien-

to o idea de donde se siguen la acción y la evolución.

El análisis de las tres cualidades demuestra la profunda diferencia entre la antigua y verdadera psicología de Oriente y la que en Occidente se llama psicología.

Las clasificaciones psicológicas de la filosofía índica son mucho más numerosas y abarcan más dilatado campo que las de la psicología occidental, pues ésta sólo se refiere a los estados mentales, mientras que la psicología del *Bhagavad Gîtâ* y de los antiguos sabios abarca los estados *morales* y los considera como la causa eficiente de los mentales. En esto consiste el secreto del magno prestigio de que en toda época tuvo y prosigue teniendo el *Bhagavad Gîtâ*, porque pone al descubierto insospechadas bases de error, señala las más sutiles modalidades de ilusión y traza tan minuciosamente la verdadera conducta, que aun las gentes más incultas no pueden menos de tener claro concepto del recto sendero que conduce al verdadero conocimiento.

Las tres cualidades primordiales: *satva* (luz o verdad) *rajas* (pasión o deseo) y *tamas* (ignorancia o tinieblas) *nacen de la naturaleza* y atan al cuerpo el imperecedero ego por apatencia de las cualidades percibidas en la naturaleza.

La cualidad sátvica compele a la reencar-

nación por apego al conocimiento y a lo placentero. El fruto de las buenas acciones pertenece a satva.

Rajas es de la naturaleza del deseo y excita la sed de goces y la propensión al deleite pasional. Liga al ego con los lazos de la acción y de las consecuencias de la acción. Como es de cualidad compelerente y separadora da por fruto el dolor.

Tamas es de la naturaleza de la ignorancia o tenebrosidad. Como el capítulo indica, es el alucinador de toda criatura. Aprisiona al ego en un cuerpo con los grilletes de la insensata indiferencia, de la modorra y la pereza. En donde tamas prevalece hay ignorancia, ilusión y locura.

Todo ser humano está ligado a la existencia física por estas tres cualidades. Sin embargo, no debe suponerse que cualquiera de estas tres cualidades esté presente en unos individuos y ausente en otros, porque las tres pertenecen a la naturaleza y de ellas participa todo ser viviente. Las diferencias entre los hombres consisten en el grado de atracción de cada cual por una u otra de las tres cualidades. Según dice el capítulo, “cuando rajas y tamas menguan, prevalece satva”, “cuando satva y tamas están ocultas, predomina rajas”, “cuando satva y rajas disminuyen, cobra activo imperio tamas”.

Una vez haya el estudiante comprendido la naturaleza de estas tres cualidades o atracciones, consideradas en la vida física, estará preparado para examinar su propia disposición respecto a ellas. ¿Percibe claramente? ¿Es de tranquilo y pacífico temperamento? ¿Tiene afición al conocimiento y a las cosas de placentera índole? En tal caso posee la cualidad sátvica aunque no sea más que transitoriamente. La cualidad sátvica en el individuo es todo cuanto en conciencia le parece bueno aunque su cualidad predominante sea la rajásica o la tamásica. Así la abeja busca y aprecia el néctar de la flor por más que desconozca la naturaleza y función de las flores.

Aunque cada forma de los tres reinos de la naturaleza tenga su peculiar cualidad, consciente o inconscientemente expresada, la percepción de estas cualidades depende del grado de desarrollo del Conocedor, de su comprensión y conocimiento. El bien y el mal son relativos. La Naturaleza no puede clasificarse en parte buena y parte mala. La bondad, la pasión, el deseo, la ignorancia, la indiferencia y la insensatez están en nosotros mismos. El camino del sátvico conocimiento y de la perfección espiritual principia en el sentimiento de responsabilidad por los pensamientos, palabras y obras, y termina en la abnegación.

Las características de rajas son la apeten-

cia de lucro, la vehemencia en la acción con propósito de obtener un beneficio personal, la iniciativa en las empresas, el incesante e inmoderado deseo que despierta la sed de riquezas materiales, altanería de palabra, indiscreción en modales y acciones y engreimiento en todos sentidos.

La característica de *tamas* es “la indiferencia o ignorancia” como el capítulo indica. Ambos términos se emplean sinónimamente, porque la indiferencia nace de la ignorancia de la verdadera naturaleza de los seres, cosas y sucesos, y puede considerarse como “el egoísmo de la ignorancia”. Por supuesto que hay muchas modalidades de *tamas*, tantas como matices mentales, porque *tamas* existe doquiera hay cualquier grado de ignorancia, demencia, pereza e ilusión.

Así es que el individuo puede manifestar cualidades *sátvico-rajásicas*, *sátvico-tamásicas*, *rajo-tamásicas*, *rajo-sátvicas*, *tamaso-sátvicas* o *tamaso-rajásicas* en variables y diversos grados y en diferentes tiempos y circunstancias según los sentimientos, emociones y pensamientos personales.

Aun la misma cualidad *sátvica* puede ser de índole manifestada en un egoísmo inofensivo, como el deseo de adquirir conocimiento, el anhelo de bienestar, paz y dicha para sí mismo, y la práctica de buenas obras con es-

peranza de recompensa; pero aunque todo esto dé por resultado una placentera y sosegada existencia, es transitorio y al propio tiempo obliga al ego a renacer en la Tierra.

El sublime sendero que conduce a la emancipación es el que nos abstrae de la influencia de las tres cualidades, y aunque en rigor no quepa absoluta abstracción se ha de tomar la palabra en el sentido de no identificarse con ellas.

El *ahankara* o identificación del ego con las siempre mudables formas, condiciones y relaciones de la existencia física es la causa de la separatividad que obliga a los hombres a renacer en un mundo donde por su culpa abundan más las penas que las dichas.

¡Oh! Pândava. Aquel que no repugna el esplendor ni la actividad ni la obcecación (las tres cualidades) cuando en presencia está de ellas ni tampoco las ansía cuando desaparecen.

El que como neutral espectador no se conmueve por las cualidades aunque sabe que existen, y extraño a ellas se mantiene ecuánime en el placer y en el dolor, y dueño de sí mismo mira indiferente el barro, la piedra y el oro. Quien igualmente firme en el vituperio y en la alabanza, en la honra y en la infamia, es el mismo para el amigo y para el enemigo, y sólo ejecuta acciones necesarias, un hombre tal ha trascendido las cualidades.

ESTANCIA DECIMOQUINTA

LOGRO DEL SUPREMO ESPÍRITU

Indestructible es el *Ashwattha*, el eterno árbol sagrado con las raíces arriba y las ramas abajo y cuyas hojas son los Vedas. Quien así lo conoce, conoce los Vedas.

En este versículo nos presenta Krishna un símbolo empleado por los hombres para indicar que el universo puede compararse a una eterna corriente de evolución dimanante de una inmutable Fuente.

Esta Fuente, aunque de por sí inmutable, determina cambios en las siempre crecientes diferenciaciones durante el período de manifestación.

Al llegar al límite de diferenciación, el mismo impulso dirige y revierte a la homogeneidad todo lo diferente.

La Doctrina Secreta simboliza este proceso evolutivo en el Gran Aliento con sus perío-

dicas inspiraciones y espiraciones. Pero ni la inspiración ni la espiración ni entrambas constituyen el Gran Aliento porque son acciones de *Aquello* que así puede actuar.

Como dice Krishna:

Es el primieval Espíritu de quien fluye la inacabable corriente de condicionada existencia.

“Cuyas hojas son los Vedas” se refiere especialmente a las Sagradas Escrituras de aquella época; pero cabe aplicar la frase a las Sagradas Escrituras de toda religión y tiempo, porque no son más que la exposición parcial de eternas verdades, formulada por los hombres y que expresa concretamente las ideas espirituales, filosóficas y morales dominantes en la época de la exposición.

Con mucha propiedad se simbolizan en “hojas” las Escrituras, pues nacen de las ramas (las tres cualidades) tienen su período de manifestación y las substituyen “nuevas hojas” o Escrituras.

—No es aquí posible conocer su forma ni su presente constitución. No tiene principio ni fin.

Se comprenderá mejor este versículo si lo cotejamos con este otro:

Una porción de mí mismo asume vida en este mundo de condicionada existencia y atrae conjunta-

mente a los cinco sentidos y a la mente, para obtener un cuerpo y dejarlo después.

El poder de agregar y disgregar es propio del supremo Espíritu, del Yo o verdadero Ser, la "porción de mí mismo" en toda forma. No lo comprenden así los hombres esclavos del ahankara o identificación del ego con la forma, según dice el capítulo XIII, pero sí lo comprenderán según afirma Krishna:

Quienes sin orgullo ni obcecación, con perfecto discernimiento han vencido el apego a la acción y devotamente meditan en el supremo Espíritu; que han eliminado sus deseos y están libres de la influencia de los pares de opuestos que se llaman placer y dolor.

El conocimiento del supremo Espíritu proviene de la identificación con El. La realización resulta de meditar constantemente en lo que ha de realizarse. La "facultad de percepción" es la verdadera esencia de nuestro ser; pero nuestras percepciones no son esta facultad sino la consecuencia de su ejercicio. La percepción es la base de la acción, y por identificarnos con nuestras percepciones somos víctimas de la ilusión y quedamos ligados a las acciones.

Dos energías hay en este mundo: la perecedera y la indestructible. La perecedera son todos los seres y todas las cosas.

Esto es, toda clase de objetos y formas, puesto que cada forma y objeto está constituido por menores formas o expresiones de vida o conciencia. Por ejemplo, nuestro cuerpo físico está compuesto de vidas y sustancias minerales, vegetales y animales, tomadas de los tres reinos inmediatamente inferiores al humano y a ellos vuelven cuando se desintegra el cuerpo. Por esto se le llama perecedera.

La imperecedera (*Kutastha*) es la indestructible.

En toda forma compleja, y todas lo son en mayor o menor grado, hay una sintética conciencia que ha evolucionado la forma y la sostiene, sin que la afecten los cambios de la forma.

En el hombre, la palabra *kutastha* parece significar el divino ego cuya naturaleza espiritual y divina permanece la misma a través de todos los cambios y formas.

Pero la superior energía es en verdad el Ser supremo (*Paramatma*) el indescriptible Señor que penetra y sostiene los tres mundos.

Y porque estoy sobre lo perecedero y lo imperecedero, en el mundo y en los Vedas me proclaman supremo Espíritu.

El que desilusionado me reconoce por Espíritu supremo, todo lo conoce ¡oh! Bhârata y en toda forma y condición me adora.

La devoción por medio del conocimiento del supremo Espíritu comienza por reconocer que sólo hay un Espíritu, la fuente y sostén de todo cuanto existe. Así dicen los Upanishadas: "En todo brilla el Ser, pero no en todo se manifiesta."

El Ser está en todas las cosas y todas las cosas están en el Ser. Todo cuanto pueda haber de brillante en una forma o en una condición, la brillantez proviene del Ser.

Una vez esto comprendido y aceptado, debemos mirar todas las cosas y todos los seres desde este punto de vista y obrar respecto de ellos de conformidad con nuestras rectificadas ideas. Así obraremos en servicio y de acuerdo con el Ser, y según adelantemos en esta práctica, todo cuanto hasta entonces nos suscitó conflictos de ideas, hábitos y deseos lo iremos venciendo poco a poco hasta que al fin poseamos el supremo poder para el bien que acompaña al inegoísmo.

ESTANCIA DECIMOSEXTA

YOGA DE DIVISIÓN ENTRE LO DIVINO Y LO DEMONÍACO

En este capítulo principia Krishna describiendo las cualidades o virtudes divinas, que según se ve no son tan numerosas como comprensivas y complementarias, y consideradas en conjunto justifican el título de cualidades de naturaleza divina.

Al examinar estas cualidades desde el moderno punto de vista y comparadas unas con otras, resulta difícil conciliar, por ejemplo, el "poder" y la "impavidez" con la "humildad".

Nuestras tendencias personalistas nos mueven a pensar que el poder y la ausencia de temor entrañan forzosamente el sentimiento de superioridad. Por otra parte, si consideramos la más sencilla, mejor definida y más inteligible de estas virtudes "sin tener en cuenta los vicios ajenos", sólo descubriremos una pálida y negativa virtud.

Pero la crítica de los vicios del prójimo es la más universal e insidiosa expresión de enreimiento. La murmuración y maledicencia que señala los defectos ajenos es un vicio que se disfraza con muchas caretas de virtud, pero que sólo sirve para cubrir los propios vicios y aparentar una virtud de que carece el maldiciente. Es un vicio que perpetúa el engaño y desluce toda virtud.

El iniciado San Pablo dice a este propósito:

Aunque hablara lenguas humanas y angélicas, si no tengo caridad, vengo a ser como bronce que resuena o como címbolo que tintinea. Aunque tuviera el don de profecía y entendiere todos los misterios y toda ciencia; y si tuviese la fe capaz de transponer los montes, y no tengo caridad, nada soy; y si repartiese toda mi hacienda para alimentar a los pobres y si entregase mi cuerpo a la hoguera, y no tengo caridad, de nada me sirve.

La caridad es la reina de las virtudes porque implica la posesión de todas ellas, y la ausencia de crítica y murmuración. Pero la caridad no puede ser negativa, y para ser efectiva requiere conocimiento, no sentimentalismo. De aquí la necesidad de discernir entre las naturalezas divinas y las demoníacas.

Por lo tanto, conviene indagar el significado de la palabra discernimiento. Es una facultad cuya valía depende enteramente del conocimiento y comprensión de quien la usa.

Todos los hombres ejercitan esta facultad, pero en grados tan diferentes como los que existen entre la supina ignorancia y la suprema sabiduría. Es el discernimiento la facultad de obrar rectamente en tiempo oportuno y apropiado lugar en todos los planos de la acción. Para ello se necesita un universal punto de vista, la comprensión de la naturaleza entera y la universal aplicación de ambos.

La antigua sabiduría del *Bhagavad Gîtâ* procede de lo universal a lo particular, porque tal es el curso de la evolución. Empieza por reconocer un Espíritu único que anima todos los seres y todas las formas y percibe que el universo está constituido por un conjunto de seres evolucionantes de innumerables grados de desenvolvimiento, que cada cual con su propia forma y tendencias obra de conformidad con su *adquirida naturaleza*. Todo cuanto esté de acuerdo con esta su adquirida índole o naturaleza le parecerá bueno al ser respectivo, y todo cuanto se oponga a su adquirida naturaleza le parecerá malo. Por lo tanto, bajo este concepto nada hay de por sí bueno ni malo, sino que lo bueno y lo malo son apariencias resultantes de la actitud del Conocedor respecto de las cosas, formas, condiciones y circunstancias. Desde luego que sólo el hombre es capaz de aprovecharse de las precedentes consideraciones, porque de todos los seres evolu-

cionantes en forma física es el único que ha llegado al punto en que su adquirida índole lo capacita para percibir lo superior y lo inferior a él, así como extender en todas direcciones el alcance de su percepción. Llegó ya al punto en que puede reconocerse inmortal y es capaz, si quiere, de poner su adquirida naturaleza humana en armonía con su esencial naturaleza espiritual. Todas sus percepciones son de "pares de opuestos" porque sin ellas no podría alcanzar el propio conocimiento ni comprender la índole de los que luchan por librarse de la coaccionante fuerza de identificación con las formas y condiciones externas.

Conviene tener presente que las percepciones, siempre relativas, no son el verdadero hombre, el eterno peregrino. En toda percepción se hallan los pares de opuestos y ninguna puede haber sin ellos.

En efecto, sin tinieblas no fuera posible percibir la luz ni sin el dolor el placer ni sin tristeza la alegría ni sin el pecado la santidad. Todas estas percepciones son relativas para el Conocedor, según demuestra la consideración de que para unos es luz, placer, alegría y santidad lo que para otros es sombra, dolor, tristeza y pecado.

La incomprensión de estas verdades de la naturaleza determina las diversas clases de "índole demoníaca". Hay quienes no saben en

qué consiste la acción ni en qué la inacción. Otros niegan la causalidad del universo y dicen que no lo rigen leyes ni lo anima Espíritu alguno. Muchos sólo procuran amontonar riquezas para gozar de los placeres de la vida senciente sin reparar en medios por inicuos que sean. Algunos exageran el amor propio hasta más allá del orgullo y están afanosos de bienes materiales.

Ególatras, obstinados, poseídos de orgullo, embriagados en la codicia de riquezas, ofrecen sacrificios por vana ostentación, contrariamente a las prescripciones del ritual.

Egoístas, altaneros, insolentes, sensuales e iracundos, estos malignos hombres me odian en su cuerpo y en los ajenos.

¡Qué de censuras entrañan estos versículos contra las religiones y filosofías de nuestro tiempo! Todas las sectas, denominaciones e iglesias presentan fórmulas en que sus fieles han de creer sin demostrar su verdad. Muchas filosofías afirman lo improbable y lo improbadó, al paso que niegan los evidentes hechos de la experiencia como si no hubiese ley de justicia en el universo. Niegan los efectos que perciben en un aspecto de la Naturaleza y afirman los percibidos en el aspecto contrario, alucinándose a sí mismos al contraponer unos efectos a otros, de modo que no perciben la Causa de todos ellos.

Los apóstoles y expositores de estas religiones y filosofías no se dan cuenta ni remotamente sospechan que tal como nos las presentan no hacen más que repetir los errores de pasados tiempos y países, según puede comprobar todo el que con discernimiento adquirido por medio de los pares de opuestos estudie comparativamente las religiones, literatura, arte y ciencia de la antigüedad.

Como antes dijimos, el genuino discernimiento proviene de considerarlo todo desde un universal punto de vista, de comprender el conjunto del universo y aplicar universalmente ambas actitudes mentales.

El universal punto de vista consiste en que todo el universo manifestado, incluyendo el hombre y todos los seres y cosas inferiores y superiores al hombre, así como toda forma y materia y elementos en sus diversos grados, proceden de una sola Fuente, del supremo Espíritu, del absoluto Dios.

La comprensión consiste en reconocer que desde el átomo hasta el más perfecto ser todo es expresión, manifestación del supremo Espíritu; y que desde el más tenue vislumbre de percepción en los seres ínfimos hasta las cumbres del divino conocimiento, el sendero es el mismo, porque todo cae bajo el imperio de la ley.

Después sigue la aplicación del conocimien-

to adquirido, para lo cual necesita sobreponerse el estudiante a la influencia de los pares de opuestos, considerándolos como los medios y modos necesarios para ampliar su percepción y con ella el conocimiento, pues debe vencerse de que es el Conocedor y no sus percepciones.

Cuando alcance este nivel y se haya sobrepuesto a la influencia de los pares, encontrará otros hombres en su mismo estado y aun otros todavía más cercanos a la naturaleza divina, que hermanan el amor con la sabiduría; que poseen lo que se llaman virtudes, y en ellos no son más que actos presididos por el conocimiento espiritual; que saben que los vicios de los hombres son hijos de la ignorancia y no de esencial maldad, y por lo mismo son pacientes, modestos, humildes, compasivos, aunque dotados de formidable fortaleza y poder. Saben que todas las energías aplicadas al mal pueden invertirse y aplicarse al bien; que las fuerzas destructoras pueden transmutarse en constructoras y que cuanto tiende a la separación y al egoísmo es susceptible de tender a la unidad y al inegoísmo.

Con este conocimiento son dueños de la Naturaleza entera y todas las potestades y elementos son sus siervos y de ellos se valen, no para desvanecer la relatividad del bien y del mal, sino para que en cada etapa de evolución

sea efectiva la identidad espiritual, pues únicamente los pensamientos y acciones de esta índole establecerán el armónico progreso hacia la perfección.

El genuino discernimiento distingue entre las buenas, malas y medianas naturalezas. Sabe que todos los seres humanos son *esencialmente* perfectibles, que las imperfecciones sólo están en la *adquirida* naturaleza inferior, y que aunque esta adquirida naturaleza se manifieste en acciones, su raíz subyace en los hábitos y tendencias alimentadas por limitados y erróneos conceptos.

Por lo tanto, no se ha de invertir el esfuerzo en clasificar comparativamente lo bueno y lo malo ni hay que condenar a ser alguno por el estado en que se halle, sino que se han de señalar las causas que le han conducido a tal estado, establecer las firmes bases de pensamiento y acción, mostrar los hitos del sendero que conduce más allá del relativo bien y mal, a fin de ayudar pacientemente al peregrino en cada etapa de su viaje.

ESTANCIA DECIMOSEPTIMA

YOGA DE DISTINCIÓN ENTRE LOS TRES LINAJES DE FE

El capítulo XII trata de la devoción por medio de la fe basada en el conocimiento del supremo Espíritu. El presente capítulo explica la naturaleza de la fe de quienes aunque desdennan los preceptos de las Escrituras o archivos del sagrado conocimiento, adoran con fe.

Dice Krishna que la fe de los mortales es de tres clases, adecuada a la peculiar índole de cada cual, y que participa de las tres cualidades: *satva* (verdad), *rajas* (acción) y *tamas* (indiferencia). De estas tres cualidades se trata especialmente en el capítulo XIV, demostrando la necesidad de que el investigador de la verdad se sobreponga a la influencia de ellas. Los capítulos XII, XIV y XVII se han de estudiar conjuntamente por estar los tres en íntima y mutua relación.

“La fe de cada uno procede de la cualidad sátvica, pues como el ego encarnado está provisto de fe, cada hombre será tal cual sea su fe.”

En este párrafo la palabra satva significa “la facultad de comprender” que posee todo ego encarnado en contraste con las limitaciones de dicha facultad en quienes fijan su fe en algún ideal que les parece bueno.

Los hombres puros adoran a los dioses.

Por “dioses” se entiende aquí un término genérico que abarca muchas clases de seres invisibles, y en el caso particular del texto transcrito se alude a la clase de seres que el adorante considera dotados de sobrenaturales poderes y virtudes, y de los que impetra guía y auxilio.

Los hombres pasionales adoran a los yakshas y rakshasas.

Quiere esto decir que quienes están dominados por deseos personales y egoístas apetitos de posesión, buscan el auxilio de seres elementales, a los que atraen y reciben de ellos ayuda para el logro de sus fines. Siempre que prevalece la cualidad rajásica, se busca y acoge una potestad externa que favorezca el cumplimiento de los deseos, sin reparar en

su índole ni en los funestos efectos que arriesgue producir en los demás hombres. Tales potestades o seres pertenecen al aspecto separatista y destructor de la naturaleza manifestada.

Los otros, el vulgo ignorante, adoran a las hadas y duendes.

Significa que los hombres en quienes predomina la cualidad tamásica, de indiferencia, tinieblas o ignorancia, adoran a los seres elementales y a los fantasmas de los muertos.

Los seres elementales a que aquí se alude son los de ínfima categoría y entre ellos se cuentan los supuestos espíritus que se comunican en algunas sesiones espiritistas, galvanizados en ficticias apariencias de vida por los médiums y los circunstantes.

Esta ínfima categoría de elementales y elementarios pertenece a los planos más densos del mundo invisible, inmediatos al mundo físico con el que fácilmente se ponen en comunicación.

Estas prácticas psíquicas provienen del desconocimiento de la verdadera naturaleza del hombre y posibilitan la ilusión que concentra la fe en pasajeras, irresponsables y vampíricas influencias.

Los hombres que practican rigurosas austeridades no ordenadas por la Escritura, y sin embargo están poseídos de egoísmo y vanidad, dejándose empujar por la violencia de sus pasionales deseos, e ilusos atormentan las potencias y facultades de su cuerpo y también a mí, que en lo más íntimo de su corazón resido, tales hombres tienen propensiones demoníacas.

Sabido es que entre ciertos ascetas orientales predominan toda clase de torturas y maceraciones corporales como medio de perfeccionamiento, y que hubo tiempo en que las mismas prácticas prevalecieron entre los pueblos occidentales, donde todavía perduran en algunas partes.

No cabe duda de que estas prácticas derivaron de interpretar erróneamente la frase: "mortificación del cuerpo" que se repite con frecuencia en las antiguas Escrituras. Pero Krishna explica muy claramente el significado de dicha frase al decir:

La honra tributada a los dioses (seres superiores al hombre) a los brahmanes (los que poseen divino conocimiento) a los maestros (de conocimiento) y a los sabios; la pureza, rectitud, castidad y mansedumbre son *la mortificación del cuerpo*.

Se demuestra la verdad de este concepto considerando que el cuerpo de por sí es incapaz de acción, pues no va más allá de una organizada agregación de materia física que de

instrumento sirve al pensador y actor que debe gobernarlo y utilizarlo. El pensador y actor necesita cambiar sus modos de pensamiento y acción, y al cambiar unos por otros de índole antitética se empeña en guerra contra hábitos que él mismo estableció y que se han de extirpar por medio de la formación de otros acordes con su nueva modalidad de pensamiento y acción. Verdaderamente se mortifica el cuerpo de esta suerte, pero de dentro afuera y no por artificios externos.

La conversación honesta, verídica, amena e instructiva, y el habitual estudio de las Escrituras son la austeridad de la palabra.

De esto se infiere que la "austeridad de la palabra" no consiste en el tono severo ni en el puritano menosprecio hacia el común de las gentes nacido de una presunción de superioridad.

De análoga suerte, la "mortificación o austeridad de la mente" no consiste en disciplinarias oraciones y penitencias corporales ni en ofrendas a una supuesta deidad sino como dice Krishna:

Serenidad mental, ecuanimidad, silencio, subyugación y absoluta rectitud de conducta son la austeridad de la mente.

Prosigue diciendo el divino Instructor:

De índole sátvica es esta triple austeridad si con suprema fe la practican los hombres sin esperanza de recompensa. Pasional, variable, transitoria, mundana y de índole rajásica es la austeridad practicada hipócritamente con objeto de allegar estimación, fama y favor.

Tenebrosa, de índole tamásica, es la austeridad dimanante de prejuicios, practicada con torturas corporales o con intento de dañar al prójimo.

En los pueblos de Occidente predomina la idea de que el valor de una limosna está en su cuantía intrínseca. Krishna enseña, por el contrario, que el valor de la limosna depende de la actitud mental que la acompaña.

Este concepto se ha de aplicar a toda clase de dádivas y beneficios, sin distinción del tiempo en que se hacen, ni de si son amigos, parientes o extraños los favorecidos. Conviene recordar esta circunstancia en los días de Navidad y otras festividades solemnes en que se acostumbran a dar regalos y limosnas.

Krishna dice a este propósito:

Puras son las limosnas hechas a verdaderos necesitados con generoso desinterés, en oportunidad de lugar y tiempo, sin esperanza ni deseo de correspondencia.

Pasionales son las limosnas hechas a disgusto o con el deseo de correspondencia o la esperanza de algún beneficio moral.

Tenebrosas son las limosnas hechas despectivamente a personas indignas sin miramiento de lugar ni oportunidad de tiempo.

Severa lección entrañan estos versículos contra el concepto que de la caridad tienen las gentes occidentales y más todavía contra las ordinarias asociaciones e instituciones de beneficencia. Porque ¿cuántas limosnas se dan sin la esperanza de recibir en premio un beneficio espiritual? ¿cuántos contribuyen a una subscripción de caridad sin que les sepa mal contribuir o sin el deseo de aparecer generosos a la vista de las gentes? ¿cuántas limosnas se hacen despectivamente, fuera de sazón, a los mendigos de oficio?

Que responda cada cual en conciencia a estas preguntas. Mucha prudencia se necesita para hacer buenas obras sin riesgo de acarrear incalculables daños. El hombre prudente conoce por intuición a quién ha de favorecer y a quién ha de dejar en el cieno para que el cieno sea su mejor maestro.

Los mismos mendigos, pobres y miserables, confiesan a quien logra ganar su confianza los tremendos errores en que incurren las personas sentimentales que tratan de favorecerlos. La afabilidad y la dulzura de trato provocan a veces la explosión de las peores cualidades de quien después de haber gozado de posición decente en sociedad, se hundió en la pena y desesperación de la miseria.

Enseña el *Bhagavad Gītā* que la miseria no proviene de las condiciones o circunstancias

de la vida, sino de las erróneas ideas y torpes obras del mismo hombre, que cosecha en infortunio lo que sembró en ignorancia.

Se necesita mejor conocimiento de la naturaleza humana y de la finalidad de la vida, y cuando este conocimiento se adquiere disminuyen poco a poco las causas de miseria. No se le puede hacer a la sufriente humanidad mayor limosna que el recto conocimiento que conduce a la recta acción.

Quien este conocimiento posea se verá invadido de divina simpatía por todos los afligidos y menesterosos, y aliviará solamente las desgracias merecedoras de alivio según el caso y circunstancias, al propio tiempo que comunicará la parte de su superior conocimiento que el desgraciado sea capaz de recibir y aprovechar.

Pero no permitirá que su mano izquierda sepa lo que hace la derecha ni pensará en recompensa ni en gratitud, limitándose a obrar según mejor pueda y sepa para levantar al menesteroso a un superior plano de pensamiento y acción, al paso que proporcione el suficiente auxilio material que sirva de base de sustentación.

Este capítulo es el penúltimo del *Bhagavad Gītā* y acaso el más completo de todos, porque expone la única y verdadera fe basada en el conocimiento del supremo Espíritu, del Yo in-

terno, del Conocedor residente en todo cuerpo mortal y las tres clases de falsa fe concentrada en exterioridades. Considera las prácticas genuinas como natural resultado de la verdadera fe, en contraste con las prácticas erróneas basadas en falsa fe.

Demuestra claramente que la espiritual confianza puesta en un ser, cosa o práctica externa dificulta el recto conocimiento y el verdadero progreso y no puede menos de producir funestos resultados kármicos.

En todo pensamiento, palabra y obra, aun en la alimentación del cuerpo, se necesita el conocimiento y la acción en servicio del Ser de todos los seres y de todas las cosas.

Krishna no prescribe determinada clase de alimento, sino que dice:

Los hombres puros (en quienes predomina la cualidad sátvica) prefieren los alimentos que acrecientan la vitalidad, la energía, el vigor, la salud, el gozo y el bienestar, los alimentos oleaginosos, regalados, nutritivos y agradables.

Hay algunos que ponen su fe en determinados manjares y procuran convertir a otros a esta particular clase de fe. También éstos, como los que concentran su fe en exterioridades son "extraviadas almas de falsa piedad".

La cuestión no está en la clase de alimento sino en su adaptación a cada caso particular,

porque al fin y al cabo, cada cuerpo sólo extrae de cada clase de alimento lo que está conforme con la naturaleza del poseedor del cuerpo, y esta naturaleza está sujeta a cambios determinados desde el interior.

Lo esencial es mantener el cuerpo en estado de servir de eficaz instrumento al ego, sea cual sea el medio y los alimentos más a propósito para ello. En este punto hay que prescindir del gusto y de la repugnancia y considerar tan sólo el interés del ego.

Los hombres pasionales (en quienes predomina la cualidad rajásica) apetecen alimentos amargos, agrios, salados, acres, secos y ardientes que ocasionan molestias, dolores y enfermedades.

Cuando la fe se concentra en la apetencia de bienes materiales y objetos egoístas, se acumulan los deseos, y cada objeto logrado estimula el ansia por otros, determinando los correspondientes apetitos en el cuerpo.

Los hombres tenebrosos (en quienes prevalece la cualidad tamásica) prefieren los manjares rancios, trasnochados, averiados, insulsos, pútridos, corrompidos y aun las sobras de comida y otras inmundicias.

Doquiera predomina *tamas* hay tendencia y afinidad con los inferiores elementos y elementales del destructivo y desintegrante aspecto de la naturaleza.

La última parte del capítulo expone la trina enunciación del supremo Espíritu en los monosílabos *Aum*, *Tat*, *Sat*, la trínica Deidad en su trino aspecto correspondientes a la creación, conservación y destrucción para renovar después la creación.

El monosílabo *Aum* es al propio tiempo una invocación al Yo superior, una bendición, una afirmación y una promesa, y cuando se pronuncia debidamente conduce al conocimiento del Yo interno.

Aum contiene en sí todos los aspectos y significa el universo gobernado por el supremo Espíritu. Simboliza la continua corriente de meditación que debe establecer todo hombre aunque le ocupen los ordinarios deberes de la vida.

Todo ser condicionado tiene una meta, un blanco al que constantemente se dirigen sus aspiraciones.

Dice el upanishad *Mundakya*:

Aum es el arco, el Yo la flecha y *Brahma* el blanco. El hombre juicioso ha de acertarlo; y entonces, así como la flecha se identifica con el blanco, llegará el hombre a identificarse con *Brahman*. Conócete como el Yo y prescinde de toda otra palabra. Es el puente de lo inmortal. Medita en el Yo como *Aum*.

ESTANCIA DECIMOCTAVA

YOGA DE LA LIBERACIÓN MEDIANTE EL RENUNCIAMIENTO

Principia este capítulo con la siguiente pregunta de Arjuna:

Quisiera ¡oh! armipotente, saber en qué consiste la abstención de las obras, y en qué la renuncia al fruto de la acción, y cuál es la diferencia entre ambas.

Todo el capítulo está dedicado a la respuesta, en la que no sólo se explica la naturaleza de la abstención de las obras y de la renuncia al fruto de la acción, sino también se da a entender la índole de la acción en sí misma y sus causas y fundamentos.

Respecto a los “agentes de la acción” dice Krishna:

Voy a declararte ¡oh! armipotente, los cinco agentes que según la filosofía sankya requiere el cumplimiento de toda acción.

Son el substrato, el agente, los órganos, las energías y las divinidades presidentes.

Estos cinco factores son causa de cualquiera acción buena o mala que de obra, palabra o pensamiento ejecute el hombre.

Por esto, ofuscada está la mente y ciega la vista de quien falto de discernimiento considera como agente a su individual Yo.

De aquí se infiere evidentemente que no actúa el “verdadero ser” según se expuso varias veces en los anteriores capítulos, y es necesario comprenderlo así para conocer la naturaleza de la acción.

Prakriti o la naturaleza material es la causa de toda acción en el universo, puesto que es la base para ejecutar toda acción, en cualquier plano de existencia.

El capítulo XIII dice:

Has de saber que ni la materia ni el espíritu tienen principio; y también sabe que de la materia dimanar las pasiones y las tres cualidades.

La materia es la generadora de causas y efectos en las acciones. El espíritu es la causa de las sensaciones de placer y dolor.

El espíritu envuelto en la materia está influido por las cualidades nacidas de la materia.

Este pasaje esclarece el significado de la palabra “substrato” con que en el capítulo XVIII designa Krishna el primer factor de

los cinco requeridos para el cumplimiento de toda acción.

El substrato equivale a la materia primordial o mulaprakriti, de que deriva toda diferenciación y en la que están contenidas todas las diferenciaciones, por lo que constituye el fundamental agente de toda acción.

La palabra "agente" significa la fuerza impelente de la acción. Así, por ejemplo, la personalidad con sus concretas y limitadas ideas impele a los órganos del cuerpo a que ejecuten los necesarios movimientos para realizar la idea dominante.

Al quinto agente se le llama "las divinidades presidentes" lo cual puede explicarse considerando que nuestro cuerpo físico está compuesto de multitud de diminutas vidas de diferentes clases que actúan en respuesta a particulares impulsos y de conformidad con su propia naturaleza, de suerte que cada clase es como si dijéramos una jerarquía de seres, devas o divinidades.

La facultad de percibir o de causar acción emana del Ser de todas las cosas, y esta facultad se particulariza en el Yo individual que en los planos superiores es el impulsor de las acciones. En el plano físico, el yo personal es un temporáneo aspecto del Yo individual, y a este aspecto se le suele llamar el "falso ego" porque es ilusorio y el que consciente o incons-

cientemente impulsa a la acción a las vidas de sus órganos corporales.

Ahora podremos comprender mejor el siguiente pasaje del capítulo V.

El devoto que conoce la divina verdad, cuando vea, oiga, toque, huelga, coma, ande, duerma y aliente podrá decir: nada hago.

Y al hablar y al dar y al tomar, y cuando los ojos cierre y abra, pensará diciendo: entre los objetos de sensación actúan los sentidos.

Se ha dicho que el Yo no actúa ni recibe acción; y esto debe ser también verdad respecto del yo personal, porque en el capítulo XIII se lee:

Al espíritu en el cuerpo se le llama *Maheswara*, el gran Señor, el espectador, guía, sostén, gozante y también el *Paramatma* o Yo supremo.

El espíritu en el cuerpo está alucinado por las tres cualidades percibidas en la materia y por atracción o repulsión se identifica con las acciones a que la materia induce.

Dice el mismo capítulo XIII:

En verdad ve quien ve que la materia ejecuta todas las acciones y que el Yo es inactivo.

Y este otro pasaje:

Obscuro es el sendero de la acción. El que ve la acción en la inacción y la inacción en la acción es sabio entre los hombres.

Si de conformidad con estas declaraciones rectificamos nuestro concepto de la acción, veremos más claramente la responsabilidad kármica que nos relaciona íntimamente con todos los seres, con todas las vidas mayores o menores y nos ayuda a mejor obrar en servicio y de conformidad con Dios.

Determinada, al menos en gran parte, la naturaleza de la acción, podemos tratar de lo que Krishna llama "facultad de discernir" que también se designa con el nombre de *buddhi* o directa cognición, la razón pura que juzga según sus varios grados de actividad, derivantes de la atracción a una u otra de las tres cualidades de la materia.

Puro es, ¡oh! Partha, el discernimiento de quien conoce la acción y la omisión, lo que debe y lo que no debe hacer, lo que ha de temer y lo que no ha de temer, lo que esclaviza y lo que liberta al ego.

Pasional es ¡oh! Partha el discernimiento que no sabe lo que debe y lo que no debe hacer, lo que ha de temer y lo que no ha de temer.

Tenebroso es, ¡oh! Partha, el discernimiento que confunde lo justo con lo injusto, lo bueno con lo malo, y todas las cosas ve subvertidas y contrarias a lo que son.

Al discernimiento ha de acompañar la fortaleza, porque si no nos mantenemos firmes en la devoción a la vida superior, al ideal de la consciente vida en el espíritu, no en la ma-

teria, seremos apóstatas de lo mejor que conocemos.

Una vez alcanzado el discernimiento y comprendido cuál es nuestro peculiar sendero, debemos prescindir de toda consideración que amenace desviarnos de él. Debemos cultivar y ejercitar "la fortaleza que mediante la *devoción* refrena los movimientos de la mente, de los órganos de sensación y de los alientos vitales". Es la fortaleza que "participa de la cualidad sátvica", es decir, cuando el instrumento corporal se emplea únicamente en óptimos y levantados propósitos.

También puede haber fortaleza sin discernimiento, como en quien apetece el fruto de la acción y cumple deberes agradables y anhelos placeres y riquezas desde el punto de vista del deseo pasional o cualidad rajásica. De igual modo hay fortaleza que en este caso mejor pudiera llamarse obstinación en quien sin discernimiento persiste en el temor, vanidad y degradación, dominado por la cualidad tamásica.

Una vez conocida la naturaleza de la acción, determinada la meta del verdadero discernimiento y lograda la fortaleza necesaria para la armonía de pensamiento, voluntad, sentimiento y acción, tan sólo tendremos con ello un vislumbre de aquella sabiduría que percibe en todo el universo un Principio único,

indivisible e incorruptible y no separado de los objetos que a la vista aparecen separados. Es de cualidad sátvica. Es el inmutable Yo interno que iremos conociendo más y mejor a medida que sigamos la línea de nuestra determinación.

Puro es el conocimiento mediante el cual se ve en todos los seres el imperecedero Ser indivisible en lo diviso.

Pero no puede haber verdadero conocimiento del Ser en aquel conocimiento que percibe diferentes y múltiples principios en el mundo de los seres creados.

Pasional es aquel conocimiento que considera separadas las diversas y múltiples existencias de los seres.

Tampoco cabe verdadero conocimiento del Ser en aquel conocimiento sin valor alguno, que mezquinamente se apega a un solo objeto como si fuera el conjunto de todo lo existente y que no ve la verdadera causa de la existencia.

Tenebroso es el conocimiento que se arraiga a una sola cosa como si lo fuera todo, mirándola fuera de la realidad bajo mezquino e irrazonable aspecto.

Nuestros pensamientos determinan la acción de las diminutas vidas que constituyen

nuestro instrumento astrofísico; y como quiera que jamás cesamos de pensar, tampoco cesa la acción y así se dice que el pensamiento es el verdadero plano de la acción.

Aunque de momento no resulte ningún acto corporal, podemos por medio del pensamiento determinar en las diminutas vidas del cuerpo una inclinación que eventualmente resultará en acto externo cuando las circunstancias lo permitan y seremos víctimas de nuestra falta de discernimiento y fortaleza, así como podremos envolver a otros seres en nuestra acción.

Y ahora ¡oh! vigor de los Bhâratas, escucha de mis labios las tres distinciones del placer que por habitual disfrute alborozó al hombre y acaba con sus penas.

Comprenderemos algún tanto el significado de este versículo, si consideramos que cuando se logra un objeto ardientemente deseado, se experimenta al principio un placer que acaba con la pena del esfuerzo en lograrlo. Pero el placer no se mantiene en la misma intensidad sino que se transmuta en habitual satisfacción hasta que por fin hastía y se anhela otro objeto de sensación.

Puro es el placer que nacido del bienhadado conocimiento del Yo, repugna al principio como astrin-

gente ponzoña y al fin deleita como suavísima ambrosía.

La realización de un deseo pasional es dulce al principio y amarga al fin, mientras que el placer dimanante de la indiferencia y la ignorancia, al principio y al fin conturba al ego.

Pero el esfuerzo en sobreponerse a la indiferencia y la ignorancia es el principio como veneno y cuando se purifica el conocimiento es como agua de vida.

Nadie en la tierra ni aun entre los mismos dioses del cielo está exento de estas tres cualidades, dimanantes de la naturaleza.

Este versículo significa que las tres cualidades existen en todos los planos.

Las severas y rigurosamente hereditarias castas de la India actual no están representadas por los brahmanes, kshatriyas, vaisyas y sudras de que habla el capítulo. En tiempos primitivos, antes de que se materializasen las antiguas enseñanzas, el matrimonio era un sagrado y religioso contrato. La vida de familia se encaminaba con plena comprensión a proporcionar adecuado ambiente a los egos de la misma índole que la familia en los aspectos espiritual, psíquico y social. Existían entonces castas naturales en donde convergían todas las

líneas hereditarias; pero en estos degenerados tiempos están entremezcladas las castas y hay quienes nacen en una casta sin poseer la índole y temperamento adecuados a las características originales de la casta cuyo nombre profanan y de cuyos privilegios abusan.

Sin embargo, por doquiera hay castas, aunque ya no las distinguen la posición social ni el ambiente físico. En todos los países hay quienes por naturaleza son sudras y sin embargo ocupan elevada posición social de autoridad y poder, mientras que otros cuya índole es de brahmán vegetan en las inferiores capas sociales. Pero advirtamos que la presente edad es la de hierro o tinieblas en que predominan las potestades tenebrosas.

Las antiguas castas cumplían deberes que eran el resultado de su respectiva condición, y todos lo reconocían así. No había orgullo ni rivalidad de castas, sino que todas estaban animadas por el común ideal de mutuo auxilio, y de aquí que los deberes de cada casta estuviesen determinados por las cualidades en ella predominantes.

Por la conformidad con su natural deber alcanza el hombre la perfección. Logra la perfección el hombre que de conformidad con su deber adora al supremo Ser de quien todos los seres emanan y que llena el universo entero.

Mejor es cumplir con el deber propio aunque sin

excelencia, que el deber ajeno con exactitud. Quien cumple los deberes a que está obligado por naturaleza no cae en pecado.

Nadie ha de repudiar el cumplimiento de su natural deber, por muchas faltas que tenga...

La perfección suprema alcanza por medio del renunciamiento quien dominándose a sí mismo extinguió todo apetito y no esclaviza su discernimiento.

La palabra sânskrita *dharma* se ha traducido por *deber* aunque tiene mucho más alto y amplio significado que el que suele darse al ordinario concepto del deber.

Hay quienes se figuran que el deber es lo que los demás creen que estamos en la precisión de cumplir. Otros consideran el deber como algo penoso, que ha de cumplirse fatigosamente y que por lo tanto conviene eludir. Pero el concepto de *dharma*, tal como aparece en el *Bhagavad Gîtâ* significa "la sagrada ley", el cumplimiento de nuestro kârmico destino en el transcurso de muchas generaciones, la eliminación y agotamiento de los defectos que nos han traído a la vida terrena en las condiciones en que nos hallamos y que hemos de comprender que son las más convenientes, necesarias y oportunas para nuestro ulterior progreso. Por esto dijo un insigne instructor: "El deber es un regio talismán. Únicamente el deber nos conducirá a la meta."

Krishna enumera las condiciones necesarias

que ha de reunir el hombre para *identificarse con el supremo Ser*, y dice:

Libre ya de egoísmo, violencia, arrogancia, concupiscencia, cólera y avaricia; lleno de tranquilidad y paz, está predispuesto a unirse con el Eterno.

Unido al Eterno, sereno en el Yo, no se aflige, nada apetece, es el mismo para todos los seres y alcanza la suprema devoción a Mí.

Por devoción me conoce en esencia; conoce Quién soy y lo que soy; y cuando así en esencia me conoce, entra inmediatamente en Mí.

Y aunque asiduamente esté empeñado en la acción, si busca refugio en Mí, por mi favor llega a la incorruptible y eterna morada...

Si porfiado en tu egoísmo pensares diciendo: "no lucharé", vana será tu determinación, porque a luchar te impelerá la naturaleza.

¡Oh! hijo de Kunti. Ligado por tu pasado karma a tus naturales deberes, lo que en tu obcecación no quieras hacer, aquello harás sin remedio.

En el corazón de todos los seres mora el Señor, el Maestro, *Ishwara*, quien por su mágico poder de diferenciación los mueve a evolucionar atados a la universal rueda del tiempo.

Refúgiate en El ¡oh! Bhârata con todo tu ser, como en único santuario. Por su gracia obtendrás la suprema felicidad, la sempiterna morada.

Doquiera esté Krishna, el supremo Maestro y Señor del Yoga devocional, y doquiera esté el hijo de Pritha, el potente arquero, allí seguramente estarán la prosperidad, la victoria, la fortuna, la riqueza y la eterna justicia.

Todos somos Krishna y Arjuna. Cuando ambos se identifican, la naturaleza obedece cual sumisa esclava.

* * *

Al terminar esta serie de comentarios sobre el *Bhagavad Gîtâ*, parece innecesario advertir que sólo hemos examinado someramente las enseñanzas contenidas en el antiguo libro.

De las siete interpretaciones a que se presta hemos tomado la individual, de acuerdo con los comentarios de Mr. Judge; pero aun desde este punto de vista no se ha agotado en modo alguno la materia.

Sin embargo, creemos haber dicho lo suficiente para dar algo más de luz a quienes aspiren a aprender la ciencia de la devoción.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
ESTANCIA PRIMERA	
Desaliento de Arjuna.	5
ESTANCIA SEGUNDA	
Verdadera naturaleza del espíritu	43
ESTANCIA TERCERA	
Recto cumplimiento de la acción	86
ESTANCIA CUARTA	
Conocimiento espiritual	106
ESTANCIA QUINTA	
Renunciación de las obras	120
ESTANCIA SEXTA	
Yoga de subyugación	130
ESTANCIA SEPTIMA	
Yoga de discernimiento	136
ESTANCIA OCTAVA	
Yoga de la divinidad suprema e indestructible.	150
ESTANCIA NOVENA	
Yoga de la sublime ciencia y del soberano secreto	159
ESTANCIA DECIMA	
Yoga de la excelencia divina	170

	<u>Págs.</u>
ESTANCIA ONCENA	
Visión de la forma universal	176
ESTANCIA DUODECIMA	
Yoga de la devoción.	186
ESTANCIA DECIMOTERCIA	
Yoga de distinción entre el campo y el cono- cedor del campo	193
ESTANCIA DECIMOCUARTA	
Yoga de distinción de las tres cualidades. .	202
ESTANCIA DECIMOQUINTA	
Logro del supremo espíritu	208
ESTANCIA DECIMOSEXTA	
Yoga de división entre lo divino y lo de- moniaco.	213
ESTANCIA DECIMOSEPTIMA	
Yoga de distinción entre los tres linajes de fe.	221
ESTANCIA DECIMOCTAVA	
Yoga de la liberación mediante el renun- ciamiento	232

OBRAS ELEMENTALES

de preparación y exposición doctrinal para guía del estudiante

Leadbeater Bo-quejo Teosófico. Vislumbres de Ocultismo. Un libro de texto de Teosofía. El Pensamiento, su poder y empleo.	Courmes Cuestionario Teosófico Ele- mental.
Besant Manual Teosófico. Lecturas populares sobre Teo- sofía La Sabiduría Antigua.	Walter Old Lo que es la Teosofía.
Chatterji Filosofía Esotérica de la India	Pascal Ensayo sobre la evolución hu- mana.
Mario Roso de Luna Hacia la Gnosis. En el Umbral del Misterio. Conferencias Teosóficas dadas en América del Sur (2 to- mos).	Sinnet El Buddhismo Esotérico.
Nemo Cartas Rosacruces.	Falls Wright Bosquejo de los principios de la Teosofía moderna (agot. ²).
	Judje Introducción al estudio de la Teosofía.
	Jinárájadasa Ensayos sobre Reencarnación.

De estudio más avanzado

Leadbeater El más allá de la muerte. El Plano Astral y el Devachán Protectores invisibles.	Primitivas enseñanzas de los Maestros.
Besant Introducción al Yoga. El hombre y sus cuerpos. Reencarnación. Karma. El Poder del Pensamiento, su dominio y cultura. El Dhárma. La Evolución de la Vida y de la Forma.	Dunlop La ciencia de la Inmortalidad.
Jinárájadasa Fundamentos de Teosofía.	Pascal Las Leyes del Destino. Historia del Alma.
	Sinnet El Mundo Oculto (2 tomos)
	Blavastky La Clave de la Teosofía. Isis sin Velo (4 tomos).
	Villalón (Dr. Arturo) La Ley de Dualidad

De estudio superior

Leadbeater

El Hombre Visible e Invisible, ilustrada con láminas en colores (agotada).
Maestros y discípulos.
El Fuego Serpentino.
La Vida Interna (2 tomos).
Los Espíritus de la naturaleza.

Besant y Leadbeater

Formas del Pensamiento (agotada).
Química Oculta.

El Hombre. ¿De dónde y cómo vino? ¿A dónde va?

Besant

La Sabiduría de los Upanishads.
Genealogía del Hombre.
Estudio sobre la conciencia.
El Yoga y el Hombre perfecto.

Blavastky

La Doctrina Secreta. Obra capital (6 tomos).

OBRAS DE ESTUDIOS ESPECIALES Y COMPLEMENTARIOS

Dr. Alfonso

La Religión de la Naturaleza.

Wedgwood

Meditación.

Jinârajâdasa

Flores y Jardines

Mabel Collins

El Despertar.

S. Corbalt

Educación del carácter.

Crepieux

La Escritura y el Carácter.

Dos Chelas

El Hombre; fragmentos de una historia olvidada.

Eliphas Levi

Dogma y Ritual de Alta Magia (2 tomos).

Hartmann

Magia Blanca y Negra.
Ciencia Oculta en Medicina.
Vida de Jehoshua.
Doctrina del Conocimiento.
Las Afinidades espirituales.
Los Elementales.

Jyotis Pacham

El Misterio de la Vida a la luz del Orientalismo.

Johnston

Memorias de los nacimientos pasados.

Un Lama

La Barbarie Cristiana en Europa.
La Teosofía predicada por Jesucristo.

Heindel

Concepto Rosacruz del Cosmos

Leadbeater

Clarividencia y Clariaudiencia
Nuestra relación con los niños.
Las últimas treinta vidas de Alcione.
Los Espíritus de la Naturaleza
El Perú y Caldea antiguos.
Sueños.

Sinnet

El sistema al cual pertenecemos.

Mead

Apolonio de Tyana.

Mulford

Nuestras fuerzas mentales

Vivekananda

Filosofía Yoga.

Manuel Treviño

La Escritura egipcia.

Scott Elliott

Historia de los Atlantes (4 mapas).
La pérdida Lemuria (2 mapas)